

**Flammini, Roxana (comp.) ; Bedoya, Jorge Bedoya ;
Campagno, Marcelo ; Daneri Rodrigo, Alicia ; Paysás, Javier
María**

Aproximación al Antiguo Egipto

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

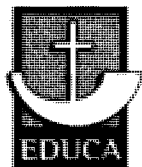
La Biblioteca posee la autorización del autor y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Flammini, Roxana (comp.) et al. Aproximación al Antiguo Egipto [en línea]. Buenos Aires : Educa, 2004. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/libros/aproximacion-antiguo-egipto-flammini..pdf>. [Fecha de acceso]

ROXANA FLAMMINI
COMPILADORA

APROXIMACIÓN AL ANTIGUO EGIPTO



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

Ilustración de tapa

Giovanni Battista Belzoni, "Manera en que G. Belzoni trasladó la cabeza del joven Memnón", 1822. Extraído de Clayton, P.A., "Redescubrimiento del Antiguo Egipto. Artistas y viajeros del siglo XIX", Barcelona, Ed. del Serbal, 1994, lám. XVIII. Actualmente esta cabeza colosal, perteneciente en realidad a Ramsés II, se halla en el Museo Británico.

Nota Metodológica

Siendo materia opinable, se ha dejado a consideración de los autores la transcripción de los nombres egipcios a las lenguas modernas; así como también el formato de las citas.



**EDITORIAL
DE LA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA ARGENTINA**

UNIVERSITAS S.R.L.

Tucumán 1436

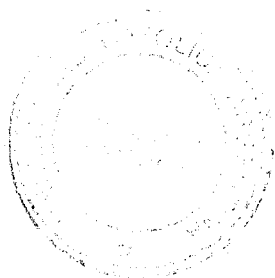
Buenos Aires, 2004

ISBN: 950-523-314-0

**Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Printed in Argentine - Impreso en la Argentina**

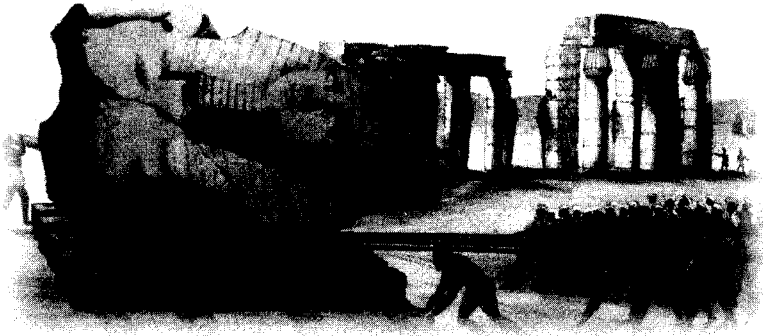
En primer lugar, quiero expresar mi gratitud a los investigadores que se sumaron al Curso "El Antiguo Egipto: una civilización Milenaria", sin cuya inestimable participación no hubiera sido posible llevar a cabo este proyecto. En segundo lugar, es mi deseo agradecer al Dr. Miguel Angel De Marco, Director del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, quien avaló desde un primer momento, tanto mi propuesta sobre el Curso, como la posibilidad de esta publicación. Finalmente, quiero hacer extensivo mi agradecimiento a las autoridades de la Facultad, a la Lic. Isabel Salinas; al Prof. Javier M. Paysás; al personal administrativo de la Facultad; a los alumnos de la carrera de Historia y a todos aquellos que de un modo u otro lo hicieron posible.

ROXANA FLAMMINI
Compiladora



ÍNDICE

PRÓLOGO	13
CAPÍTULO I	
DIVERSOS ASPECTOS DE LA REPRESENTACIÓN PLÁSTICA Y DE LA EXPRESIÓN EN EL ARTE DEL ANTIGUO EGIPTO	
<i>Jorge Manuel Bedoya</i>	17
CAPÍTULO II	
PRÓXIMOS Y DISTANTES: EGIPTO Y ÁFRICA, DEL PERÍODO PREDINÁSTICO AL REINO ANTIGUO	
<i>Marcelo Campagno</i>	51
CAPÍTULO III	
CIUDADES DE EGIPTO. HISTORIA Y CERÁMICA. TELL ER RUB'A (MENDES)	
<i>Alicia Daneri Rodrigo</i>	81
CAPÍTULO IV	
ASIÁTICOS EN EGIPTO: LOS HICSOS	
<i>Roxana Flammini</i>	101
CAPÍTULO V	
LA VIDA EN EL MÁS ALLÁ: DE MASTABAS, PIRÁMIDES E HIPOGEOS	
<i>Javier María Paysás</i>	141



Giovanni Battista Belzoni, "Manera en que G. Belzoni trasladó la cabeza del joven Memnón", 1822. Extraído de Clayton, P.A., "Redescubrimiento del Antiguo Egipto. Artistas y viajeros del siglo XIX", Barcelona, Ed. del Serbal, 1994, lám. XVIII. Actualmente esta cabeza colosal, perteneciente en realidad a Ramsés II, se halla en el Museo Británico.

PRÓLOGO

El antiguo Egipto, lejano en el tiempo y en el espacio, no deja de sorprendernos cuando –mucho más allá de los descubrimientos arqueológicos que suelen concitar las primeras planas de los periódicos– logramos visualizar en una frase, en una imagen, en una construcción o en un ajuar funerario, parte del sentido que esa sociedad le daba al mundo. Por cierto, ese sentido del mundo dista mucho de asemejarse al nuestro: un universo permeado por lo sagrado, una concepción diferente del espacio y del tiempo, un Estado gobernado por un rey-dios. Si bien diferente, no carece de orden, sino que posee un ordenamiento propio, único y preciso. He aquí, entonces, que lo novedoso del enfoque se conjuga con lo ya conocido sobre esa sociedad para aproximarnos a ella con nuevos ojos.

De este modo, ese antiguo Egipto nos convocó en el Curso de Extensión Universitaria organizado por el Centro de Estudios de Historia del Antiguo Oriente (CEHAO) y el Departamento de Historia, en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica Argentina, durante el mes de octubre de 2002. Bajo el título de “El Antiguo Egipto: una civilización milenaria”, cinco encuentros pretendieron acercar algunos aspectos de ese universo a los jóvenes universitarios y al público en general; encuentros donde se hicieron

presentes la historia, la arqueología, la antropología, la arquitectura y la historia de las artes.

La explicación de las transformaciones expresivas de la representación plástica y de las técnicas utilizadas para elaborar esas imágenes y esculturas, proporcionó una visión del arte como vehículo de expresión de esa cosmovisión particular; mientras que la aproximación histórico-antropológica giró en torno a una problemática que concitó –y concita– profundas discusiones teóricas en los ámbitos más especializados: los orígenes del Estado en Egipto. En este caso particular, compartimos una aproximación original al surgimiento del Estado, basada en el análisis de los lazos de parentesco dentro de las comunidades pre-estatales y el carácter de las relaciones intercomunitarias en un contexto netamente africano.

El enfoque histórico-arqueológico se hizo presente en las aproximaciones a dos sitios de suma importancia para la historia de Egipto: Tell er-Rub‘a y Tell el-Dab‘a. Ambos ubicados en el Delta del Nilo, el primero era el lugar donde se había erigido la ciudad de Mendes, habitada desde el Predinástico, que adquirió mayor preponderancia con los avatares político-económicos del I milenio a.C.; el segundo, de la antigua Avaris, capital de la dinastía hicsa, que controló parte de Egipto desde 1640 a 1540 a.C. pero que poseía una riquísima existencia anterior a ese momento.

Finalmente, la perspectiva arquitectónica e histórica se conjugó en la presentación de los cambios y continuidades en el ámbito funerario egipcio. Un recorrido por las diferentes configuraciones espaciales, que las tumbas presentaron a lo largo de los 3000 años de la historia del Egipto faraónico, nos

introduce en las variantes de ese tipo de construcciones: mastabas, pirámides e hipogeos.

Como se observará, algunos de los trabajos conjugan aproximaciones originales para descubrir ese universo de formas y contenidos únicos, singulares y específicos; otros, sugieren la revisión de conceptos, modelos y teorías, presentando lo conocido desde ángulos poco concurridos; pero en definitiva, y más allá de todo, nuestro más profundo deseo radica en que el lector nos acompañe en esta búsqueda de nuevas perspectivas y percepciones para comprender mejor a esos antiguos conocidos, los egipcios.

ROXANA FLAMMINI

CAPÍTULO I

DIVERSOS ASPECTOS DE LA REPRESENTACIÓN PLÁSTICA Y DE LA EXPRESIÓN EN EL ARTE DEL ANTIGUO EGIPTO

JORGE MANUEL BEDOYA*

El análisis de la escultura, el relieve y la pintura constituyen el punto de partida de este escrito destinado a examinar, sin pretender agotar un tema complejo recorrido por múltiples investigaciones arqueológicas y artísticas, diversos aspectos de la representación plástica y de la expresión presentes en el arte del Antiguo Egipto, en determinados momentos de su extensa historia cultural.

1. Sobre el arte y los artistas

Los cambios que se produjeron en el Neolítico dieron lugar, en suelo egipcio, a una serie de acontecimientos que constituyen el punto de partida de una historia que no conoce

* Licenciado en Historia del Arte (UBA). Profesor, Universidad de Buenos Aires.

desvíos y que, tal vez, permita señalar al primer gobernante ninita como descendiente directo de los jefes de las tribus neolíticas¹. En este largo proceso se desarrollaron diversas culturas, que confluyen en la llamada época predinástica, cuyo último período se enlaza con las dos primeras dinastías (3000-2675 a.C.). A partir de estas últimas, Egipto puede definirse como una compleja construcción social que se manifiesta por el desarrollo urbano; la actividad económica; la existencia de gobernantes legitimados por grupos sacerdotales y por una organización de funcionarios letrados; la posesión de una lengua, fijada en un sistema de escritura, y de un arte que expresan, en el plano simbólico, la óptica de los grupos organizadores de esta sociedad. En este contexto, las imágenes artísticas son portadoras de aspectos mágicos, muchos de ellos enraizados con la Prehistoria, y conmemorativos unidos, estructuralmente, a significados cosmogónicos, religiosos y rituales².

La lengua egipcia no contenía ningún término equivalente a la palabra arte y resulta muy difícil encontrar similitudes para los actuales conceptos *obra de arte* y *artista*. Con referencia a este último término, puede observarse que existían diversas palabras para nominar las diferentes profesiones

¹ VERCOUTTER, J., "Los orígenes de Egipto", en E. CASSIN, J. BOTTÉRO y J. VERCOUTTER (Comp.). *Los Imperios del Antiguo Oriente. Del Paleolítico a la mitad del Segundo Milenio*, 6º ed., Madrid, Siglo XXI, 1975, vol. 2, págs. 189-201.

² Vid. VERCOUTTER, J., "El Egipto Arcaico" y "El Imperio Antiguo" en E. CASSIN, J. BOTTÉRO y J. VERCOUTTER (Comp.), *ob. cit.*, págs. 202-248. AYMARD, A. y AUBOYER, J. *Oriente y Grecia Antigua*. 3ra. ed., Barcelona, Destino, 1976, vol. 1, págs. 51-128.

y, por ejemplo, el vocablo que podría traducirse como *escultor* aparece junto a los que señalan a los carpinteros, los alfareros, los orfebres, los fabricantes de corazas, de carros, de arcos y de abanicos, que hoy se suelen reunir bajo el rótulo de artesanos u obreros.

El término utilizado para designar al escultor expresaba cómo se entendía su oficio, “*el que hace vivir*” (*s ʿnh*), y quienes daban vida con sus manos realizaban el acto de “*dar a luz*” (*ms*). Estas ideas se vinculaban con la creencia en el poder mágico de la imagen y con la necesidad de efectuar aquellos rituales que abrían los ojos y la boca de las esculturas, ubicadas en tumbas y templos, para que ellas pudieran participar de las ofrendas. Resulta interesante señalar que los artesanos tenían como protector a Ptah, divinidad local de Menfis, y cuyo Gran Sacerdote llevaba el título de “*el mayor artesano*” (*wr hmww*). La tradición menfita señalaba a Ptah como el dios creador del mundo porque, en primer lugar, lo pensó y luego lo nominó en voz alta. Por otra parte, se pensaba que el dios meridional Knum, creó a los artesanos, formó a los dioses alfareros y modeló al primer hombre en su torno para, acto seguido, colocarlo en el útero materno y, luego, ayudarlo a nacer. Estos pensamientos parecen indicar que, para los egipcios, el escultor en su taller asumía un papel creador semejante a Knum, lo cual llevó a otorgar rango sacerdotal a algunos de estos artistas.

El dibujante, llamado también “*escriba de contornos*”, cumplió un papel importante en el campo artístico porque era “*el que representa una forma*” (*sš kd*). Aquí, la palabra “*forma*” (*kd*) indica la representación no sólo del contorno sino de

la naturaleza del objeto o figura. En los momentos más antiguos del arte egipcio, este contorno estaba vinculado al relieve, del cual, más tarde, se independizó al necesitarse el dibujo para aquellas obras realizadas sólo por medio de la pintura. A pesar de la importancia que se le concedía por su hacer no se lo igualaba con el escultor pues no se dice que el dibujante otorgara vida. Sin embargo, sus realizaciones debían también expresar cualidades mágicas ya que la representación del ser humano cumplía su finalidad desde el momento en que se le unía el nombre del representado. El color desempeñó un papel muy importante y puede suponerse, dada la división del trabajo existente en el mundo egipcio, que quienes lo aplicaban eran especialistas en dichas labores y se diferenciaban del “*escriba de contornos*”.

La magnitud de las labores constructivas llevó a la fama el nombre de ciertos arquitectos y lo hizo perdurar a través del tiempo. Así, al arquitecto y sacerdote Imhotep, autor del complejo funerario del rey Dyoser y uno de los primeros en construir en piedra, se convirtió, en el Reino Nuevo, en modelo para los escribas y se lo veneró como un sabio y, en la XXVI dinastía tebana, se lo divinizó dedicándole templo y culto. Otro arquitecto, que vivió en época de Amenofis III y murió muy anciano, fue Amenhotep (hijo de Hapu) quien dirigió las obras del templo de Karnak y supervisó la instalación de los colosos de Memnón. Se le concedió el favor, único a un personaje privado, de construir su templo funerario junto a los sepulcros reales, al oeste de Tebas. Al igual que Imhotep, fue venerado y se le elevaron diferentes plegarias. Como expresión de la consideración que tuvo un profesional en el Reino Antiguo se puede señalar la estatua de Hemiunu,

arquitecto jefe de Keops. Por otra parte, el hallazgo de ciertas tumbas de escultores como las pertenecientes a Ipuky y Nebamón (tumba tebana 181), que vivieron en los reinados de Amenofis III y Amenofis IV, y aquella que hizo construir Ipu (tumba tebana 217) durante el reinado de Ramsés II, señala una cierta posición en el ámbito artístico. La primera, contiene gran variedad de escenas entre las cuales se encuentra la inspección a los talleres de joyería, de metales y carpintería, mientras que la segunda, muestra, en mayor medida que otras tumbas de época ramésida, diversas faenas entre las que se encuentran dos temas poco habituales como la fabricación de un catafalco real y de un relicario. Lo que no puede asegurarse es que los mismos artistas hayan sido los realizadores de las obras ubicadas en sus sepulturas porque si se conocen sus nombres es gracias a las tumbas, estatuas o monumentos realizados en su honor puesto que el anonimato era lo habitual. La efigie del escultor Bak, que vivió durante el reinado de Amenofis IV y ha sido representado en altorrelieve junto a su esposa, permite unir un nombre y una figuración por medio de las inscripciones que la rodean, las cuales, en diferentes lugares, lo señalan juntamente con su calidad de artista, pero no indican si él es el autor de la obra³.

³ “Estatua sedente de Amenhotep, hijo de Hapu”, granito gris, alto: 142 cm, XVIII dinastía, El Cairo, Museo Egipcio. “Estatua sedente de Hemiunu”, caliza, alto: 165 cm, IV dinastía, Hildesheim, Pelizaeus Museum. “El escultor Bak y su esposa”, cuarcita, alto: 67 cm, XVIII dinastía, Berlín, Agyptisches Museum. Vid. MANNICHE, L., *El Arte Egipcio*, 1ra. ed., Madrid, Alianza, 1997, págs. 13-30. MÁLEK, J., *Egyptian Art*. 2da. ed., Londres, Phaidon, 1999, págs. 7-31. ALDRED, C., *Egyptian Art in the Days of the Pharaohs (3100-320 BC.)*. 3ra. ed., Reino Unido, Oxford University Press, 1980, págs. 11-30.

Las artes figurativas egipcias se caracterizan por presentar una notable homogeneidad estilística basada en la permanencia de ciertos elementos fundamentales para la representación plástica. Sin embargo, esta persistencia no implica la ausencia de modificaciones a través del tiempo y, en determinadas épocas, la ruptura de los cánones tradicionales.

Esta consistencia artística puede, tal vez, relacionarse con el sentido único del tiempo que tenían los egipcios. A diferencia del pensamiento occidental, que distingue al pasado como lo ya cumplido, considera al presente como resultado de las acciones realizadas y el hacer en el hoy y al futuro como proyecto, los egipcios creían en dos dimensiones fundamentales del tiempo profundamente relacionadas, una eterna (*dt*), reino de los dioses y a la cual se accedía por la muerte, y la otra vinculada con los ciclos de la naturaleza. En la dimensión eterna, todo sucedía con simultaneidad y la creación ocurría constantemente a diferencia del tiempo “normal”, que era visto como un círculo en el cual se repetía un eterno presente integrador del “tiempo de los ancestros”, considerado como ya ocurrido pero no cumplido. El sentido de eternidad se manifestaba, por ejemplo, en el trayecto que se cumplía en el templo, el cual, luego de pasar entre las dos montañas del horizonte (pílonos) y atravesar las salas con pilares papiriformes, alusión al papiro primordial existente antes de la creación de la luz, culminaba en el *sancta sanctorum* donde el dios cumplía su labor creadora cada amanecer. La fiesta de Opet vinculaba, a través de la conexión entre estas dimensiones temporales, el ciclo de las estaciones y las crecientes del

Nilo, con la necesidad de la intervención divina para garantizar su funcionamiento⁴.

2. Los fundamentos estilísticos

El mundo simbólico del arte expresa estas ideas, y la escultura, el relieve y la pintura, ubicados en templos y tumbas, muestran los rituales que enlazan el tiempo “normal” con la eternidad y, ante el temor de producir efectos desastrosos en la organización cósmica, se tiende a producir pocas modificaciones en los elementos básicos de la representación.

El estilo, que se transformó en modelo para el desarrollo del arte egipcio, tuvo como centro a Menfis, capital política y administrativa, a partir del momento en que los reyes del sur se convirtieron en dominadores. Con la tercera dinastía y, aproximadamente, por quinientos años, la tradición menfita fue desarrollada por artistas vinculados con la monarquía y a grupos relacionados con ella. Al analizar la producción destinada a estos últimos, se la suele designar como “arte privado” porque si bien ella está influida por el arte cortesano no es, necesariamente, idéntica. Sin embargo, no debe omitirse que, en determinadas ocasiones y como resultado del favor real, artistas a las órdenes del soberano producían estatuas, relieves y pinturas funerarias para quienes se habían destacado al servicio

⁴ Vid. RAYMOND JOHNSON, W., “The Setting: History, Religion and Art”, en FREED, R. E., J. MARKOWITZ y S. H. D’AURIA (Ed.), *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Ira. ed., Boston, Museum of Fine Arts, 1999, págs. 38-39. La cronología empleada en este escrito ha respetado la utilizada en esta obra.

de la corona y pertenecían a dichos grupos. Por otra parte, puede diferenciarse este “arte privado” de la producción desarrollada en las provincias y cuyo estilo aparece desfasado con respecto a las realizaciones de las diferentes capitales.

Las artes figurativas muestran imágenes solemnes, representativas y estilizadas, construidas a través de un “realismo conceptual”, que se mantiene fiel a la idea que se tiene del hombre, la naturaleza y de las cosas más que a los diversos aspectos que de ellas capta el ojo. De esta manera, la representación busca expresar lo más claramente posible, la configuración del hombre, los animales y los objetos, renunciando al ilusionismo, que sugiere lo transitorio y lo individual por medio del particularismo y los escorzos.

La representación en el relieve y la pintura se desarrolla sobre el plano y aparece regida por las leyes del marco y de simetría, y en su composición se incluyen elementos rítmicos, tales como la repetición, la progresión y la alternancia que tuvieron como punto de partida la organización agraria neolítica. La búsqueda de lo esencial en esta imagen, vinculada con la construcción imaginaria del hombre y su relación con el trasmundo, llevó a concebir la figura humana presentando su cabeza de perfil, con el ojo dibujado frontalmente; el tórax de frente; las vistas internas de sus extremidades inferiores; y la pierna y el brazo, que se adelantan, como los más alejados del espectador, mientras que para figurar a los animales, los elementos de la naturaleza y los objetos de uso se prefieren las vistas laterales, o en el caso de los últimos determinadas construcciones frontales. En términos generales, pue-

de decirse que las figuras se ubican sobre una línea de apoyo, que puede repetirse, si así lo requiere la composición, en diferentes zonas del campo pictórico. La ausencia de volumen concuerda con el uso de la superposición para indicar, sobre el plano, las relaciones de distancia, las cuales, por otra parte, están subordinadas a la representación jerárquica que, sin importar la ubicación, hace que los dioses, los reyes o los propietarios de las tumbas tengan mayor tamaño que sus acompañantes.

Las primeras fases del trabajo eran comunes al relieve y a la pintura, puesto que, después de preparar el muro, se cuadrículaba toda la superficie para dibujar luego, con determinadas tintas, las figuras manteniendo las proporciones establecidas.

La realización de relieves llevaba a la intervención de los escultores, quienes trabajaban la pared, para conseguir bajo-relieves con poco resalto o rehundidos, en el cual, las figuras se obtienen por medio de incisiones en el plano. El altorrelieve fue excepcional y, en los casos en que aparece es, tal vez, el resultado de considerar a las figuras más como estatuas adosadas a un muro que el resultado del trabajo sobre el plano. Luego de estas labores se aplicaba el color, como ocurre, por ejemplo, en las mastabas de Ti y de Ajethetep o la pasta vítrea en los huecos del relieve rehundido como se hizo en la mastaba de Itet y en la capilla de Nefermaat, pero la fragilidad de esta técnica hizo que se la abandonara muy pronto.

Las labores pictóricas se iniciaban extendiendo sobre el dibujo inicial una delgada capa de pintura, que actuaba como color de fondo, y luego se aplicaban los tonos establecidos

para cada elemento. El color de dicho fondo fue variando y así, a manera de ejemplo, se puede indicar la utilización del gris azulado, a principios de la XVIII dinastía, y del blanco hacia su finalización, mientras que el amarillo fue preferido por los ramésidas. Las carnaciones se pintaban primero, luego los vestidos y los peinados y, por último, se retocaban los contornos. Los colores utilizados eran obtenidos a partir de tierras naturales y, los más empleados, fueron el ocre, el rojo y el amarillo diluidos en agua a la cual se le agregaba goma. A ellos se sumaba el blanco tiza, el negro carbón, el azul y el verde, que se obtenían del cobre y han resultado más inestables que los otros colores mencionados.

En Egipto, las esculturas labradas en la roca o realizadas en madera deben ser consideradas en relación con la arquitectura para la cual se destinaban, ya que no se las concebía de manera independiente. El primer paso lo constituía la traza sobre el bloque de una cuadrícula que permitía, en las dos superficies laterales, representar los respectivos perfiles y, en el plano delantero, la visión frontal; luego, el trabajo sobre el material permitía coordinar los diferentes lados de la imagen. Esta manera de concebir la labor escultórica llevaba a construir el volumen a partir de planos y no desde el propio volumen. La aplicación de color sobre las superficies completaba estas labores y, en ciertos casos, se utilizaban elementos metálicos para representar los atributos del poder real o divino. La escultura en madera, en un país donde no eran comunes los árboles de gran porte aptos para estas realizaciones, utilizaba el ensamblaje que se ocultaba, al concluirse la realización, con una capa de yeso que después se policromaba.

3. Las transformaciones expresivas

El arte del Reino Antiguo (2675-2130 a.C.), como se ha señalado más arriba, se convirtió en modelo para épocas posteriores por la lograda síntesis de formas y significados expresados por medio del denominado “realismo conceptual”. Al observar las realizaciones de la IV y V dinastías es posible señalar variaciones dentro de los lineamientos generales del estilo. La estatua sedente de Kefrén, realizada en diorita, y las dos que muestran a Rahotep y Nefret sentados, esculpidas en caliza y que han conservado su policromía, pueden considerarse expresión del arte monárquico de la IV dinastía⁵. En la primera de ellas, el faraón, representado de tamaño natural, está sentado en un trono sostenido por leones y su cabeza abrazada por las alas de un halcón, personificación de Horus. Este abrazo indica que Kefrén es la encarnación de la divinidad y sirve para expresar el concepto de monarquía en el Antiguo Egipto. Las estatuas de Rahotep y su mujer, encontradas en la

⁵ “Estatua sedente de Kefren”, diorita, alto: 168 cm, IV dinastía, El Cairo, Museo Egipcio. “Estatua sedente de Rahotep”, caliza policromada, alto: 120 cm, IV dinastía, El Cairo, Museo Egipcio. “Estatua sedente de Nefret”, caliza policromada, alto: 120 cm, IV dinastía, El Cairo, Museo Egipcio. Vid. LANGER, K. y HIRMER, M., *Egypt. Architecture, Sculpture, Painting in Three Thousand Years*, 3ra. ed., Londres, Phaidon, 1961, láms. 36-37, pág. 301. ROBINS, G., *The Art of Ancient Egypt*, 1ra. ed., Massachusetts, Harvard University Press, 1997, págs. 12-29. MANNICHE, L., *ob. cit.*, págs. 70-73. PANOFSKY, E., “The History of the Theory of Human Proportions as a Reflection of the History of Styles” en PANOFSKY, E., *Meaning in the Visual Arts*, 1ra. ed., Nueva York, Doubleday Anchor Books, 1955, págs. 55-62.

capilla del príncipe, se ubican en asientos de perfiles netos, que recuerdan el bloque de piedra original. Él aparece con el torso desnudo y ella llevando un vestido ceñido al cuerpo. Los ojos realizados con cristal y el color, del cual sólo quedan algunos restos en la estatua de Kefrén, dan una mayor sensación de vida que no deben hacer olvidar las convenciones que rigen su construcción. Sin embargo, puede señalarse que los rostros de cada uno de estos personajes muestran diferencias, lo cual permite indicar cómo, aun dentro de los estilos más estrictos, el artista tiene determinadas posibilidades para indicar lo individual. Cuando se produce en la V dinastía una gran expansión del “arte privado”, el concepto de similitud con el modelo, en parte presente en “cabezas de sustitución” anteriores, se amplía y existen casos en que, al existir la posibilidad de comparación, se observa la permanencia del parecido, como ocurre con las dos esculturas del gran sacerdote Renefer⁶. Las diferencias fisonómicas que presentan las estatuas de escribas, dignatarios y sacerdotes pueden vincularse con ciertos cambios religiosos expresados, arquitectónicamente, en los templos solares, que los faraones Userkaf y Niuserre hicieron erigir en el desierto (Abu Gurob, norte de Abusir). Estos edificios eran a cielo abierto para que el dios pudiera gozar de los ritos y su elemento principal era la piedra “ben ben”, obelisco corto y

⁶ “Estatua de Renefer”, caliza policromada, alto: 185 cm, V dinastía, El Cairo, Museo Egipcio, y “Estatua de Renefer”, caliza, alto: 180 cm, V dinastía, El Cairo, Museo Egipcio. Vid. LANGER, K. y HIRMER, M., *ob. cit.*, láms. 61- 65, pág. 304. ALDRED, C., “La estatuaria” en ALDRED, C. et alii, *Los Faraones. Los Tiempos de las Pirámides. De la Prehistoria a los Hicsos (1560 a.C.)*, 1ra. ed., Madrid, Aguilar, 1978, págs. 172-205.

macizo coronado por un piramidi6n dorado, que se ubicaba sobre una plataforma piramidal delante de la cual se dispona el altar. Este emblema se encontraba en un patio rectangular rodeado por un muro al cual se llegaba desde un templo, ubicado en el valle, y unido por un corredor. Si bien esta organizaci6n se tom6 de los templos funerarios anteriores, aqua est6 destinada a destacar la potencia del dios y del soberano, al cual se lo nombra como "hijo de Re". En sus muros se ubicaban relieves que mostraban el jubileo del fara6n, escenas vinculadas con la fundaci6n del templo y, un motivo nuevo, la celebraci6n de la naturaleza observada durante las tres estaciones del a6o. Los monumentos funerarios de los faraones de la V dinastaa estuvieron decorados con asuntos relativos a la vida terrena, los cuales, excepto en la 6poca amarniense que presenta interesantes relaciones con esta dinastaa, s6lo aparecen en las tumbas privadas. En 6stas se encuentra el repertorio de asuntos que caracteriz6 al arte funerario antiguo y que se mantuvo a trav6s del tiempo, sin que la modificaci6n de algunos detalles o la ubicaci6n de ciertos asuntos, alteraran el esquema inicial. Los principales elementos son, la estela falsa puerta, los nichos con estatuas enmarcados por los preparativos y goces del banquete, los portadores de ofrendas, los integrantes de la familia identificados por sus nombres, la fabricaci6n del ajuar funerario y los diversos trabajos agrarios. Un relieve conocido como "Las ocas de Meidum", fragmento de una decoraci6n mayor ubicable en la III o IV dinastaa, aparece como expresi6n de la vida en las orillas del Nilo mientras la tumba de Rahotep y Nefret,

un poco más tardía, es una de las primeras en ofrecer un ciclo decorativo completo⁷.

Una cierta descentralización en la administración a partir de la V dinastía se transformó en desorganización durante el Primer Periodo Intermedio (2130-1980 a.C.). A partir de la VI dinastía, se multiplicaron las tumbas de gobernadores, oficiales e, incluso, de algunos monarcas, desde Asuán hasta el Delta y en su arte se observa la presencia de ciertos patrones locales que si bien, en principio, no entran en colisión con el estilo real lo hacen a partir de la siguiente dinastía en cuyo arte se perciben desequilibrios en la composición, en el empleo del color y en la realización del dibujo.

Las ciudades de Heracleópolis, ubicada en la orilla oeste del Nilo cercana a la entrada del oasis del Fayum, y Tebas, emplazada al sur, fueron los centros políticos y artísticos y dos tumbas provinciales de la X dinastía pueden utilizarse como ejemplos del arte de la época. La primera, excavada en la roca (Mo'alla, Alto Egipto, sur de Tebas), muestra sus muros estucados sobre una capa de limo y una pintura directa, que registra figuras alargadas y combinaciones colorísticas realizadas con libertad, mientras que la segunda, construida en Gebelein sobre la otra orilla del río, ofrece una procesión fu-

⁷ Vid. GRZYMSKI, K., "Royal Statuary" en O'NEILL, J. (Ed.), *Egyptian Art in the Age of the Pyramids*, 1ra. ed., Nueva York, The Metropolitan Museum of Art, 1999, págs. 51-55. ZIEGLER, Ch., "Nonroyal Statuary", en O'NEILL, J. (Ed.). *ob. cit.*, págs. 57-71. ARNOLD, D., "Royal Reliefs", en O'NEILL, J. (Ed.). *ob. cit.*, págs. 83-101. CHERPION, N., "The Human Image in Old Kingdom Nonroyal Reliefs" en O'NEILL, J. (Ed.). *ob. cit.*, págs. 103-115. VERCOUTTER, J., "Bajorrelieve y pintura", en ALDRED, C. et alii, *ob. cit.*, págs. 124-168.

neraria con dramáticas plañideras a las que se suman reses cuyos pelajes parecen más invención del artista que observación del natural. En Tebas, aparentemente, existió una escuela que permaneció más relacionada con la tradición. En las tumbas de los Antef, cuyo último miembro es reconocido como el fundador de la XI dinastía, se han encontrado sellos y sellos-amuletos y, entre éstos, hacen su primera aparición los escarabajos-sello lo cual muestra una nueva iconografía vinculada con creencias solares.

En el Reino Medio (1980-1630 a.C.), Tebas establece su supremacía y sus soberanos se convierten en reyes de Egipto. Mentuhotep Nebhepetre fue quien construyó su templo funerario en Deir el-Bahari inspirándose en elementos antiguos pero reuniéndolos en un nuevo diseño. En el caso de la estatuaria, existe una obra de arenisca policromada hallada en dicho templo que lo muestra sentado con los brazos cruzados sobre el pecho que sostenían, originalmente, las insignias del poder⁸. El faraón está vestido con la túnica blanca que se llevaba en la fiesta Sed mientras el color de su cuerpo y su rostro es negro, tono que representa al lodo del Nilo en estado húmedo y manifiesta el momento del renacimiento antes de la resurrección. Así, este color señala un momento pletórico de anuncios en el ciclo vital, ubicado entre la muerte y la resurrección y, juntamente, con el blanco de la túnica y el rojo de la corona del Bajo Egipto constituyen la tríada de tonos primordiales a los cuales se subordinan los

⁸ “*Estatua sedente de Mentuhotep Nebhepetre*”, caliza policromada, alto: 183 cm, XI dinastía, El Cairo, Museo Egipcio. Vid. MANNICHE, L. *ob. cit.*, págs. 100-101. MÅLEK, J., *ob. cit.*, págs.153-208.

demás colores (fig. 1). La imagen de diferentes soberanos aparece en piedra y madera policromadas y en todas sus efigies se observan rasgos comunes, tales como los grandes ojos, resolución que ya se encuentra en obras del Primer Período Intermedio, los labios abultados, el rostro redondeado y el cuerpo macizo derivados de obras realizadas en el Reino Antiguo. Durante el reinado de Sesostriis III aparece otra línea estilística, que constituye el llamado estilo "tebano" de la dinastía y manifiesta, a través de la postura corporal y de los rasgos faciales, la desilusión que recorre la época y de la cual también la literatura ha dejado testimonio. La forma de la cavidad ocular, los pómulos salientes y el rictus que enmarca los labios, tanto como el alargamiento de la figura y la postura de las manos muestran al otrora dios triunfante transformado en un "pastor", que cuida sus ovejas mientras se encuentra "agobiado por las obligaciones"⁹. En ciertas esculturas se unen estas dos tendencias tal como ocurre en la estatua de Amenemhat III en cuyo cuerpo existen recuerdos de las efigies de Mentuhotep Nebhepetre y su fisonomía no ostenta el rictus trágico de Sesostriis¹⁰. En el campo de la representación

⁹ WILSON, J. A., "Egipto" en FRANKFORT, H., WILSON, J. A. y JACOBSEN, T., *El pensamiento prefilosófico. I.- Egipto y Mesopotamia*, 2da. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1958, pág. 148. Vid. "Las instrucciones del Rey Amenemhat" en PRITCHARD, J. B. (Ed.), *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament (ANET)*, 3ra. ed. con suplementos, Princeton-Nueva Jersey, Princeton University Press, 1969 (3ra. reimpresión, 1974), págs. 418-419.

¹⁰ Vid. "Cabeza de Sesostriis III", granito rojo, alto: 80 cm, XII dinastía, Egipto, Museo de Luxor. "Estatua de Sesostriis III", granito negro, alto: 122 cm, XII dinastía, Londres, British Museum.



Figura 1

masculina, surge la estatua-cubo que presenta al personaje sentado, con las rodillas dobladas y los brazos alrededor de ellas, de tal manera, que los contornos del cuerpo forman un cubo del que sobresalen la cabeza, donde se concentran los elementos diferenciadores, los pies y, a veces, las manos. Se ha sugerido que estas obras se inspiran en diversos aspectos del culto osiríaco ya sea en las figuras sedentes, que aparecen en los modelos de embarcaciones que transportan al difunto en sagrada peregrinación, o en la imagen de la resurrección de Osiris sobre una colina¹¹. Un aspecto interesante a señalar es la creación, en el círculo real y en el ámbito privado, de importantes retratos de mujeres donde aparecen elementos, destinados a destacar la vivacidad de sus rostros, tal como ocurre en la cabeza del Brooklyn Museum. Otras obras para destacar son las pequeñas esculturas de madera de soldados, trabajadores y sirvientes que completaban el ajuar funerario y que llegaron a constituir verdaderas escenas tridimensionales¹².

La pintura más que el relieve fue el material utilizado para sus tumbas por los particulares y entre ellas pueden señalarse la perteneciente a Knumhotep (Beni Hasan, núm. 3),

¹¹ “Estatua-cubo de Si-Hathor”, caliza, alto: 112 cm incluida la estela en la cual puede encastrarse, mitad de la XII dinastía, Londres, British Museum. Por la fecha en que ha podido datarse se la considera la obra más antigua dentro de esta tipología. Vid. MANNICHE, L., *ob. cit.*, págs. 114-115.

¹² “Cabeza de Mujer como esfinge”, piedra dura verde, alto: 39 cm, XII dinastía, Nueva York, The Brooklyn Museum. En el Museo Egipcio de El Cairo, y en The Metropolitan Museum of Art de Nueva York, se encuentran importantes ejemplos de estos grupos de soldados, trabajadores y sirvientes. Vid. ROBINS, G., *ob. cit.*, págs. 90-121.

contemporáneo de Sesostris II, donde se observa un notable realismo en ciertas escenas tales como las que captan a dos hombres, ayudados por tres babuinos, en el intento por alcanzar unos higos, al propietario cazando aves y a los comerciantes beduinos de origen asiático.

Después del Segundo Período Intermedio (1630-1539 a.C.) dominado por los hicsos, que usufructuaron de los monumentos existentes o se inspiraron para sus realizaciones en algunas obras anteriores, la XVIII dinastía tebana (1539-1292 a.C.) inaugura el Reino Nuevo. Sus reyes buscaron en la tradición menfita de la XII dinastía las bases estilísticas para un arte, que pretendía expresar la instauración del antiguo orden. La cantidad, la calidad y la variedad artísticas caracterizan las realizaciones reales y privadas del período, las cuales, en sus inicios, poseen ciertos elementos arcaizantes (reinados de Amosis, Amenofis I, Tutmosis I y II) para alcanzar luego, especialmente en época amarniense, una gran libertad con respecto a las manifestaciones tradicionales¹³.

Durante el reinado de Tutmosis III se produjeron una serie de variaciones estilísticas, que muestran las posibilidades de cambio. En un primer momento, la imagen denota un

¹³ Vid. YOYOTTE, J., "El Imperio Nuevo en Egipto" en CASSIN, E., BOTTÉRO, J., VERCOUTTER, J., *Los Imperios del Antiguo Oriente. El fin del segundo milenio*, 5ta. ed., Madrid, Siglo XXI, 1974, vol. 3, págs. 193-224. CERNÝ, J., "El Imperio Nuevo en Egipto" en CASSIN, E., BOTTÉRO, J., VERCOUTTER, J., *ob. cit.* vol. 3, págs. 226-258. MÅLEK, J., *ob. cit.*, págs. 209-258. ALDRED, C., *ob. cit.*, págs. 147-202. ROBINS, G., *ob. cit.*, págs. 122-148.

cierto arcaísmo continuador del estilo desarrollado durante el gobierno de su antecesor. En una segunda etapa, con la presencia de Hatshepsut en el gobierno debido a la corta edad del faraón, predominan las líneas impuestas por ella. Su impronta aparece tanto en los relieves pintados de su templo de Deir el-Bahari, donde las figuras tienen contornos más flexibles que los modelos inspiradores, los personajes están dispuestos de manera novedosa y existe una menor inclusión de textos en el diseño como en la capilla levantada en Karnak para cuya construcción se empleó, por primera vez en Egipto, la cuarcita roja, en la cual los relieves, realizados por incisión, presentan un leve modelado dentro de sus contornos. De este edificio quedan, *in situ*, sus sillares dispersos, salvo los dos enviados al Museo de Luxor, lo cual imposibilita la reconstrucción del programa iconográfico original. Estos relieves, que se aproximan más a realizaciones del Reino Medio que a las representaciones de Deir el-Bahari, ofrecen vivas escenas acrobáticas acompañadas por bailarines y músicos; y la reina no dudó en agregarles el relato de la erección de los dos obeliscos, que hizo colocar en la entrada occidental del templo¹⁴. Con esta soberana también se presentó el problema de la representación de una mujer asumiendo el papel masculino del faraón. En términos genera-

¹⁴ “*El Templo funerario de Hatshepsut*”, en Deir-el-Bahari, cerca de Tebas, reconoce su inspiración en el realizado por Mentuhotep Nebhepetre (XI dinastía), que se levanta en las cercanías, pero presenta elementos nuevos y sus relieves se constituyeron en punto de partida para diferentes búsquedas. Vid. MANNICHE, L., *ob. cit.*, págs. 134-145. MÜLLER, H. W., “Bajorrelieve y Pintura” en ALDRED, C. et alii, *ob. cit.*, págs. 67-136.

les, puede decirse que, salvo la delicadeza femenina del rostro con su nariz arqueada y el mentón huidizo, aparecen mínimas sugerencias femeninas en su cuerpo¹⁵. En las cabezas de los pilares osiríacos de su templo, algunos de los cuales se encuentran en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, la reina hizo pintar las carnaciones de color rojizo, tono masculino, o anaranjado mientras que, en los colosos del santuario principal se empleó el rosado que, igualmente, se diferenciaba del amarillo correspondiente a las representaciones femeninas. Luego de su muerte, si bien se mantienen algunas de las líneas estilísticas, en especial la concepción ideal del rostro, cuya boca se curva en una sonrisa, el arte retoma ciertas pautas anteriores como, por ejemplo, la construcción de cuerpos más macizos. En este último período, puede ubicarse la escultura de la madre de Tutmosis III¹⁶, que muestra el empleo de un cierto realismo en el rostro y la acentuación de las características femeninas en su cuerpo. Todos estos elementos diferenciadores van unidos a la proscripción del nombre de Hatshepsut.

Las primeras representaciones monumentales en relieve aparecen durante el reinado de Tutmosis III y, como ejemplo, puede indicarse la cara exterior del pílono VII del templo de Amón en Karnak, donde se muestra al faraón tomando por

¹⁵ Como ejemplo puede señalarse su "*Estatua sedente*", caliza cristalina blanca, alto: 195 cm, XVIII dinastía, Nueva York, The Metropolitan Museum of Art. Vid. LANGER, K. y HIRMER, M., *ob. cit.*, lám. 127, pág. 323.

¹⁶ "*Estatua sedente de Isis, madre de Tutmosis III*", granito negro, alto: 99 cm, XVIII dinastía, El Cairo, Museo Egipcio.

los cabellos a un grupo de extranjeros mientras se dispone, hacha en mano, a eliminarlos. El rey tiene mayor tamaño que los prisioneros, los cuales, en novedosa figuración, aparecen entremezclados y con algunos rostros presentados de frente. La escena se completa con la efigie de Amón, ubicado más arriba de la diosa "Tebas", que espera recibir la lista de ciudades conquistadas en esta campaña militar. Aparentemente, el relieve tenía una función apotropaica para alejar fuerzas del mal del templo mientras que escenas similares, ubicadas en los muros laterales, podrían relacionarse con la apoteosis del soberano.

El largo reinado de Amenofis II, célebre por su fuerza y su destreza deportiva, posibilitó la realización de múltiples esculturas en las cuales se destaca tanto su amplio pecho y la musculatura de sus brazos como su rostro juvenil y la boca sonriente. Las obras realizadas durante los ocho años de gobierno de Tutmosis IV ofrecen ciertos cambios estilísticos, los cuales pueden señalarse en la estatua sedente del faraón y su madre donde aparecen cuerpos más macizos y diferencias fisonómicas, que se expresan en el corte de sus rostros, en el tamaño de sus ojos y en la forma de sus labios¹⁷.

Los treinta y ocho años de permanencia en el trono de Amenofis III se caracterizaron por sus construcciones y por sus colosos erigidos ante los pilonos de Luxor, Karnak, Tebas oeste, Nubia y otros lugares. En estas esculturas, la figura del

¹⁷ "Grupo sedente de Tutmosis IV y su madre Ti-O", granito negro, alto: 110 cm, XVIII dinastía, El Cairo, Museo Egipcio. Vid. LANGER, K. y HIRMER, M., *ob. cit.*, lám. 149, pág. 326. MÅLEK, J., *ob. cit.*, págs. 209-258.

monarca se expresa a través de una serena impersonalidad. Esta misma actitud se halla, por ejemplo, en la estatua que lo efigia parado al lado del sedente dios cocodrilo Sobek, figurado con cuerpo humano que le entrega el signo 'nh, y en el colosal grupo esculpido donde aparece sentado junto a la reina Tuy cuyo rostro está dotado de mayor expresividad¹⁸. En estos momentos, el arte se vincula con la tradición menfita y muestra austeridad en los detalles, simplicidad formal en los trajes y refinada realización.

La última década del reinado de Amenofis III se caracterizó por la celebración de tres jubileos (fiestas Sed), ocurridos en los años treinta, treinta y cuatro y treinta y siete de su ascensión al trono. A partir de la primera de estas celebraciones, se observan cambios muy importantes en el arte y en aspectos religiosos y de gobierno ya que, muy poco tiempo después, se perfila la participación de su hijo en actividades reales. Por una parte, aparece aquí el problema de una posible corregencia y, por otra, manifestaciones simbólicas que pueden estar vinculadas tanto con una reacción religioso-ideológica como con la transformación de determinados conceptos existentes en el imaginario de integrantes del grupo gobernante. La importancia concedida, en época de Tutmosis IV, al culto de Atón, expresión del disco solar mismo, alcanza ahora un gran desarrollo y se enlaza con la divinización en vida de Amenofis

¹⁸ “Grupo con el dios Sobek y Amenofis III recibiendo el signo (an), caliza, alto: 256 cm, XVIII dinastía, Egipto, Museo de Luxor. “Grupo de Amenofis III y la reina Tuy”, arenisca, alto: 280 cm, XVIII dinastía, El Cairo, Museo Egipcio.

III a través de su asimilación con Re, Ptah y Atón¹⁹. En el relieve y la escultura, la imagen del rey ofrece un rostro juvenil donde se destacan sus grandes ojos, mientras su cuerpo se cubre con adornos que incluyen símbolos solares y funerarios. La estatua, que muestra a Amenofis arrodillado efectuando una ofrenda, expresa la nueva orientación artística. En ella, su redondeado rostro con enormes ojos almendrados, el amplio torso, el collar "shebyu", las bandas en sus brazos, los "ureus" llevando discos solares visibles en su delantal son elementos que aparecen después de la primera fiesta jubilar y lo asocian en vida con el sol. Los rastros de barniz azul verdoso, existentes en esta figura, aluden a la vegetación y al renacimiento y, el brillo producido cuando la cubría enteramente, puede aludir al epíteto "*Deslumbrante Disco Solar (Atón)*" que igualaba a Amenofis III con el dios (fig. 2)²⁰. Similares aspectos estilísticos se encuentran en dos torsos, partes de estatuas mutiladas, y una cabeza perteneciente, tal vez, a uno de ellos y realizada con un severo naturalismo que remite a los retratos de Sesostris III. Una de estas esculturas, cuya cabeza y parte inferior de las piernas han desaparecido, lo representa vestido con la ceñida túnica sin mangas, que ha suplantado al tradicional vestido blanco, en ocasión de la fiesta Sed celebrada dos años antes de su muerte. La blandura de los pectorales y la distensión de su abdomen, que recuerdan el

¹⁹ Vid. RAYMOND JOHNSON, W., *ob. cit.*, pág. 41.

²⁰ "*Amenofis III arrodillado efectuando una ofrenda*", esteatita con restos de barniz azul-verdoso, alto: 13 cm, ancho: 3,8 cm, profundidad: 5,3 cm, XVIII dinastía, Boston, Museum of Fine Arts. Vid. FREED, R. E. "Amenhotep III Offering" en FREED, R. E. et alii, *ob. cit.*, lám. 10, pág. 203.



Figura 2

cuerpo de una mujer gestando, lo relaciona con Taweret, diosa de la fecundidad y de los nacimientos, mientras que sus dos manos cruzadas sobre la zona púbica crean una protuberancia que lo asimilan al dios de la fertilidad Min²¹. Esta unión de los principios femenino y masculino anuncia el hermafroditismo atribuido a Ajenatón, único sacerdote de Atón, dios hermafrodita.

La divinización en vida de Amenofis III y su consecuente identificación con Atón (*Re-Haractes, el que se regocija en el horizonte en su nombre Shu que está en Atón*) conducen al mito de la creación desarrollado en Heliópolis en el cual Atum, que lleva todos los elementos creadores en su propio cuerpo y habita la colina rodeada por el océano primordial, tras crearse a sí mismo creó a Shu, la luz y el aire, y a Tefnut, lo húmedo. Este relato explicaría la coexistencia en el poder de Amenofis III/Atum y su hijo Amenofis IV/Shu puesto que uno no puede existir sin el otro.

Las transformaciones realizadas por Ajenatón no pueden analizarse sin considerar los desarrollos ocurridos durante los últimos años del reinado de su padre y, es posible que ellos constituyan su punto de partida. La iconografía amarniense muestra al rey y a su familia en múltiples actos de la vida cotidiana pero no los representa como seres humanos sino como

²¹ “Cabeza de Amenofis III llevando la corona del Alto Egipto”, diorita, alto: 44 cm, ancho: 13 cm, profundidad: 30 cm, XVIII dinastía, El Cairo, Museo Egipcio. “Torso de Amenofis III”, diorita, alto: 115 cm, ancho: 56 cm, profundidad: 59 cm, XVIII dinastía, El Cairo, Museo Egipcio. Vid. TRAD, M., “Head of Amenhotep III wearing the Crown of Upper Egypt” y “Torso of a Corpulent Amenhotep III” en FREED, R. E. et alii, *ob. cit.*, láms. 11 y 12, pág. 204.

dioses, que habitan la tierra mientras el mundo se regocija en eterno jubileo. El arte parece expresar la convergencia entre la eternidad y el perpetuo presente de la naturaleza y de la vida humana, es decir, entre los dos planos temporales considerados por el pensamiento egipcio²². Las actividades del faraón y familia reemplazan en templos y tumbas a las escenas divinas pero representaciones similares ya se encontraban en los templos solares de la V dinastía dedicados a Re. Surge nuevamente la pregunta, ¿transformación radical o vuelta al pasado?, que no puede desconocer la compleja trama teológico-ideológica que estructuraba las relaciones pasado-presente y las derivadas de los vínculos entre Ajenatón y su padre²³.

Los primeros años del gobierno del llamado “faraón hereje”, muestran retratos donde las deformaciones faciales y corporales son notables pero, más adelante, se introdujo una cierta idealización que suavizó tales contrastes. El rostro de Ajenatón aparece extraordinariamente alargado, su nariz afilada y prominente, los ojos estrechos y oblicuos, sus labios carnosos y salientes relacionados con un profundo pliegue labio-nasal, y la barbilla muy pronunciada se prolonga por la barba postiza. El cuerpo exagera las deformaciones, presentes en esculturas de Amenofis III, para señalar la unión de los

²² El poder benéfico de Atón y la alegría que producen sus dones se expresan en el “*Himno a Atón*” cuyas imágenes literarias encuentran correlato en la representación plástica. Vid. PRITCHARD, J. B., *ob. cit.*, págs. 369-371.

²³ Vid. RAYMOND JOHNSON, W., *ob. cit.*, págs. 42-49. ROBINS, G., *ob. cit.*, págs. 149-165. REDFORD, D. B. “The Beginning of the Heresy” en FREED, R. E. et alii, *ob. cit.*, págs. 50- 59.

principios femenino y masculino en la manifestación viviente del dios creador Atón y estas características se manifiestan en la estatua, procedente de Karnak y ahora en el Cairo, donde porta las insignias reales y la doble corona (fig. 3). Una estela, que muestra a la familia real en su intimidad, puede utilizarse para analizar nuevos aspectos iconográficos. En este relieve, donde el contorno se obtenía por incisión mientras las zonas interiores se modelaban en bajorrelieve, Ajenatón, Nefertiti y sus tres hijas se encuentran en una estancia (¿kiosco al aire libre? ¿habitación del palacio?), donde reciben los rayos de Atón. El faraón y su mujer están sentados frente a frente y Ajenatón se inclina para besar a su hija Meretatón, a quien sostiene con sus manos, mientras la niña señala a su madre en cuyas rodillas se encuentra Meketatón la cual, simultáneamente, la mira, le toma una mano y señala a su padre en el momento en que Anjesenpaatón, sentada sobre su hombro, tiende la mano para alcanzar un “*ureus*”, que pende de la corona de la reina (fig. 4). Estelas de este tipo, cuya iconografía no presenta antecedentes, se ubicaron en capillas reales y privadas²⁴.

La similitud de los temas decorativos ejecutados en relieve y pintura y ubicados en templos, palacios, casas particulares,

²⁴ “*Figura de Ajenatón*”, arenisca, alto: 180 cm, XVIII dinastía, El Cairo, Museo Egipcio. “*Estela con la familia real*”, caliza, relieve policromado, medidas: alto: 33 cm; ancho: 39 cm; profundidad: 3,8 cm, XVIII dinastía, Berlín, Agyptisches Museum und Papyrussammlung. Vid. LANGER, K. y HIRMER, M., *ob. cit.*, lám. 177, pág. 332. D’AURIA, S. H., “*Stela of the royal family*” en FREED, R. E. et alii, *ob. cit.*, lám. 53, pág. 220. MÁLEK, J., *ob. cit.*, págs. 259-304; FREED, R., “*Art in the Service of Religion and the State*”, en FREED, R. E. et alii, *ob. cit.*, págs. 110-129.

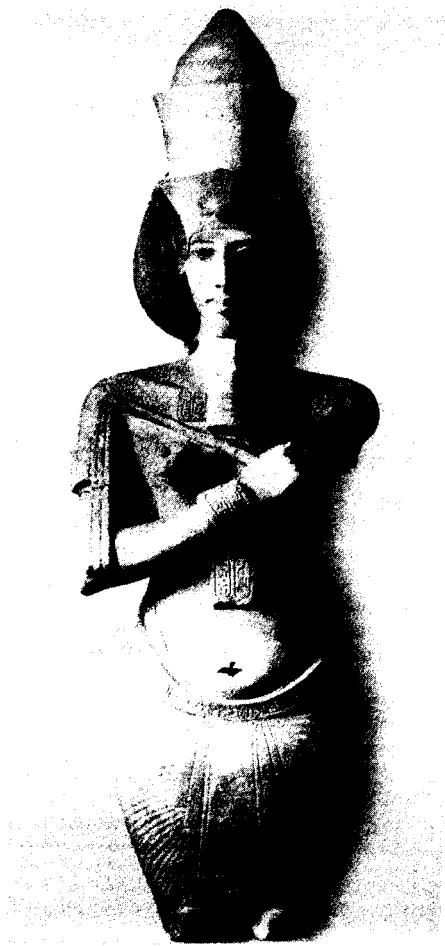


Figura 3



Figura 4

sepulturas reales y tumbas privadas es una característica de la época amarniense puesto que, con anterioridad, existían temas específicos para desarrollar en cada edificio. El poder creador de Atón permitió que las distintas ceremonias, el espacio íntimo, las costumbres y el trabajo, los paisajes con sus plantas y animales, se expresaran en distintos ámbitos celebrando la instauración divina en el mundo. La libertad de realización constituye un elemento innovador aunque es posible señalar algunas sepulturas particulares, diseñadas en reinados anteriores a Amenofis IV, que presentan novedades y pueden considerarse, tal vez, como antecedentes. Entre ellas se encuentran las tumbas de Sennefer con sus techos decorados por vides; de Najt con el banquete donde aparecen tres jóvenes con instrumentos musicales y un ciego tañendo el arpa, las faenas rurales, la pesca y la caza; de Nebamón, cuyos once grandes fragmentos se encuentran en el londinense British Museum y ofrecen un elegante y animado banquete, una escena de caza de aves y el jardín con su estanque rodeado de árboles y poblado por peces y flores²⁵.

La muerte de Amenofis IV, pone fin a la supremacía de Atón y a la vida en El Amarna, pero su estilo artístico influyó, consciente o inconscientemente, en el arte de sus sucesores y se insertó en el rescate del arte tradicional. Las obras realiza-

²⁵ “*Tumba de Sennefer*” (alcalde de la Ciudad del Sur, época de Amenofis II, XVIII dinastía), tumba tebana núm. 96. “*Tumba de Najt*” (astrónomo de Amón durante la época de Tutmosis IV, XVIII dinastía), tumba tebana núm. 52. “*Tumba de Nebamón*” (escriba y contador de granos hacia el reinado de Tutmosis IV), el emplazamiento de su tumba se ha perdido. Los fragmentos existentes en museos se recogieron en la primera mitad del siglo XIX.

das durante el gobierno de Tutanjamón muestran la presencia del estilo de Amarna lo cual no excluye creaciones influidas por modelos anteriores que se fueron incrementando durante el reinado de Ay y, en especial, en época de Horemheb quien consideraba a Amenofis III su antecesor. Las modificaciones estilísticas están vinculadas, por una parte, con transformaciones en las estructuras teológico-ideológicas y, por otra, con el predominio de los talleres de Tebas y Menfis y la desaparición de los artistas amarnienses.

El período ramésida, que comprende las dinastías XIX (1292-1190 a.C.) y XX (1190-1075 a.C.), estuvo caracterizado por una enorme producción artística donde se destacan obras arquitectónicas, escultóricas, relieves y pinturas, en las cuales, la monumentalidad es predominante así como la importancia de las escenas militares y de caza en los relieves y pinturas²⁶. En contraste con la expresiva movilidad de las escenas guerreras y de las cacerías se encuentran las ornamentadas y esbeltas figuras en las composiciones que decoran templos y tumbas. Estas indicaciones generales no implican la ausencia de diversos cambios estilísticos durante el desarrollo de estas dos dinastías²⁷.

²⁶ “Seti I en su carro de guerra luchando contra los hititas”. Relieve en la pared exterior, lado septentrional, de la sala hipóstila del templo de Karnak, XIX dinastía. “Batalla naval de Ramsés III”. Relieve del templo de Medinet-Habu, XX dinastía. “Ramsés III cazando toros salvajes”. Relieve del templo de Medinet-Habu, XX dinastía.

²⁷ Vid. ALDRED, C., *ob. cit.*, págs. 87-202; MÁLEK, J., *ob. cit.*, págs. 305-350; MANNICHE, L., *ob. cit.*, págs. 256-300; ROBINS, G., *ob. cit.*, págs. 166-193.

El análisis de las artes plásticas en el Antiguo Egipto no concluye en este momento de su desarrollo, pero el espacio asignado para este escrito así lo hace necesario, esperando que esta presentación constituya una aproximación a la problemática artística de este importante período histórico.

Middletown, New Jersey, 2003.

BIBLIOGRAFÍA

- ALDRED, C., *Egyptian Art in the Days of the Pharaohs (3100-320 B.C.)*, 3ra. edición, Reino Unido, Oxford University Press, 1980.
- ALDRED, C., DE CENIVAL, J-L., DEL BONO, F., DESROCHES-NOBLECOURT, C., LAUER, J-PH., LECLANT, J., VERCOUTTER, J., *Los Faraones. Los Tiempos de las Pirámides. De la Prehistoria a los Hicsos (1560 a.C.)*, 1ra. edición, Madrid, Aguilar, 1978.
- ALDRED, C., BARGUET, P., DESROCHES-NOBLECOURT, C., LECLANT, J., MÜLLER, H., *Los Faraones. El Imperio de los Conquistadores. Egipto en el Nuevo Imperio (1560-1070 a.C.)*, 1ra. edición, Madrid, Aguilar, 1979.
- AYMARD, A., AUBOYER, J., *Oriente y Grecia Antigua*, 3º edición, Barcelona, Destino, 1976.
- CASSIN, E., BOTTÉRO, J., VERCOUTTER, J., (Comp.), *Los Imperios del Antiguo Oriente. Del Paleolítico a la mitad del Segundo Milenio*, 6ta. edición, Madrid, Siglo XXI, 1975.

- *Los Imperios del Antiguo Oriente. El fin del Segundo Milenio*, 5ta. edición, Madrid, Siglo XXI, 1974.
- FRANKFORT, H., WILSON, J., JACOBSEN, T., *El Pensamiento Prefilosófico. I.- Egipto y Mesopotamia*, 2da. edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.
- FREED, R., MARKOWITZ, J., D'AURIA, S. H., (ed.). *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, 1ra. edición, Boston, Museum of Fine Arts, 1999.
- LANGER, K., HIRMER, M. *Egypt. Architecture, Sculpture, Painting in Three Thousand Years*, 3ra. edición, Londres, Phaidon, 1961.
- MÁLEK, J., *Egyptian Art*, 2da. edición, Londres, Phaidon, 1999.
- MANNICHE, L., *El Arte Egipcio*, 1ra. edición, Madrid, Alianza, 1997.
- O'NEILL, J. (ed.), *Egyptian Art in the Age of the Pyramids*, 1ra. edición, Nueva York, The Metropolitan Museum of Art, 1999.
- PANOFSKY, E., *Meaning in the Visual Arts*, 1ra. edición, Nueva York, Doubleday Anchor Books, 1955.
- PRITCHARD, J. (ed.), *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament (ANET)*, 3ra. edición con suplementos, Princeton-Nueva Jersey, Princeton University Press, (3ra. reimpresión, 1974), 1969.
- ROBINS, G., *The Art of Ancient Egypt*, 1ra. edición, Massachussets, Harvard University Press, 1997.

CAPÍTULO II

PRÓXIMOS Y DISTANTES EGIPTO Y ÁFRICA, DEL PERÍODO PREDINÁSTICO AL REINO ANTIGUO

MARCELO CAMPAGNO*

- I -

En los esquemas corrientes de lo que suele denominarse “historia universal”, el Antiguo Egipto dispone de un lugar invariable: forma parte del Antiguo Cercano Oriente, el cual, a su vez, constituye el primer eslabón de la larga cadena que conduce a nuestro presente. Así es como se lo suele considerar en los ambientes académicos y, de hecho, así es como se lo estudia en el ámbito universitario argentino. A través de tal procedimiento, el Antiguo Egipto queda incorporado a la “cuna de la civilización”, ese proverbial vórtice del cual manó casi todo: Estado, ciudades, escritura, religiones institucionales, alta cultura... en fin, casi todos los atributos que Occidente ha relevado como

* Doctor en Historia (UBA). Profesor, Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata.

cualitativamente significativos¹. Ciertamente, en esta versión de la historia, ese Oriente del que Egipto forma parte, es sólo una “cuna”: en efecto, la criatura habría de crecer, de *evolucionar*, cada vez más al Occidente, en Atenas, en Roma, en Londres, en Nueva York.

No hace falta abundar demasiado en detalles para poder advertir que tal versión de la historia, al amparo de una concepción evolucionista aún dominante en la percepción de los procesos sociales, legitima abiertamente la expansión de ese Occidente sobre el resto del planeta, naturalizando *su* experiencia histórica como *la* experiencia histórica y jerarquizando las sociedades por su mayor o menor similitud con el decurso de esa experiencia. Por cierto, tal versión no constituye el patrimonio exclusivo de un puñado de ideólogos oscuros. Cuando, con las más sanas intenciones, alguien argumenta que la América precolombina produjo civilizaciones *tan evolucionadas* como las de inkas y aztecas, se está admitiendo que hay una dirección y un patrón de valor en lo histórico, determinados por la cadena occidental, pues lo que se reconoce como positivo en esas sociedades son los atributos significativos para Occidente: Estado, religiones institucionales, obras monumentales, etcétera. Así pues, esta percepción evolucionista de la historia se halla sumamente difundida y los efectos etnocéntricos que induce suelen ser admitidos con ingenuidad incluso por aquellos que se pretenden críticos del sistema occidental de dominación².

¹ Acerca del mito occidental de la “cuna de la civilización”, cfr. LIVERANI, 1995 [1991], págs. 19-22.

² Acerca del evolucionismo y los obstáculos que éste pone al pensamiento sobre lo social, cfr. SHANKS y TILLEY, 1987, págs. 137-165; ROWLANDS, 1989, págs. 29-40; CAMPAGNO, 2002a, págs. 57-68.

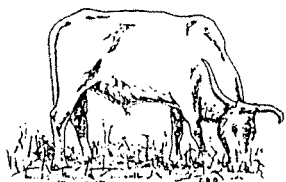
En tales condiciones, la integración del Antiguo Egipto en aquella "cuna" oriental tiene mucho más de operación ideológica del presente que de situación histórica del pasado. Entiéndase bien: no se trata de que Egipto no haya tenido innúmeros contactos y relaciones con el Cercano Oriente asiático o con el posterior mundo grecolatino. Por ejemplo, la presencia egipcia en el corredor cananeo, tan potente durante el Reino Nuevo, dispone de antecedentes que se remontan hasta el IV milenio antes de Cristo. A la inversa, Egipto se vio incorporado al Asia en los tiempos de Asurbanipal y de Darío. Y respecto del mundo griego, las frecuentes relaciones abarcan desde los contactos con los cretenses —bellamente documentados en Avaris— hasta los viajes de los helenos al Nilo —desde la travesía mítica de Menelao hasta la visita histórica de Heródoto—. Y a lo largo de las épocas, los bienes de prestigio circulaban en todas las direcciones. No se trata, pues, de que Egipto haya constituido un mundo aparte del Asia y el Mediterráneo. Pero el énfasis puesto por Occidente en esos vínculos oscureció hasta lo imperceptible la existencia de otro tipo de vínculos con otras regiones, muy diversas respecto de la experiencia occidental y de su escala de valores.

En efecto, a contrapelo del discurso dominante, un heterogéneo conjunto de egiptólogos, de prehistoriadores, de africanistas, ha puesto de relieve la existencia de múltiples paralelismos entre Egipto y el África que, a justo título, permiten afirmar que la pertenencia del valle del Nilo al continente africano es bastante más que una mera obviedad geográfica. ¿De que paralelismos se trata? Por una parte, aparece un conjunto de similitudes entre el Antiguo Egipto y diversas

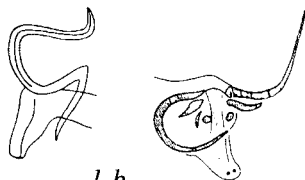
sociedades africanas actuales o pre-actuales, relevadas etnográficamente. En particular, existen notables similitudes en el ámbito de las cosmovisiones: cosmogonías centradas en un huevo primordial y en la creación mediante el verbo, percepción del mundo en términos de dualidades complementarias, condición sagrada de los líderes. Y, por otra parte, se presenta una notoria serie de paralelismos iconográficos —que, de hecho, también evocan similitudes en el campo de las cosmovisiones— entre las representaciones elaboradas por los antiguos egipcios y los grabados rupestres que han dejado los antiguos pobladores del actual desierto del Sahara. Efectivamente, a lo largo del Sahara, se han documentado imágenes tales como las de bóvidos y ovinos con discos y esferas sobre sus cabezas, animales con cuernos deformados, animales dobles, o el motivo del denominado “Señor de los animales” —en el que un individuo se interpone entre dos animales de gran porte—, escenas todas que se registran con alguna frecuencia en la iconografía propiamente egipcia. Por lo demás, algunos de estos motivos aparecen también en los relatos míticos, la iconografía y las prácticas de diversas sociedades africanas actuales³.

¿A qué obedecen estos paralelismos? No disponemos de suficiente espacio aquí para encarar una respuesta exhaustiva

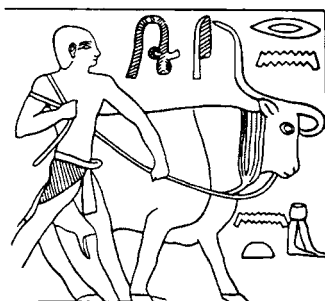
³ La principal obra de referencia de los paralelismos “a tres bandas” (egipcios, saharianos y africanos actuales) es CERVELLÓ, 1996. Cfr. también CELENKO, 1996 y los artículos reunidos en CERVELLÓ (ed.), 2001. Para la cuestión de los paralelismos egipcio-saharianos, cfr. HUARD y LECLANT, 1980; LE QUELLEC, 1993; MUZZOLINI, 1991, págs. 17-42. Para la cuestión de los paralelismos egipcio-africanos, cfr. SELIGMAN, 1934; FRANKFORT, 1976 [1948]; LECLANT, 1980. Cfr. nuestras Figs. 1-4.



1-a



1-b



1-c

Figuras 1

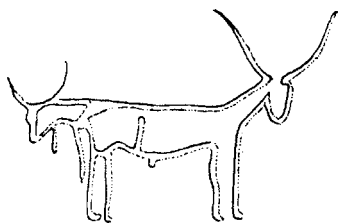
Paralelismo África-Egipto: Bóvidos con cuernos deformados

1-a: En el África negra actual

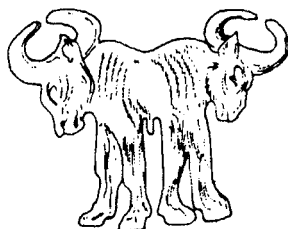
1-b: En el Sahara

1-c: En el Antiguo Egipto (Reino Antiguo)

(De: *CERVELLÓ*, 1996, 290).



2-a



2-b

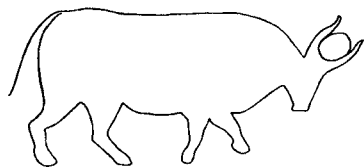
Figuras 2

Paralelismo África-Egipto: Animales dobles

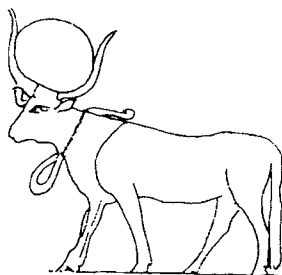
2-a: En el Sahara

2-b: En el Antiguo Egipto (detalle de la Paleta de la Caza)

(De: *CERVELLÓ*, 1996, 291).



3-a



3-b

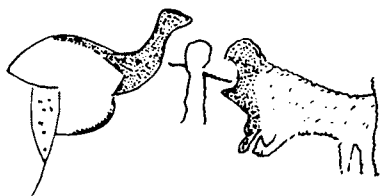
Figuras 3

Paralelismo África-Egipto: Bóvidos con un disco entre los cuernos

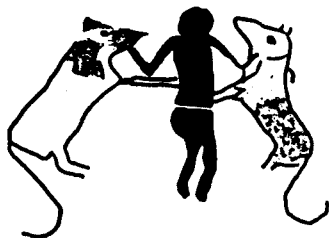
3-a: En el Sahara

3-b: En el Antiguo Egipto

(De: CERVELLÓ, 1996, 288).



4-a



4-b

Figuras 4

Paralelismo África-Egipto: Escena del “Señor de los Animales”

4-a: En el Sahara

4-b: En el Antiguo Egipto (detalle de la decoración
de la Tumba 100 de Hieracómpolis)

(De: CERVELLÓ, 1996, 285, 301).

a una pregunta tan difícil. Baste decir, que la forma a través de la cual se ha intentado zanjar la cuestión durante largo tiempo ha apelado a una estrategia de corte fuertemente difusionista, solidaria con las concepciones evolucionistas de Occidente⁴. En efecto, si bien –desde tal perspectiva– Egipto se hallaba en la cuna oriental de la civilización occidental, difundiendo en esa dirección todos sus “adelantos”, podía admitirse que parte de esa misma cultura hubiera sido vertida en dirección del continente negro. En todo caso, el hecho de que el África negra no hubiera alcanzado los logros de Occidente podía ser interpretado como prueba adicional de que no era ésa la vía del “tren del progreso” sino una vía muerta o, a lo sumo, un mísero desvío de trocha angosta.

Por cierto, en ocasiones, este difusionismo fue replicado con otro difusionismo en sentido contrario: se trataba de la mirada antitética de los partidarios del afrocentrismo, en el fragor de los años del proceso de descolonización del África. Hay que admitir, sin embargo, que, más allá de los méritos políticos de la lucha, la propuesta explicativa tenía poco más que ofrecer que un espejo que invertía los predicados del etnocentrismo occidental. Frente a uno y otro difusionismo, en los últimos tiempos, se ha abierto camino una estrategia explicativa sensiblemente divergente, centrada en el concepto de *sustrato*. Si bien los usos de este concepto difuso han sido bastante diversos, podría decirse que la idea de sustrato puede constituir una herramienta útil para elaborar un tipo de entidades culturales mucho más extendidas en tiempo y espacio

⁴ Acerca de las perspectivas de este difusionismo y su crítica, cfr. CERVELLÓ, 1996, págs. 33-51.

que aquello que solemos denominar “sociedades”. Se trataría de una suerte de “macro-comunidades” que permiten pensar la recurrencia de prácticas culturales homólogas entre habitantes del Sahara prehistórico, del Antiguo Egipto y del actual África negra, antes que como difusión o pura coincidencia, como efectos emergentes de un trasfondo cultural compartido⁵.

Ahora bien, comoquiera que se hayan producido esos vínculos entre Egipto y el África, es imposible dejar de advertir la otra cara de esta moneda: si no se pueden ignorar todos los paralelismos culturales que existen entre uno y otra, tampoco se puede pasar por alto el hecho de que el Antiguo Egipto ha constituido una experiencia sociohistórica sensiblemente divergente de las conocidas durante muchísimo tiempo en el resto del continente africano. O dicho de otro modo: todas aquellas características que Occidente ha seleccionado para integrar a Egipto en su propia cuna oriental —en especial, to-

⁵ Acerca de las distintas propuestas en torno del concepto de sustrato, cfr. CERVELLÓ, 1996, págs. 51-68. A menudo se ha criticado la noción de sustrato, por considerarla ahistórica. Sin embargo, es posible conjeturar que el malentendido se suscita cuando se pretende que el concepto se halle en la historia, antes que en la “caja de herramientas” del historiador. En rigor, parecería más útil denominar “sustrato” a la intersección de conjuntos, cada uno de los cuales se halla determinado por la verificación de una práctica (p.ej., representar bóvidos con un disco entre sus cuernos, concebir una cosmogonía centrada en el verbo, etc.). De hecho, en esta línea, la cantidad de conjuntos en intersección variará de acuerdo con las prácticas que se intente poner en correlación. El sustrato no sería, pues, un dato histórico sino un operador analítico para pensar prácticas homólogas que emergen en coordenadas espaciales y temporales sensiblemente divergentes.

das aquellas que, presididas por las pirámides de Guiza, significan “Egipto” en el imaginario general contemporáneo—son un producto específico de la antigua sociedad egipcia⁶. Lejos estamos aquí de establecer por ello una valoración: la presencia de tales características no hacen a Egipto mejor, o más evolucionado, que otras sociedades africanas que no las han producido. Sin embargo, sí lo torna *diferente* de esas otras sociedades. De este modo, la cuestión de la relación entre el Antiguo Egipto y el África puede ser enunciada de un modo decididamente paradójico: culturalmente tan próximos y, a la vez, tan distantes.

¿Hay modo de explicar la paradoja? Desde el punto de vista que se intentará sostener aquí, hay una época crucial para comprender el *momentum* de la divergencia egipcia respecto de aquella comunidad cultural más amplia. Es la época que sucede entre las últimas etapas del período Predinástico y el Reino Antiguo, que coincide *grosso modo* con el milenio que transcurre entre el 3500 y el 2500 a.C. En otras palabras, lo que se intentará proponer aquí, es que, si la conexión entre el Antiguo Egipto y el África remite a un trasfondo sociocultural compartido, las razones centrales de la divergencia son específicamente históricas.

⁶ Obviamente, son irrelevantes aquí algunas características que Occidente podría reconocer como emblemáticamente egipcias y que se presentan luego en otras regiones del África, pero que pueden ser explicadas en términos de continuidad cultural (p.ej., las pirámides de Meroe) o en términos de contextos sociohistóricos altamente divergentes (p.ej., la aparición de Estados secundarios —y no primarios como el egipcio— tales como los de Malí o de Songhai).

- II -

Veamos, pues, cómo se presenta el campo de las conexiones entre Egipto y el África en tiempos predinásticos. Es posible distinguir dos grandes contextos en los que tales nexos pueden ser advertidos: por una parte, el ámbito de las prácticas socioeconómicas; por la otra, el ámbito de las concepciones ideológicas.

Respecto del contexto socioeconómico, es necesario remontarse al proceso de neolitización en el mundo africano y, especialmente, en el valle del Nilo. Como es sabido, la concepción tradicional acerca de tal proceso indicaba que el Neolítico egipcio provenía directamente del Asia. Habida cuenta de que la domesticación de animales y el cultivo de plantas en el Cercano Oriente asiático se iniciaba, al menos, hacia el VIII milenio a.C. y de que los primeros testimonios de esas prácticas en el valle del Nilo egipcio apenas van más allá del 5000 a.C. y se hallan en el norte (Fayum A, Merimda), el corolario que se extraía era del mismo tenor que las afirmaciones acerca de la posterior llegada al Nilo de una Raza Dinástica: el proceso civilizatorio en el valle del Nilo procedía del Asia⁷. Sin embargo, un mejor conocimiento del proceso de neolitización en el África ha permitido plantear la cuestión en otros términos.

Por un lado, una parte de las principales especies animales domesticadas (bóvidos –profusamente representados en los rupestres del Sahara– y cerdos) poseen ancestros salvajes en el norte africano, de manera que su domesticación pudo reali-

⁷ Se trata de otra versión del remanido aforismo *ex Oriente lux*. Al respecto, cfr. VERCOUTTER, 1991, pág. 141; CERVELLÓ, 1996, págs. 81-84.

zarse con independencia del proceso asiático. Por otro lado, se dispone de evidencia de que la cebada era cultivada en el actual oasis de Nabta Playa hacia el 6000 a.C., lo que implica un foco de neolitización alternativo y plenamente africano. Pero, además, el empleo de cerámica se remonta en el África al VIII milenio a.C. (esto es, con anterioridad al Asia, donde existe una fase Neolítica acerámica) y la existencia de equipos de moler se remonta en el valle del Nilo al período Epipaleolítico (15.000-10.000 a.C.). De esta manera, en el estado actual de la cuestión, sólo el trigo y los ovicápridos serían un préstamo cultural del Cercano Oriente asiático. El resto de las prácticas asociadas a un horizonte social neolítico se habrían iniciado, extendido y consolidado en el África, lo cual permite pensar en la existencia de cierta homogeneidad socioeconómica entre las comunidades en proceso de sedentarización en el valle del Nilo y aquellas que irían adoptando ese mismo patrón a lo largo de vastas regiones del continente africano⁸.

⁸ Acerca del norte de África como foco de neolitización alternativo al del Cercano Oriente asiático, cfr. CAMPS, 1982, págs. 548-623; WENDORF y CLOSE, 1992, págs. 155-162; MIDANT-REYNES, 1992, págs. 73-80; CORNEVIN, 1993, págs. 61-88; 1998, págs. 67-94; CERVELLÓ, 1996, pág. 87. Acerca de la "adaptación nilótica" durante el período Epipaleolítico, cfr. MIDANT-REYNES, 1992, págs. 51-70. Por cierto, la gravitación del valle del Nilo en torno de una órbita africana de neolitización también incide en lo ideológico. En efecto, la adopción de nuevas prácticas económicas no implica sólo variaciones en la configuración material de la sociedad sino también transformaciones en el ámbito del saber y de las representaciones del mundo asociadas a tales prácticas económicas. Acerca de cierta "continuidad de las culturas pastorales" del norte africano, incluidas las del Antiguo Egipto, el Sahara prehistórico y algunas sociedades africanas contemporáneas, cfr. ANSELIN, 2000, pág. 71.

Y respecto del contexto ideológico, en el marco de los paralelismos en el campo de las cosmovisiones anteriormente citados, aparece en este punto una característica clave: la del liderazgo sagrado. En efecto, un vasto conjunto de sociedades africanas relevadas etnográficamente o a través de los relatos de los clásicos presentan un tipo de líderes cuyo rasgo excluyente no es su capacidad de imposición social —la que, muchas veces, se presenta muy menguada— sino su centralidad desde un punto de vista cósmico. Se trata de líderes que son considerados como seres dotados de diversas capacidades para controlar las fuerzas de la naturaleza (por ejemplo, los conocidos “hacedores de lluvia”), seres de cuya vida y acciones depende la preservación de la sociedad y del propio cosmos, lo que los convierte en individuos indisociablemente vinculados a la esfera de lo sagrado⁹. Ciertamente, no es fácil de saber si existía este mismo tipo de líderes en el valle del Nilo

⁹ Acerca de las “realezas sagradas” africanas (también referidas como “divinas”), cfr. VAN BULCK, 1959, págs. 98-134; HEUSCH, 1981, págs. 65-84; 1990, págs. 7-33; FEELEY-HARNIK, 1985, págs. 273-313; MULLER, 1990, págs. 49-67; TARDITS, 1990, págs. 35-48; INIESTA, 1992, págs. 103-121; CERVELLÓ, 1996, págs. 111-178; CAMPAGNO, 2000, pág. 116. Desde Frazer, buena parte de la literatura etnográfica sobre Africa refiere a la existencia de reyes divinos en un cúmulo de sociedades del continente negro. Sin embargo, ni la denominación “reyes” se adapta bien para nombrar lo que —en rigor— no son sino líderes de sociedades de jefatura (es decir, sociedades donde no existe el monopolio de la coerción), ni la caracterización de “divinos” está exenta de controversias. En este sentido, puede ser de utilidad la distinción que establece Heusch entre sagrado y divino, en la consideración de que “parecería más bien que la ‘divinización’ de los soberanos es una forma histórica, derivada de la sacralidad. Ella acompaña el desarrollo político-económico de la maquinaria estatal” (HEUSCH, 1981, págs. 68-69. La traducción es nuestra).

predinástico o en el Sahara prehistórico pero, en lo que refiere al Antiguo Egipto, es posible contrastar estas figuras africanas de liderazgo con la propia de la posterior realeza divina egipcia. Más allá del poder prácticamente ilimitado del faraón, también se trata de un ser absolutamente central desde un punto de vista cósmico¹⁰. Y, habida cuenta de que la iconografía del período Predinástico suele presentar personajes de mayor tamaño, ataviados con atributos de los posteriores reyes y llevando a cabo diversos rituales que también serían ejecutados en tiempos dinásticos¹¹, es lícito suponer una comparable condición sagrada y ligada íntimamente a los principios de regulación cósmica para los líderes del valle del Nilo en la época predinástica.

Por cierto, esos líderes podrían no desempeñar únicamente funciones en el plano cósmico. En contextos socioeconómicos asociados a la producción de alimentos –lo que implica una serie de tareas sociales de planificación, almacenamiento, redistribución, etc.– es posible que esos mismos líderes –u otros, en forma paralela– asumieran tareas relacionadas con la organización de la producción o de los intercambios. Del mismo modo, podrían haber asumido la representación de su sociedad no solamente en el plano cósmico sino también en el político, o podrían haberse convertido en conductores de su sociedad en los conflictos con otras

¹⁰ Respecto de la centralidad cósmica del rey egipcio, cfr., entre otros, FRANKFORT, 1976 [1948], págs. 30-58; BONHÈME y FORGEAU, 1988, págs. 41-42; ASSMANN, 1989, págs. 115-141; MENU, 1998, págs. 15-16.

¹¹ Al respecto, cfr. CAMPAGNO, 2002a, págs. 153-155 (con bibliografía). Cfr. también nuestras Figs. 5 y 6.

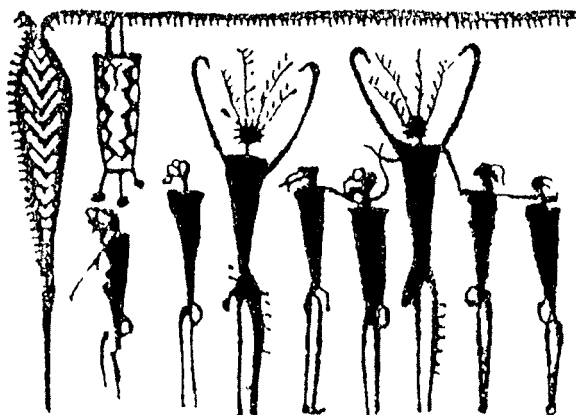


Figura 5

Representación de líderes predinásticos: decoración de un vaso de Nagada I (De: CAMPAGNO, 2002a, 325).

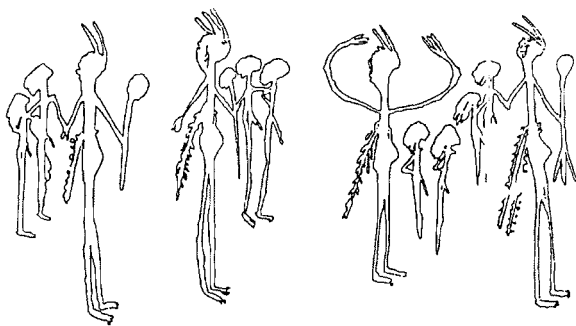


Figura 6

Representación de líderes predinásticos: decoración de un vaso en la tumba U-239 de Abidos (De: CAMPAGNO, 2002a, 325).

comunidades. En algunas sociedades, la emergencia de estas figuras de liderazgo puede asociarse también a la aparición de un sector de élite dentro de la sociedad, abroquelado en torno de los jefes comunales. En todos estos sentidos, la variabilidad intersocietal puede haber sido considerable.

Sin embargo, lo que importa destacar aquí es que las conexiones que se presentan entre el valle del Nilo predinástico y el África en los contextos socioeconómico e ideológico permiten advertir la notable homología que pudo existir –digamos, hacia comienzos del IV milenio a.C.– entre las sociedades establecidas en uno y otro ámbito. En efecto, se podría tratar de comunidades crecientemente sedentarizadas, con capacidad para cultivar cereales y criar animales domésticos (aunque sin abandonar por ello las estrategias de caza, pesca y recolección de alimentos), quizá con alguna diferenciación social (en el Nilo, básicamente evidenciable en la disparidad de los ajuares funerarios) y con un tipo de liderazgo asociado a la conducción –principalmente ideológica– de su sociedad. En otras palabras, es verosímil suponer que las comunidades del valle del Nilo en tiempos predinásticos no distarían mucho –en términos socioeconómicos e ideológicos generales– de otras comunidades contemporáneas o posteriores en otras regiones del África. En tal sentido, y más allá de la mencionada obviedad geográfica, es posible reconocer esas comunidades nilóticas predinásticas como comunidades *típicamente africanas*.

– III –

Ahora bien, sería en el marco de este doble contexto africano de las comunidades predinásticas que se desencadenaría, luego del 3500 a.C., el proceso específico de transforma-

ción que conduciría a Egipto por esa vía divergente respecto de las experiencias conocidas en el mundo africano. Tal proceso de profunda alteración es el que corresponde al *surgimiento del Estado* en el valle del Nilo. ¿Por qué el advenimiento del Estado constituye un proceso tan profundamente alterador? Básicamente, porque supone la aparición –antes impensable– de una élite provista con el monopolio de la coerción en un mundo basado en la práctica del parentesco, la cual, *a priori*, tiende a impedir que las decisiones de los líderes locales puedan ser impuestas arbitrariamente, vale decir, con independencia de los mecanismos consensuales generados por la propia dinámica del parentesco¹². En efecto, en tanto principio de organización de las sociedades no-estatales, el parentesco pone límites a la diferenciación social y a la acumulación de poder. Y en tales condiciones, no hay margen para que el líder comunal se transforme en un rey: como señalaba Sahlins, “*en las sociedades donde el parentesco es rey, el rey es sólo pariente y algo menos que real*”¹³.

Pero si esto es así, ¿cómo pudieron ser traspasados esos límites? La clave parece estar en los ámbitos donde el parentesco no rige, en los vínculos que un grupo de parentesco puede entablar con individuos o grupos de extranjeros, es decir, de no-parientes. Lo que equivale a decir que, en condiciones primarias, el primer lazo de tipo estatal es un lazo signado por

¹² La cuestión teórica sobre el surgimiento del Estado en contextos primarios, con especial hincapié en el problema de los límites que el parentesco presenta a la constitución de lazos de dominación, ha sido abordada en CAMPAGNO, 1998b, págs. 101-113; 2002a, págs. 22-111.

¹³ SAHLINS, 1978, pág. 257.

cierto efecto de interiorización de aquello que se halla inicialmente en exterioridad respecto del núcleo que accederá al monopolio de los medios de coerción. En este sentido, un ámbito que –si bien puede no ser el único posible¹⁴– se presenta como sumamente propicio para que se produzcan lazos de tipo estatal es el que corresponde a los conflictos intercomunitarios, en la medida en que los contendientes no son parientes entre sí y en la medida en que los conflictos ponen en juego el uso de la violencia, cuyo monopolio caracteriza a las prácticas de tipo estatal.

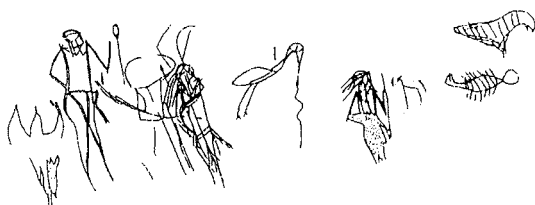
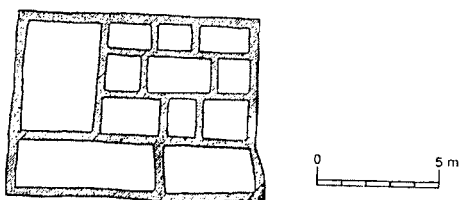
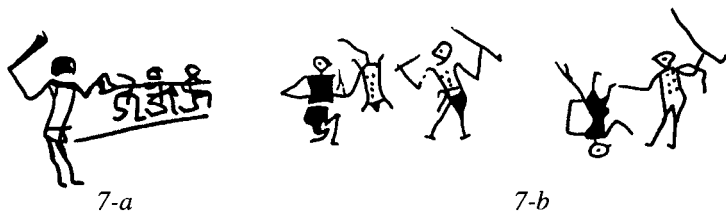
¿Cómo se produce el advenimiento del Estado en el valle del Nilo? Tres conjuntos de testimonios deben ser tomados aquí en consideración. En primer lugar, como ya ha sido indicado, el escenario altoegipcio, promediando el IV milenio a.C., presenta una pluralidad de comunidades aldeanas con cierta diferenciación social y personajes asociados al liderazgo local. Se trata de un tipo de evidencia compatible con lo que los antropólogos suelen denominar “sociedades de jefatura”. En segundo lugar, se dispone de suficiente evidencia de la época para advertir la existencia de unas significativas prácticas de intercambio de bienes de prestigio procedentes de regiones

¹⁴ En efecto, un punto de partida alternativo podría ser el de una sociedad no-estatal con una constitución más “heterogénea”: por ejemplo, si se registrara un grupo central de parientes (miembros con derechos plenos) y un conjunto de dependientes o de clientes cuya participación en la sociedad sólo fuera posible por su subordinación al grupo central –sin que éste ejerza el monopolio de la coerción–, como podría suceder en el marco de prácticas de patronazgo. En tal situación, el momento de la interiorización del polo subordinado de la sociedad podría suceder con anterioridad al advenimiento de la práctica estatal.

tan distantes del Alto Egipto como Nubia, el corredor cananeo o incluso la lejana Mesopotamia. Y en tercer lugar, diversos testimonios contemporáneos (armas, indicios de fortificaciones, iconografía relacionada con combates) permiten sostener la existencia de recurrentes conflictos entre aquellas comunidades asentadas en el Alto Egipto predinástico¹⁵.

En particular, la cuestión de los bienes de prestigio resulta crucial, porque tratándose de sociedades en las que el monopolio de la coerción no se halla disponible, la capacidad de ostentar la posesión de objetos exóticos es una de las principales estrategias a disposición de las élites locales para indicar y reforzar su diferencia respecto del resto de los integrantes de cada comunidad. En este sentido, la posibilidad de acceder a tales objetos puede ser decisiva para la reproducción del *statu quo*. Ahora bien, los bienes de prestigio constituyen un tipo de objetos necesariamente escasos: es precisamente su rareza lo que los inviste en demarcadores de prestigio social. Esto significa que no es dable esperar un flujo permanente ni superabundante de estos bienes procedentes de lejanas regiones. Pero, por el otro lado, en aquellas comunidades predinásticas, la demanda de tales bienes debió ser más que considerable, si se toma en cuenta el hecho de que buena parte de esos bienes debía ser enterrada junto con su poseedor cuando éste moría, de manera que –por así decir– cada nuevo integrante de las élites locales debía procurarse sus propios objetos de prestigio. En esas condiciones, vale decir, ante una

¹⁵ Estos conjuntos de evidencias han sido abordados en CAMPAGNO, 2002a, págs. 149-170 (con bibliografía). En relación con los conflictos, cfr. también nuestras Figs. 7 y 9.



oferta de bienes escasa y errática y una demanda más bien constante, la avidez de cada una de esas élites locales por acaparar la mayor parte posible de los objetos exóticos en desmedro de las demandas de las demás élites de la región pudo conducir a una permanente tensión entre las comunidades, y tal tensión pudo desembocar en conflicto abierto.

Ciertamente, si tales hubieran sido las razones de los conflictos testimoniados en el registro arqueológico, existía la posibilidad de que esos conflictos se resolvieran por medio del saqueo de las comunidades derrotadas y el restablecimiento de la situación previa, como es usual en los combates que se registran en las sociedades no-estatales. Sin embargo, en tal caso, una comunidad derrotada y saqueada pero mejor ubicada geográficamente respecto de las corrientes de intercambio estaría en mejores condiciones de recuperar el acceso a aquellos bienes que las de los propios vencedores. Así, una estrategia más eficaz podría haber sido entrevista: la de conquistar la comunidad rival, esto es, la de permanecer en la comunidad derrotada aún después del saqueo. En tales condiciones, si el vínculo transitorio del combate se transformaba en otro vínculo de índole permanente, se abrían las puertas para un nuevo tipo de práctica social, ejercido entre no-parientes y bajo el signo de la dominación: un tipo de práctica que, a justo título, podemos denominar *estatal*.

En el valle del Nilo, hacia unos 3400 años a.C., tres núcleos "proto-estatales" emergen en la región del Alto Egipto: Hieracópolis, Nagada y Abidos. Tales núcleos parecen no haber sino continuado con las hostilidades, ahora en una escala estatal. En efecto, el registro arqueológico sigue indican-

do la existencia de conflictos y, de hecho, la disputa por los bienes de prestigio pudo haberse potenciado, habida cuenta del poderío de esas élites ahora capaces de ejercer el monopolio de la coerción en sus periferias. Como resultado de esos conflictos, el centro de Nagada parece haber colapsado y, hacia el 3200 a.C., muy probablemente existiera ya un único “proto-Estado” en el Alto Egipto, cuyos centros más importantes serían Hieracópolis y Abidos¹⁶. Esta es la época del monarca que, últimamente, ha sido denominado “Escorpión I”, poseedor de la notoria tumba U-j en Abidos y probable referente de las inscripciones que conmemoran una victoria militar recientemente halladas en Dyebel Chauti¹⁷. La continuidad del proceso estaría signada por la expansión de ese “proto-Estado” altoegipcio hasta alcanzar el dominio, hacia el 3000 a.C., de todo el territorio nilótico entre la primera catarata y el mar Mediterráneo.

Comoquiera que hayan sido los detalles de este proceso, en el que adviene y se consolida el Estado egipcio, hay algo que resulta fundamental enfatizar en este punto. Se trata del carácter básicamente *contingente* del proceso. En efecto, las explicaciones evolucionistas, aún dominantes entre los especialistas, suponen que, dadas ciertas condiciones (que pueden ser deseables o inevitables), el Estado adviene irremediable-

¹⁶ Acerca de la época de los “proto-Estados” altoegipcios y su posterior expansión, cfr. KEMP, 1992 [1989], págs. 44-47; WILKINSON, 2000, págs. 382-392; SAVAGE, 2001, págs. 110-120; CAMPAGNO, 2002a, págs. 171-201; 2002b, págs. 49-60.

¹⁷ Sobre la tumba j del Cementerio U de Abidos, cfr. DREYER, 1992, págs. 293-300; 1998. Sobre las inscripciones rupestres en Dyebel Chauti, cfr. DARNELL, 2002, págs. 9-19. Cfr. también nuestras Figs. 8 y 9.

mente. Sin embargo, si se prescinde de improbables leyes históricas universales, no hay razones para ver las cosas de este modo. De hecho, en lo que refiere al valle del Nilo, los conflictos intercomunitarios pudieron transformarse en una práctica endémica y permanecer indefinidamente, sin desembocar en prácticas de conquista territorial. La conquista era, pues, una *posibilidad*, no una necesidad. Dicho de otro modo, la situación previa había generado las *condiciones* para la emergencia de la práctica estatal, la pólvora para la explosión. Pero, del mismo modo que la chispa no es consecuencia de la pólvora, la decisión de dominar en lugar de saquear no se deduce automáticamente de la lógica de la situación previa. Ante esa lógica, se trata, indudablemente, de la emergencia de una *novedad radical*.

– IV –

Ahora bien, una vez que la práctica estatal emergió y comenzó a consolidarse, su potencial de alteración del orden previamente vigente empezaría a hacerse sentir. A los fines analíticos, es posible distinguir tres grandes capacidades para alterar la sociedad que el Estado dispondría desde los más tempranos períodos¹⁸. Por una parte, la *capacidad de coerción* del Estado debió ponerse de manifiesto en dos escenarios: los propios de las prácticas de tributación y del conflicto. En efecto, tanto en el momento sistemático de la extracción de tributo como en el momento eventual de una rebelión, el Estado podía ejercer de modo implícito o explícito un poten-

¹⁸ Estas tres capacidades del Estado han sido consideradas con mayor detalle en CAMPAGNO, 1998a, págs. 52-67.

cial represivo de una magnitud y una legitimidad desconocidas con anterioridad. Por otra parte, la alteración de la sociedad también podía advertirse a través de la *capacidad de creación* estatal: en la edificación de palacios, de templos y, especialmente, de tumbas de dimensiones ya monumentales, e incluso en la construcción de completos núcleos urbanos, el Estado habría de convertirse en el gran hacedor, en el creador por excelencia de la nueva sociedad. Y aun por otra parte, el Estado podía exhibir una *capacidad de intervención* en una gran cantidad de prácticas antes ejercidas únicamente en el ámbito comunal. Contaba para ello con una nueva figura social, la del funcionario, desvinculado de las redes comunales de parentesco y ligado directamente al dispositivo estatal. A través de los funcionarios, el Estado podía monopolizar las redes de intercambio, acaparar los bienes de prestigio, iniciar cierta codificación de tradiciones, establecer centros de culto a los dioses y ejecutar rituales exclusivamente estatales. De hecho, tales funcionarios contaban también con nuevas técnicas de control del tiempo (el calendario "civil") y de registro (la escritura), las cuales, reservadas a la élite estatal, debieron reforzar la subordinación de la vasta mayoría de la sociedad, que se hallaba excluida de su conocimiento.

Lo que importa destacar aquí, es que todas estas capacidades del Estado egipcio para modelar un nuevo tipo de sociedad a orillas del Nilo debieron ser decisivas para que el pensamiento egipcio procediera a la asimilación de sus líderes con los propios dioses. En efecto, se trata de otro punto crucial, pues la concepción de la realeza faraónica permite advertir de manera palmaria tanto la conexión como la diver-

gencia entre Egipto y el África. Según el punto de vista que aquí se intenta proponer, *la divinidad de los reyes egipcios puede ser interpretada como el modo específicamente egipcio de representación de lo estatal, a partir de unas coordenadas de pensamiento básicamente africanas*. Por tratarse de una variante africana, el pensamiento egipcio podía enmarcar las figuras de liderazgo en el ámbito de lo sagrado, con anterioridad al advenimiento del Estado. Por la misma razón, el pensamiento egipcio podía ser receptivo, tanto a la percepción de sus líderes como seres capaces de conjugar las diversas dualidades constituyentes del cosmos, como a la admisión de lo divino y lo humano como órdenes consubstanciales. Sería en las coordenadas de tal pensamiento que habría de forjarse un concepto para representar la capacidad de alteración social que presentaba la práctica estatal. De hecho, los elementos a los que se recurrió estaban todos disponibles: lo nuevo sería la conexión que resignificaría a los viejos líderes sagrados, identificándolos, aún más esencialmente, con la esfera de los dioses¹⁹.

Así pues, la figura del rey-dios egipcio emerge tanto de aquel trasfondo simbólico genéricamente africano como de los acontecimientos específicamente históricos que tuvieron lugar en el valle del Nilo en la segunda mitad del IV milenio a.C. Sería en ese contexto histórico –y en el de los siglos subsiguientes– cuando, en forma correlativa con la consolidación

¹⁹ En efecto, con la irrupción de la práctica estatal, la “esencia” misma de esa sacralidad del líder tendría que haber sufrido una profunda resignificación, toda vez que ese líder estaba provisto ahora de una capacidad (antes impensable) de imponer su voluntad por medio de la coerción. Al respecto, cfr. CAMPAGNO, 1998a, págs. 69-75.

del Estado, el monarca incorporaría los cinco títulos característicos de la realeza egipcia, que luego perdurarían durante milenios, hasta los tiempos de Roma²⁰. En efecto, desde los tiempos de la Dinastía 0, el monarca ostentaría ya su título de *Hr* (*Horus*), que lo identificaba directamente con el dios-halcón. En el transcurso de la Dinastía I, aparecerían otros dos títulos, los de *Nsw-bit* (*El del junco y la abeja* o Rey del Alto y del Bajo Egipto) y de *Nbty* (*Dos Señoras*, que lo vinculaba a las diosas Uadyet y Nejbet), que enfatizarían la esencial condición dual del rey egipcio. Finalmente, en tiempos del Reino Antiguo, se acuñarían los dos últimos títulos –los de *Hr nbw* (*Horus de Oro*) y de *z3 R^c* (*Hijo de Re*)– que atestiguarían el proceso de creciente solarización de la realeza egipcia, al tiempo que reafirmarían la condición divina del faraón. Quizá la clave de la larguísima perduración de estos títulos del rey se deba a que todos ellos evocaban perfectamente esa doble concepción africana y egipcia del liderazgo, a través de la cual se advertía la condición de potencia divina y dual que correspondía al monarca del valle del Nilo.

– V –

Según se indicaba en el comienzo de este capítulo, una de las imágenes que el imaginario occidental suele retener como emblema de Egipto por excelencia es la de las pirámides de Guiza. Ciertamente, lo que suele engendrar la admiración de los occidentales –cuando no se trata de misteriosas

²⁰ Acerca de la titulación real, cfr. FRANKFORT, 1976 [1948], págs. 69-70; BONHÊME y FORGEAU, 1988, págs. 36, 314-316; QUIRKE, 1990, págs. 9-27; BAINES, 1995, pág. 9; WILKINSON, 1999, págs. 200-208.

energías ocultas— es el asombro ante semejante manifestación de destreza técnica sin contar con los “adelantos” del mundo moderno. Al término de este capítulo, tal vez pueda asignarse un sentido diverso para esa misma condición emblemática. En efecto, esas tumbas implican el esfuerzo de miles y miles de campesinos, trasladados, mantenidos y organizados por un gigantesco dispositivo estatal. Esas tumbas implican también uno de los puntos culminantes de la solarización de la monarquía egipcia durante el Reino Antiguo y, al mismo tiempo, un indicador para la eternidad de que allí yacía el cuerpo de un líder garante del equilibrio cósmico, un dador de *maat*, un nexo entre los hombres y los dioses. Así, esas enormes moles que son las tumbas piramidales de los reyes de la Dinastía IV dicen mucho acerca de ese mundo campesino y estatal, africano y egipcio. Esas moles son, como todo lo concreto, síntesis de múltiples determinaciones: entre otras, la de la condición específicamente solar del monarca durante el Reino Antiguo, la de la enorme potencia material y de gestión del Estado egipcio y la de una concepción del liderazgo social, político y cósmico en los términos de un pensamiento profundamente africano.

BIBLIOGRAFÍA

- ANSELIN, A., “Boeufs et pasteurs - Soudan, Lybie, Egypte antique”, en: *Cahiers Caribéens d’Egyptologie*, vol. 1, 2000, págs. 71-119.
- ASSMANN, J., *Maât, l’Égypte Pharaonique et l’Idée de Justice Sociale*, Paris, Julliard, 1989.

- BAINES, J., "Kingship, Definition of Culture, and Legitimation", en: O'CONNOR, D. y SILVERMAN, D. (eds), *Ancient Egyptian Kingship*, Leiden, E. J. Brill, 1995, págs. 3-47.
- BONHÊME, M. y FORGEAU, A., *Pharaon. Les secrets du pouvoir*, Paris, Armand Colin, 1988.
- CAMPAGNO, M., *Surgimiento del Estado en Egipto: Cambios y Continuidades en lo Ideológico*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1998a.
- "Pierre Clastres y el surgimiento del Estado. Veinte años después", en: *Boletín de Antropología Americana*, vol. 33, 1998b, págs. 101-113.
- "Sur un régicide obscur", en: *Archéo-Nil*, vol. 10, 2000, págs. 113-124.
- *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el Antiguo Egipto*, Aula Ægyptiaca Studia, vol. 3, Barcelona, Aula Ægyptiaca, 2002a.
- "On the Predynastic "proto-States" of Upper Egypt", en: *Göttinger Miszellen*, vol. 188, 2002b, págs. 49-60.
- CAMPS, G., "Beginnings of Pastoralism and Cultivation in North-West Africa and the Sahara. Origins of the Berbers", en: CLARK, J. (ed.), *Cambridge History of Africa*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 1982, págs. 548-623.
- CELENKO, Th. (ed.), *Egypt in Africa*, Bloomington, Indianapolis Museum of Art & Indiana University Press, 1996.
- CERVELLÓ AUTUORI, J., *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, Sabadell, AUSA, 1996.

-
- *África Antigua. El Antiguo Egipto, una civilización africana*, Aula Ægyptiaca Studia vol. 1, Barcelona, Aula Ægyptiaca, 2001.
- CORNEVIN, M., *Archéologie africaine à la lumière des découvertes récentes*, Paris, Maisonneuve et Larose, 1993.
- *Secrets du continent noir révélés par l'archéologie*, Paris, Maisonneuve et Larose, 1998.
- DARNELL, J., *Theban Desert Road Survey in the Egyptian Western Desert, Volume 1: Gebel Tjauti Rock Inscriptions 1-45 and Wadi el-Hôl Rock Inscriptions 1-45*. Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2002.
- DREYER, G., "Recent Discoveries in the U-Cemetery at Abydos", en: VAN DEN BRINK, E. (ed.), *The Nile Delta in Transition. 4th-3rd. Millennium B.C.*, Tel Aviv, E. van den Brink (publisher), 1992, págs. 293-300.
- *Umm el-Qaab I. Das prädynastische Königsgrab U-j und seine frühen Schriftzeugnisse*, Mainz, Verlag Philipp von Zabern, 1998.
- FEELEY-HARNIK, G., "Issues in Divine Kingship", en: *Annual Review of Anthropology*, vol. 14, 1985, págs. 273-313.
- FRANKFORT, H., *Reyes y Dioses*, México, Biblioteca de la Revista de Occidente, 1976 [1948].
- HEUSCH, L. DE, "Nouveaux regards sur la royauté sacrée", en: *Anthropologie et Sociétés*, vol. 5, 1981, págs. 65-84.
- "Introduction", en: HEUSCH, L. (ed.), *Systèmes de pensée en Afrique noire*, vol. 10, 1990, págs. 7-33.
- HUARD, P. y LECLANT, J., *La Culture des Chasseurs du Nil et du Sahara*, Mémoires du CRAPE 29, 2 vol., Alger, 1980.

- INIESTA, F., *El planeta negro. Aproximación histórica a las culturas africanas*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1992.
- KEMP, B., *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*, Barcelona, Crítica, 1992 [1989].
- LECLANT, J., “Égypte Pharaonique et Afrique”, en: *Séance Publique Anuelle des Cinq Académies*, Institut de France, vol. 10, 1980, págs. 3-11.
- LE QUELLEC, J.-L., *Symbolisme et Art Rupestre au Sahara*, Paris, L’Harmattan, 1993.
- LIVERANI, M., *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*, Barcelona, Crítica, 1995 [1991].
- MENU, B., “Principes fondamentaux du droit égyptien”, en: MENU, B., *Recherches sur l’histoire juridique, économique et sociale de l’ancienne Égypte*, vol. II, Le Caire, Institut Français d’Archeologie Orientale, 1998, págs. 11-20.
- MIDANT-REYNES, B., *Préhistoire de l’Égypte. Des premiers hommes aux premiers Pharaons*, Paris, Armand Colin, 1992.
- MULLER, J.-C., “Transgression, rites de rajeunissement et mort culturelle du roi chez les Jukun et les Rukuba (Nigeria central)”, en: HEUSCH, L. (ed.), *Systèmes de pensée en Afrique noire*, vol. 10, Paris, 1990, págs. 49-67.
- MUZZOLINI, A., “Masques et théromorphes dans l’art rupestre du Sahara Central”, en: *Archéo-Nil*, vol. 1, 1991, págs. 17-42.
- QUIRKE, S., *Who were the pharaohs?*, London, British Museum Press, 1990.
- ROWLANDS, M., “A Question of Complexity”, en: MILLER, D., ROWLANDS, M. y TILLEY, CH. (eds.), *Domination and Resistance, One World Archaeology*, vol. 3, London, Unwyn Hyman, 1989, págs. 29-40.

- SAHLINS, M., "Economía tribal", en: GODELIER, M. (ed.) *Antropología y Economía*, Barcelona, Anagrama, 1978, págs. 233-259.
- SAVAGE, S., "Some Recent Trends in the Archaeology of Predynastic Egypt", en: *Journal of Archaeological Research*, vol. 9, 2001, págs. 101-155.
- SELIGMAN, C., *Egypt and Negro Africa. A Study in Divine Kingship*, London, Routledge and Sons, 1934.
- SHANKS, M. y TILLEY, CH., *Social Theory and Archaeology*, Cambridge, Polity Press, 1987.
- TARDITS, C., "A propos du pouvoir sacré: que disent les textes?" en: HEUSCH, L. (ed.), *Systèmes de pensée en Afrique noire*, vol. 10, Paris, 1990, págs. 35-48.
- VAN BULCK, V., "La place du roi divin dans les cercles culturels d'Afrique Noire", en: *La Regalità Sacra*, Leiden, E. J. Brill, 1959, págs. 98-134.
- VERCOUTTER, J., "La Prédynastie égyptienne. Anciens et nouveaux concepts", en: *Cahiers de Recherches de l'Institute de Papyrologie et d'Egyptologie de Lille*, vol. 13, 1991, págs. 137-146.
- WENDORF, F. y CLOSE, A., "Early Neolithic Food Economies in the Near Eastern Sahara", en: FRIEDMAN, R. y ADAMS, B. (eds.), *The Followers of Horus. Studies dedicated to Michael Allen Hoffman*, Oxford, Oxbow Books, 1992, págs. 155-162.
- WILKINSON, T., *Early Dynastic Egypt*, London, Routledge, 1999.
- "Political Unification, Towards a Reconstruction", en: *Mittlungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo*, vol. 56, 2000.

CAPÍTULO III

CIUDADES DE EGIPTO. HISTORIA Y CERÁMICA. TELL ER RUB'Á (MENDES)

ALICIA DANERI RODRIGO*

B. Trigger en su libro sobre civilizaciones tempranas¹ distingue dos tipos de organizaciones políticas: sistemas de ciudades estado y de estados territoriales. En el Cercano Oriente antiguo la región de Sumer en la Baja Mesopotamia del tercer milenio a.C. corresponde al primer tipo y Egipto al segundo. Las características del sistema de ciudades estado son, para Trigger, la importancia de los centros urbanos, densamente poblados, con un alto grado de especialización y una configuración espacial de capitales y pequeños centros aldeanos dependientes. Por otra parte, los estados territoriales como Egipto desarrollaron “una jerarquía de centros de nivel local provincial y nacional” pero, en términos de población, aún

* Doctora en Historia (UBA), Jefe del DEGIP (IMHICIHU-CONICET), Profesora, Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de la Plata. Miembro del Proyecto Mendes de la Universidad de Toronto (1992-1998) y de la Universidad Estatal de Pennsylvania desde 1999, a cargo de la Sección Cerámica.

¹ *Early Civilizations. Ancient Egypt in Context*, The American University in Cairo Press, 1993.

las capitales nacionales –según Trigger– no alcanzaron altos niveles de población “porque estos centros eran habitados casi exclusivamente por la clase gobernante y los administradores, los artesanos especializados y la gente que los servía”. Opinión contraria es la de B. Kemp para quien las ciudades y poblaciones de Egipto tuvieron magnitud semejante a las mesopotámicas². En realidad, los cálculos de población, dada la dificultad de determinar la extensión ocupada, son altamente especulativos y variables³.

La información sobre las ciudades de Egipto del período faraónico nos ha llegado a través de fuentes indígenas y de fuentes externas, provenientes de otros pueblos, por ejemplo, los relatos de autores clásicos como Heródoto, Diodoro y Estrabón⁴, pero gran parte de ella procede de la arqueología. Es conocido el hecho que el trabajo arqueológico en Egipto se ha concentrado, tradicionalmente, en los grandes monumentos religiosos y funerarios de los centros de población mayores, particularmente de la zona del Valle. Sólo desde las últimas

² “The Early Development of Towns in Egypt”, en *Antiquity* 51, 1977, págs. 185-200.

³ Por ejemplo, los de K. BUTZER sobre la población de Egipto en *Early Hydraulic Civilization in Egypt*, Chicago-London, The University of Chicago Press, 1976; sobre el hipotético desarrollo demográfico en Egipto entre el 4000 a.C. y el 150 d.C. quien advierte que los valores numéricos no pueden ser citados como cifras reales, pág. 83. Véase la n. 11 sobre El Amarna.

⁴ HERODOTE, *Histoires*, Les Belles Lettres, 11 vol., Paris, 1932-1970; E. MURPHY, *The Antiquities of Egypt. A Translation with notes of Book I of The Library of History of Diodorus Siculus*, New Brunswick-London, Transaction Publishers, 1990, capítulos 45-50, 57; J. YOYOTTE-P.CHARVET, *Strabon*, Paris, Nil, 1977.

décadas el interés se ha desplazado a la investigación de sitios en el Delta, amenazados por el avance de las tierras agrícolas, debido al gran aumento de la población y a la necesidad del Egipto moderno de incorporar zonas de cultivo y, al mismo tiempo, preservar su patrimonio cultural⁵. Estos sitios han aportado información relevante a los planteos sobre el surgimiento del Estado y a la historia de sus épocas de apogeo y de crisis. El estudio de los centros urbanos y de los asentamientos menores, su distribución y características, y su relación con las vías de circulación e intercambio, resulta de particular interés para comprender las bases económicas y sociales del desarrollo político del Estado egipcio.

Podemos distinguir distintos tipos de centros en Egipto, de acuerdo a su función dominante (capitales estatales o provinciales, ciudades-templo) o a la forma en que se desarrollaron: “orgánicos”, i.e. que se gestaron naturalmente por las condiciones ventajosas de su ubicación y “artificiales”, creados para servir una función específica, como “ciudades de las pirámides”, fundadas para el servicio de un culto real (por ej., Kahun); centros religiosos (Heliópolis, Abidos); ciudades-puerto, con funciones específicas de intercambio (Naucratis) y ciudades de frontera, particularmente, las establecidas en Nubia durante el Reino Nuevo como centros administrativos en territorio anexado a Egipto.

⁵ E.C.M. VAN DEN BRINK (ed.), *The Archaeology of the Nile Delta: Problems and Priorities*, Amsterdam, Netherlands Foundation for Archaeological Research, 1988.

to (Aniba, Amara). Por lo general, la mayoría de los centros urbanos combinaba más de una función⁶.

¿Qué sabemos hoy sobre las características físicas de los centros políticos, las sedes del poder en las épocas de apogeo del Estado unificado? Aún en estos casos la información es sorprendentemente insuficiente; los restos materiales se han perdido parcial o totalmente o permanecen, en el mejor de los casos, sepultados bajo las construcciones modernas.

Tomemos, como ejemplo, a Menfis: situada en la ribera oeste del Nilo a 25 km al sur del Cairo moderno, fue fundada al comienzo del período dinástico (c. 3000 a.C.). Fue la única capital de Egipto durante el Reino Antiguo y durante todo el período faraónico el gran centro político, religioso y económico, aún en las épocas en las que la Residencia real se estableció en otro sitio. Las causas de su preeminencia fueron su ubicación privilegiada que permitía el control de las comunicaciones entre el Alto y Bajo Egipto y de la circulación de bienes interna y con el Mediterráneo; su tradición como centro de culto del dios Ptah y como la Residencia real por antonomasia y primera sede administrativa. La ciudad tuvo edificación pública, palacios, templos, zonas de manufactura y posiblemente de mercado, un puerto y residencias privadas.

Hoy Mit Rahina es la villa moderna cercana a los restos de la ciudad antigua que se extienden por 2,5 km y sólo

⁶ M. BIETAK, "Urban Archaeology and the Town Problem in Ancient Egypt", en K.R. WEEKS (ed.), *Egyptology and the Social Sciences*, Cairo, The American University in Cairo Press, 1979, págs. 97-144.

puéden verse algunas estructuras: de palacios (de Apries y Merneptah); de templos, principalmente, el de Ptah y del lugar de embalsamamiento de los animales venerados en la ciudad, los Apis. Los cementerios de Menfis, los más extensos conocidos, se escalonan, de norte a sur desde Abu Roash a Dahshur⁷.

¿A qué debió Tebas, la segunda y mayor capital de Egipto, su importancia a partir del Reino Medio? Es difícil alegar más razón que la de haber sido el lugar de origen de líderes políticos y militares que fueron capaces de restaurar la unidad del país después de dos períodos de fraccionamiento político y de crisis. Sobre los lugares de habitación de la ciudad sólo se conocen algunas zonas con arquitectura doméstica del Reino Nuevo y de la época saíta en Luxor, Karnak y Tebas occidental⁸. Ciertamente, pueden verse los grandes monumentos religiosos levantados en la ribera este, la moderna Luxor y los extensos cementerios privados situados a lo largo de los faldeos del desierto en la ribera occidental; las tumbas del Valle de los Reyes y de las Reinas, los grandes templos funerarios y los restos de algunos palacios (Malkata), que dan la medida de la extensión y el esplendor de la ciudad antigua.

El ejemplo de una ciudad planificada artificialmente, construida y abandonada en el lapso de unos pocos años,

⁷ E. M. MEYERS (ed.), *The Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1997, s.v. Memphis, págs. 470-471.

⁸ P. LACOVARA, *The New Kingdom Royal City*, London-New-York, Kegan Paul International, 1997, págs. 52-67.

El Amarna, en Egipto Medio, es tal vez, el caso más ilustrativo de la concepción ideal egipcia de un centro de gobierno y de Residencia real⁹. El motivo de su construcción fue tan extraordinario y de carácter político-religioso, i.e., establecer una nueva capital en un sitio sin ocupación anterior, que no tuvo, al parecer, otras consideraciones estratégicas más allá que la de su aislamiento de los centros tradicionales de Menfis y Tebas.

Los restos de la ciudad se extienden hoy 10 km de norte a sur sobre la ribera este del Nilo. La planta comprendía un sector norte con un palacio principal, edificios administrativos y áreas residenciales; un sector central, que era el corazón de la administración y el culto, con templos dedicados a Aton, la Casa del rey, y las oficinas de los escribas con los archivos de la correspondencia oficial. En el sector sur se levantaban dos complejos de templo con talleres y depósitos. Las circunstancias inusuales de la construcción y el abandono posterior, en corto plazo, de la capital de Akhenaton han permitido un estudio sobre las condiciones de habitación en la ciudad, basado en las excavaciones de Borchardt de 1911-1914, que da alguna idea sobre la situación social de los habitantes: un porcentaje de alrededor del 7-9 % de grandes casas con amplias áreas correspondientes a talleres, jardines, graneros, establos y sectores para la servidumbre, un 34-37% de viviendas de nivel medio y un 54-59% de habitaciones en las que el reducido espacio y las condiciones señalan su

⁹ Fue construida en c. 1350 y abandonada doce años después de la muerte de Akhenaton, MEYERS, *ob. cit.*, I, (s.v. Amarna.).

pertenencia a los niveles sociales más bajos¹⁰. La población de El Amarna ha sido calculada en alrededor de 50.000 habitantes¹¹.

Con el comienzo de la expansión egipcia hacia el corredor sirio-palestino, a mediados del siglo XVI a.C., los lugares de la Residencia real se trasladaron al Delta por razones de estrategia militar y diplomática. De las capitales del reino unido, el sitio de Pi-Ramsés (actual Qantir), el centro de las dinastías ramésidas en el Delta oriental, es el de mayor extensión y de especial interés por la evidencia que ofrece sobre las relaciones entre Egipto y el Mediterráneo Oriental. Sin embargo, dado que el terreno está ocupado hoy por pequeños asentamientos, rodeados de tierra agrícola cruzada por canales, sólo partes de la antigua ciudad son accesibles para la excavación. El proyecto arqueológico del Consejo Supremo de Antigüedades (SCA) de Egipto y de la Misión alemana con la participación del Museo Pelizaeus de Hildesheim ha puesto en práctica, desde 1996, métodos geofísicos de exploración –uso de magnetómetros– para el relevamiento de estructuras

¹⁰ B. KEMP, *Ancient Egypt. Anatomy of a Civilization*, London-New York, Routledge, 1991, págs. 261-317. La primera excavación moderna en El Amarna es la de Petrie en 1891-92, seguida por la de Borchardt (1907, 1911-14). Entre 1901 y 1936 la Egypt Exploration Fund trabajó en el sitio, posteriormente G.F. Martin reinvestigó la tumba real y la Egypt Exploration Society reinició excavaciones bajo la dirección de B. Kemp en la villa de los artesanos de la tumba real. E. UPHILL, *Egyptian Towns and Cities*, Shire Publications, 1988, pág. 62; LACOVARA, *ob. cit.*, págs. 57-60.

¹¹ LACOVARA, *ob. cit.*, 70, n. 411. Según Kemp entre 20.400 y 28.790; para J.J. Janssen entre 50.000 y 100.000 habitantes. Esto ejemplifica lo relativo de los cálculos sobre la población.

de adobe y piedra bajo la superficie, que permiten trazar planos detallados, previos a la excavación misma¹².

En la actualidad, el sitio de época faraónica de mayor atractivo turístico en el Delta es Tanis, la Residencia durante parte del Tercer Período Intermedio, cuando se abandonó Pi-Ramsés, posiblemente, por un cambio en el curso de la rama Pelusíaca del Nilo en alrededor del 1000 a.C. Su interés son los grandes monumentos ramésidas trasladados (y usurpados) lejos de su emplazamiento original y las tumbas de los faraones de las dinastías XXI y XXII.

*Mendes (Tell er Rub'a)*¹³

Situada en el Delta centro-oriental, a c. 55 km del Mediterráneo sobre la desaparecida rama Mendesiana del Nilo, fue la capital provincial del Bajo Egipto (nomo XVI), centro religioso desde época temprana y el lugar de origen de una di-

¹² E. PUSCH, "Further Steps towards a Map of Pi Ramesses", en Z. HAWASS-A. MILWARD JONES, *Eight International Congress of Egyptologists. Abstracts of Papers, Cairo, 26 March-3 April 2000*, Cairo, The American University in Cairo Press, 2000, págs. 145-146. Entre 1996 y 1999 dos grupos de cuatro personas cubrieron, en menos de 30 días, un área de 78 ha y probaron la existencia de vastos lugares de habitación con villas, jardines, pozos y casas de menor extensión alineadas en calles, lagos y un área vacía estimativamente identificada como parte de un puerto. También vastas construcciones de función desconocida, posiblemente templos, palacios y centros administrativos.

¹³ Dos tells conservan los restos de la antigua Mendes: el Norte, Tell Rub'a, los de la ciudad faraónica; el sur, Tell Timai, los de la ciudad helenística-romana. R. K. HOLZ, D. P. HANSEN, E. OCHSENSCHLAGER, *Mendes I*, Cairo, 1988 (ARCE Reports 2); H. DE MEULENAERE-P. MAC KAY, *Mendes II*, Warminster, Aris & Phillips, 1976.

nastía (XXIX) que gobernó durante un breve y último período independiente de la historia de Egipto.

El sitio arqueológico, libre de ocupación moderna, tiene una superficie de poco más de 90 ha, una elevación de 20 m sobre el nivel del mar y de alrededor de 16 m sobre la planicie. En la antigüedad el *tell* debió cubrir un área más amplia porque los campos de cultivo circundantes de arroz y algodón le han restado extensión.

¿De dónde procede la información sobre esta importante ciudad, cuya primera ocupación se remonta a la segunda mitad del cuarto milenio y continuó hasta la época helenística? Las referencias documentales indígenas y de autores clásicos sobre su historia hacen, en gran parte, a su importancia como centro religioso. Los resultados obtenidos por las excavaciones de la Universidad de Nueva York, entre 1964 y 1980, y por las más recientes de la Universidad de Toronto (1991-1998) y Estatal de Pennsylvania, desde 1999 –estas dos últimas con la dirección de Donald B. Redford– en zonas de ocupación que datan del tercer, segundo y primer milenio a.C. han abierto amplios espacios de investigación que contribuirán, con sus resultados, a la historia de Egipto¹⁴.

¹⁴ D. HANSEN, "Mendes 1965 and 1966", JARCE 6, 1967, págs. 5-16; K. WILSON, *Cities of the Delta, II. Mendes*, Malibu, Undena, 1982 (ARCE Reports 5); D. B. REDFORD et alii, "The first season of excavations at Mendes (1991)", JSSEA XVIII, 1988, págs. 49-79; "Interim Report on the Second Campaign of Excavations at Mendes (1992)", JSSEA XXI-XXII, 1991-92, 1994, págs. 1-12; R. HUMMEL-S. SHUBERT, "Preliminary report on the ceramics from the 1992 season at Mendes", JSSEA XXI/XXII, 1991-1992, págs. 13-19; "Ceramic Report: Mendes 1992-95", en D. B. REDFORD et alii, *Mendes I. The Royal necropolis*, en prensa; R. HUMMEL-A. RODRIGO, "Preliminary Report on the Mendes Ceramics from the Area of the Sacred Lake", 7/1-8/15/1997, inédito.

Los asentamientos en la zona del Delta se conformaron, originalmente, de acuerdo a las características de la región, distintas a las del Valle. En el Valle, aunque la amplitud de la tierra de cultivo es variable, el límite con el desierto está siempre presente. El paisaje del Delta es plano, se expande como un abanico a partir de su vértice hacia el Mediterráneo, y estaba surcado en la antigüedad por varios brazos del Nilo¹⁵. Las poblaciones se establecieron en elevaciones a lo largo de las vías de agua o sobre las *geziras* formadas por las antiguas inundaciones del río. En todos lados, excepto en el vértice del Delta “las zonas pantanosas y los cursos de agua tendieron a aislar a las comunidades una de otra y a reforzar la independencia, la autosuficiencia y el localismo”¹⁶.

Sitios como Buto (Tell Fara'in) y Mendes se destacan a fines del cuarto milenio a. C. Las excavaciones recientes de Buto han sido decisivas para el trazado del panorama cultural del Delta en las últimas etapas del Predinástico (Nagada IId) y del surgimiento del Estado. En Mendes, la más temprana cerámica del sitio señala una ocupación en Nagada IId-III¹⁷.

Desde el Reino Antiguo, Mendes fue un centro político y religioso importante, vinculado al culto de un animal sagrado, el Carnero (*Ba*), símbolo de la fertilidad, y de su pareja

¹⁵ HERODOTE, II, 17. Actualmente sólo subsisten el brazo de Rosetta, al oeste y el de Damietta, al este.

¹⁶ D. B. REDFORD, *Egypt, Canaan and Israel in Ancient Times*, Princeton, Princeton University Press, 1992, pág. 15.

¹⁷ VON DER WAY, “Excavations at Tell el-Fara'in/Buto”, en E. VAN DEN BRINK (ed.) *The Nile Delta in Transition, 4th-3rd Millenium B.C.*, Tel Aviv, 1992, págs. 1-10; R. FRIEDMAN, “The Early Dynastic and transitional pottery of Mendes: 1990 season”, en VAN DEN BRINK (ed.), *ob. cit.*, págs. 199-206.

Hatmehit, una primitiva divinidad del nomo, patrona de los pescadores. La ciudad es mencionada en los Textos de las Pirámides, junto con Busiris y Heliópolis; en los Textos de los Sarcófagos y en el Libro de los Muertos, donde se hace referencia a sus festivales religiosos. Elaboraciones teológicas posteriores hacen a *Ba* (el Carnero), homónimo de *ba* "alma", la manifestación de cuatro grandes dioses primordiales: Geb, la tierra; Ra, el sol; Osiris, el agua y Shu el aire.

Del Reino Antiguo y del Primer Período Intermedio se han excavado lugares de enterramiento: mastabas con capillas construidas en piedra, tumbas con superestructuras de adobe abovedadas, grandes estructuras de templo y lugares de habitación¹⁸. Su importancia como centro regional durante el temprano desarrollo del Estado, ha quedado demostrada por la comprobación de la extensión de las áreas de ocupación durante el Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio y por las características de la arquitectura religiosa, funeraria y doméstica de esas épocas. Un hiato en la evidencia textual y arqueológica se extiende desde fines del Reino Medio y durante el Segundo Período Intermedio, la época de la ocupación hicsa del Delta oriental. Se encuentran testimonios de actividad arquitectónica durante el Reino Nuevo: de la dinastía XVIII (Tuthmosis III) y XIX (Ramsés II y Merneptah) en el área del templo central de la ciudad.

A comienzos del primer milenio a.C., la crisis del Estado produjo un fraccionamiento del poder y el surgimiento de dinastías militares de origen libio (XXII-XXIV) y de un núme-

¹⁸ D. HANSEN, *ob. cit.*, págs. 5-16; véase también REDFORD, *ob. cit.*, n. 14.

ro de jefes de ciudades; una de estas familias se estableció en Mendes, a principios del siglo IX a.C. y gobernó por cinco o seis generaciones. Se han encontrado, hasta el momento, algunas estructuras correspondientes a este período y abundante material cerámico característico de la época.

El final de la crisis política a mediados del siglo VII a.C., marcado por la amenaza del expansivo imperio asirio, dio paso a un nuevo período de unidad y de renacimiento del Estado egipcio, cuya característica fue la apertura comercial hacia el Mediterráneo y la injerencia política de la dinastía saíta en la zona del corredor sirio-palestino. Por su posición favorable sobre las vías de intercambio, Mendes, se benefició con la construcción de grandes edificios, particularmente, en la segunda mitad del siglo VI a.C. La ampliación del templo dedicado al Carnero, sobre la base de las antiguas estructuras a las que se agregó un inusual santuario al aire libre, dio a la ciudad un elemento notable en su paisaje: las cuatro monumentales (8 m) capillas (naoi) de granito —de las cuales hoy se conserva sólo una— que contenían estatuas de Geb, Shu, Ra y Osiris.

A partir del 525 a.C. y como consecuencia de la expansión del imperio persa, Egipto se convirtió en una de sus satrapías hasta comienzos del siglo IV a.C., en el que se inicia el último período de gobierno de reyes indígenas. Por cerca de dos décadas, una dinastía de origen mendesiano, mantuvo una política independiente de alianzas con Grecia continental y con las ciudades griegas de Asia Menor, empleó mercenarios de ese origen y estableció con Chipre una alianza contraria a Persia. De la dinastía mendesiana, sólo se conservan algunos monumentos; los datos que proveen los

autores griegos, Manetón y la Crónica demótica¹⁹. El final del Estado faraónico llegó con la segunda dominación persa y es Artajerjes III en 343 a.C. a quien se le atribuye la destrucción de Mendes²⁰. Sobre esta destrucción existe abundante testimonio arqueológico. Posteriormente, los reyes Ptolomeos encararon, en gran escala, la reconstrucción de los lugares de culto de la ciudad.

A fines de la época helenística, un cambio en el curso de la rama Mendesiana del Nilo causó el abandono de la ciudad antigua y el traslado de su población a un sitio cercano, Thmuis, que será el centro administrativo del nomo durante los primeros siglos de la era cristiana.

La cerámica del sitio

La historia de los vínculos, en materia de intercambios, de Mendes con otros centros de Egipto y con el exterior nos es poco conocida, a pesar de la ubicación de esta ciudad sobre

¹⁹ Sobre los documentos y monumentos de la dinastía XXIX cfr.: C. TRAUNECKER, "Essai sur l'histoire de la XXIXe dynastie", BIFAO 79, 1979, págs. 395-436 y J. D. RAY, "Egypt: Dependence and Independence (425-343 B.C)", en *Achaemenid History I: Sources, Structures and Synthesis, Proceedings of the Groningen 1983 Achaemenid Workshop*, Leiden, Nederlands Instituut voor het Nabije Oosten, 1987. La Crónica demótica es un texto oracular del siglo II a.C. que incluye una lista de reyes de las últimas dinastías.

²⁰ Según Aelian, Artajerjes, en su paso por el Delta, sacrificó al animal sagrado de Mendes; Ptolomeo II en el siglo III a.C. levantó una estela recordatoria de un peregrinaje a la ciudad, en la que dice haber reparado los daños "que los bárbaros malditos habían causado a los lugares sagrados de la ciudad", "Mendes in Antiquity", en DE MEULENAERE, H. - MAC KAY, P., *ob. cit.*, págs. 172-177.

una rama secundaria del Nilo y su proximidad al Mediterráneo. No existen fuentes escritas que informen sobre actividades industriales o sobre productos que llegaban a la ciudad, resultado de contactos con el exterior o con otras regiones de Egipto. Sólo tenemos menciones de autores clásicos acerca de una industria de perfumes y de ungüentos, radicada en Mendes, conocida y valorada en el Mediterráneo Oriental en la época helenístico-romana²¹. Por tanto, objetos de la cultura material como la cerámica obtenida en las excavaciones del sitio, constituyen un material muy valioso, ya que ilustran sobre éste y otros aspectos sobre los que no existe información pertinente.

El estudio científico y sistemático de la cerámica de Egipto, de sus características y la identificación por medio de análisis físico-químicos de las pastas que pueden determinar el origen de recipientes y atestiguar el intercambio de productos entre regiones próximas y lejanas, es relativamente reciente.

La cerámica provee tres tipos de evidencia valiosa para el historiador y el arqueólogo:

1) Es un material importante para la datación. La cerámica cambia a través del tiempo. Un mismo tipo evoluciona en términos de material, técnica y decoración. La cronología relativa de una "serie" puede encontrar puntos fijos al relacionarse con otras fuentes, por ejemplo, documentales, que permitan establecer un fechado absoluto. La tipología bien conocida y fechada de las ánforas griegas puede aplicarse para datar contextos de hallazgos

²¹ A. DANERI RODRIGO, "Ungüentos de Egipto: el mendesiano. Su origen y difusión en el Mediterráneo Oriental", en DANERI RODRIGO, A. (ed.), *Relaciones de intercambio entre Egipto y el Mediterráneo oriental (IV-I Milenio a.C.)*, Buenos Aires, Biblos, 2001.

de esos recipientes en otros sitios del Mediterráneo Oriental. Algunos tipos de recipientes tienen una larga vida, a veces siglos en el caso de Egipto, en tanto otros se utilizan durante un período limitado, después del cual desaparecen.

2) Es indicadora, a partir de su distribución, de intercambios con otras regiones. La cerámica producida en un lugar se distribuye en un área reducida o extensa. Puede tratarse de recipientes de uso doméstico, que se encuentran en un radio limitado o de transporte de productos distribuidos muy lejos de su lugar de origen.

También, es reveladora de cambios culturales producidos por el ingreso de grupos externos de población.

3) Es reveladora del carácter o función de un sitio. El conocimiento de la función de los tipos lleva a establecer la función de un sitio o de partes de un sitio: de vivienda, si es lugar de producción o almacenamiento de alimentos, o de carácter industrial, especialmente si esa información se complementa con otra clase de restos o evidencias materiales (estructuras) o documentales.

También la cerámica es indicadora del grado de ocupación de una determinada zona y del estatus social de su población.

El material cerámico de Mendes, muy abundante, está constituido mayormente por tiestos, pero también por recipientes completos de una gran variedad de tipos. Procede de diferentes contextos y distintas épocas. El estudio de la cerámica de Tell er Rub'a-Mendes, resultado de las excavaciones de la Universidad de Toronto, de 1991-1998 y de la Universidad Estatal de Pennsylvania a partir de 1999, tiene como objetivos la elaboración de tipologías del material encontrado, el análisis de las pastas locales y su posible correspondencia con el sistema

de Viena²² y el análisis por métodos petrográficos y físico-químicos de pastas ajenas al ámbito egipcio, para determinar su origen. Todo el material relevante es procesado y registrado en diferentes formas –gráfica y fotográficamente– para su posterior estudio.

Los datos provistos por el material cerámico –por comparación con tipologías conocidas de piezas similares– han contribuido y contribuyen a la datación de estratos correspondientes a los períodos más tempranos del poblamiento del sitio (Predinástico) y de las primeras épocas históricas (tercer milenio a.C.). Con respecto a los contactos con el exterior los resultados preliminares, en base al material cerámico obtenido señalan:

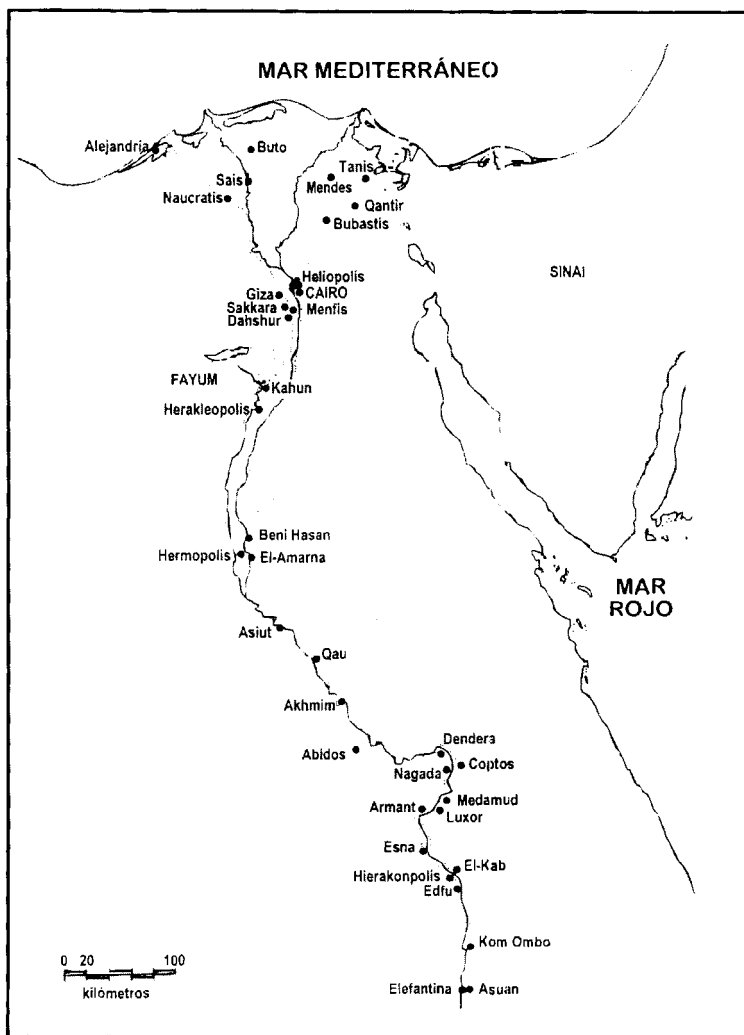
1) relaciones con el Mediterráneo Oriental que se remontan a la Edad del Bronce Reciente, atestiguadas por fragmentos de jarras micénicas con asa de estribo datadas en los siglos XIV-XIII a.C. y ánforas sirio-palestinas de un tipo datado en los siglos XIII-XII a.C.

2) contactos frecuentes con el área fenicia y griega del Asia Menor durante la época tardía (siglos VII-IV a.C.).

3) no se han encontrado, hasta el momento, evidencias significativas de contactos con el exterior durante el tercer milenio a.C.²³

²² El sistema de Viena es una clasificación que define los principales grupos y subgrupos en los que las pastas, i.e. el material de los recipientes cerámicos, pueden dividirse. Ha sido concebido como una nomenclatura para guiar al ceramista en la descripción y clasificación, véase H. A. NORDSTRÖM-J. BOURRIAU, "Ceramic Technology: Clays and Fabrics", en D. ARNOLD-J. BOURRIAU, *An Introduction to Ancient Egyptian Pottery*, Mainz am Rhein, Philip von Zabern, 1993.

²³ A. DANERI RODRIGO, "Relaciones comerciales de Egipto en el primer milenio a.C.: Los intercambios con el área griega", en DANERI RODRIGO, *ob. cit.*, págs. 127-147.



Mapa del Antiguo Egipto

BIBLIOGRAFÍA

- BARD, K. A. (ed.), *Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt*, London-New York, Routledge, 1999.
- BIETAK, M., "Urban Archaeology and the Town Problem in Ancient Egypt", en K. R. WEEKS (ed.), *Egyptology and the Social Sciences*, Cairo, The American University in Cairo Press, 1979, págs. 97-144.
- BUTZER, K., *Early Hydraulic Civilization in Egypt*, Chicago-London, The University of Chicago Press, 1976.
- DANERI RODRIGO, A. (ed.), *Relaciones de intercambio entre Egipto y el Mediterráneo Oriental (IV-I Milenio a.C.)*, Buenos Aires, Biblos, 2001.
- DE MEULENAERE, H.; MACKAY, P., *Mendes II*, Warminster, Aris & Phillips, 1976.
- HANSEN, D., "Mendes 1965 and 1966", *Journal of the American Research Center in Egypt* 6, 1967, págs. 5-16.
- HERODOTE, *Histoires*, Les Belles Lettres, 11 vol., París, 1932-1960.
- HOLZ, R. K.; HANSEN, D. P.; OCHSENSCHLAGER, E., *Mendes I*, Cairo, (ARCE Reports 2), 1988.
- HUMMEL, R.; RODRIGO, A., "Preliminary Report on the Mendes Ceramics from the Area of the Sacred Lake", inédito, 7/1-8/15/1997.
- HUMMEL, R.; SHUBERT, S., "Preliminary report on the ceramics from the 1992 season at Mendes", *Journal of the Society for the Studies of Egyptian Antiquities XXI/XXII*, 1991-1992, págs. 13-19.
- "Ceramic Report: Mendes 1992-95", en D.B. REDFORD et alii, *Mendes I*, en prensa.

- KEMP, B., "The Early Development of Towns in Egypt", en *Antiquity* 51, 1977, págs. 185-200.
- *Ancient Egypt. Anatomy of a Civilization*, London-New York, Routledge, 1991.
- LACOVARA, P., *The New Kingdom Royal City*, London-New York, Kegan Paul International, 1997.
- MEYERS, E. M. (ed.), *The Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East*, 5 vol., New York-Oxford, Oxford University Press, 1997.
- MURPHY, E., *The Antiquities of Egypt. A Translation with notes of Book I of The Library of History of Diodorus Siculus*, New Brunswick-London, Transaction Publishers, 1990.
- NORDSTRÖM H. A.; BOURRIAU, J., "Ceramic Technology: Clays and Fabrics", en D. ARNOLD; J. BOURRIAU, *An Introduction to Ancient Egyptian Pottery*, Mainz am Rhein, Philip von Zabern, 1993.
- PUSCH, E., "Further Steps towards a Map of Pi Ramesses", en Z. HAWASS-A. MILWARD JONES, *Eight International Congress of Egyptologists. Abstract of Papers, Cairo, 26 March-3 April 2000*, Cairo, The American University in Cairo Press, 2000.
- RAY, J. C., "Egypt: Dependence and Independence (425-343 B.C)", en *Achaemenid History I: Sources, Structures and Synthesis, Proceedings of the Groningen 1983 Achaemenid Workshop*, Leiden, Nederlands Instituut vor het Nabije Oosten, 1987.
- REDFORD, D. B., *Egypt, Cannan and Israel in Ancient Times*, Princeton, Princeton University Press, 1992.

- REDFORD, D. B. et alii, "The first season of excavations at Mendes (1991)", *Journal of the Society for the Studies of Egyptian Antiquities* XVIII, 1988, págs. 49-79.
- "Interim Report on the Second Campaign of Excavations at Mendes (1992)", *Journal of the Society for the Studies of Egyptian Antiquities* XXI-XXII (1991-92), 1994, págs. 1-12.
- TRAUNECKER, C., "Essai sur l'histoire de la XXIXe dynastie", en *Bulletin de l'Institut Française d'Archéologie Orientale* 79, 1979, págs. 395-436.
- TRIGGER, B., *Early Civilizations. Ancient Egypt in Context*, Cairo, The American University in Cairo Press, 1993.
- UPHILL, E., *Egyptian Towns and Cities*, Aylesbury, Shire Publications, 1988.
- VAN DEN BRINK, E.C.M. (ed.), *The Archaeology of the Nile Delta: Problems and Priorities*, Amsterdam, Netherlands Foundation for Archaeological Research, 1988.
- VON DER WAY, T., "Excavations at Tell el-Fara'in/Buto", en E. VAN DEN BRINK (ed.), *The Nile Delta in Transition, 4th-3rd Millenium B.C.*, Tel Aviv, E. van den Brink (publisher), 1992.
- WENKE, R.; BREWER, D., "The Archaic-Old Kingdom Delta: the Evidence from Mendes and Kom el-Hisn", en M. BIETAK, *Haus und Palast im Alten Ägypten*, Wien, Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1996, págs. 265-285.
- WILSON, K., *Cities of the Delta, II. Mendes*, Malibu, Undena (ARCE Reports 5), 1982.
- YOYOTTE, J.; CHARVET, P., *Strabon, Le voyage en Egypte. Un regard romain*, Paris, Nil, 1977.

CAPÍTULO IV

ASIÁTICOS EN EGIPTO: LOS HICSOS

ROXANA FLAMMINI*

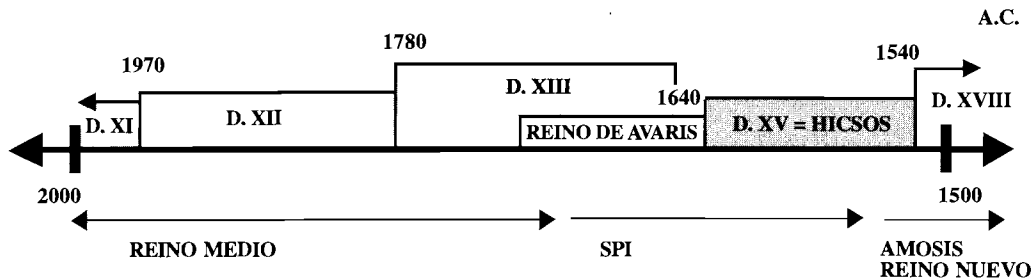
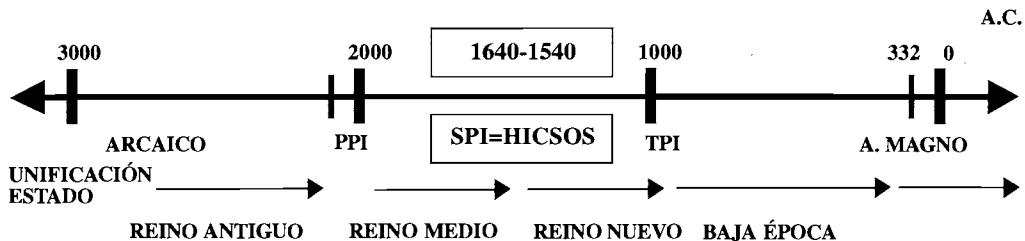
– I –

“De improvizo, hombres de una raza desconocida, venidos de Oriente, tuvieron la audacia de invadir nuestro país y, sin dificultad ni combate, se apoderaron a la fuerza de él [...]. Se llamaba a todo este pueblo hicsos, lo que significa: reyes pastores, puesto que hyk, en lengua sagrada, significa ‘rey’ y sôs, en lengua vulgar, quiere decir ‘pastores’. La reunión de esos dos nombres da hyksôs. [...]” (Flavio Josefo, *Contra Apionem*, Libro I, §§ 14-15).

Con estas frases describía Flavio Josefo –siguiendo a Manetón– la aparición de los hicsos en el Delta oriental egipcio¹. Esta versión de los acontecimientos produjo un impacto

* Licenciada en Historia (UBA), Profesora, Directora CEHAO (UCA).

¹ C. 1640-1540 a.C. Véase Cuadro Cronológico.



Cuadro cronológico

perdurable en la historiografía, aunque hay que señalar que durante largo tiempo las conclusiones sobre los hicsos sólo se basaron en algunas fuentes escritas cercanas a los hechos y lo dicho por los autores clásicos, ya que eran la única documentación disponible.

A toda esta situación la modificaría la localización y posterior excavación de la capital de los hicsos en 1966, al establecerse que era Tell el Dab^ca el sitio de emplazamiento de la antigua Avaris. A estas excavaciones se sumarían las de la zona del Wadi Tumilat², específicamente las del sitio de Tell el Maskhuta³ (ver Mapa 1). Los nuevos hallazgos echaron luz sobre las cuestiones planteadas por los documentos escritos, ya que ahora debían sumarse a ellos los aportes del campo arqueológico.

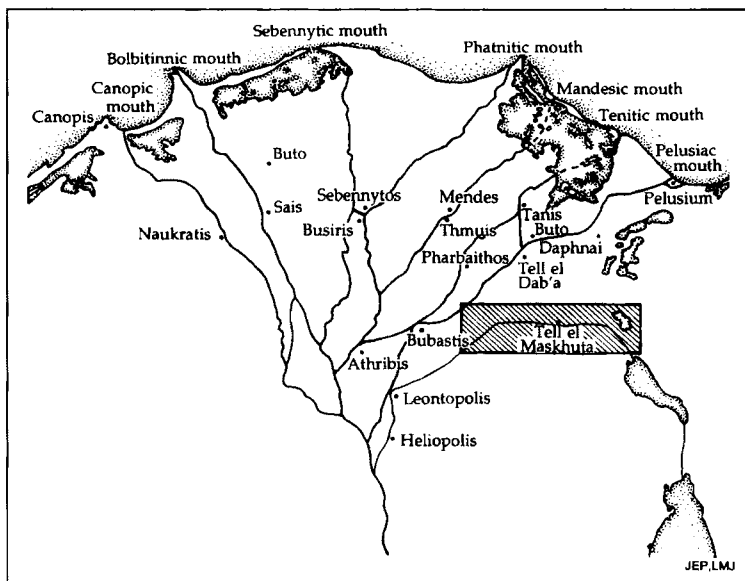
Pero vayamos por partes. Analicemos lo que nos dice Josefo en su versión: en primer lugar, indica que la llegada de los hicsos se produjo “de improviso”. Hoy en día estamos en condiciones de afirmar que ese ingreso en el Delta oriental no tuvo el carácter de una “invasión”, sino de una lenta penetración. Tampoco fundaron una capital *ex-nihilo*, sino que Avaris se erigió sobre una localidad ya habitada por asiáticos desde mediados de la dinastía XII; en un momento histórico en que el Estado, hasta entonces centralizado, se atomizó.

En segundo lugar, Josefo nos dice que eran “de una raza desconocida”. En rigor, según Bietak, los habitantes de Tell el Dab^ca no conformaban un grupo homogéneo⁴: lo constituía

² HOLLADAY, 1997, pág. 221.

³ HOLLADAY, 1982.

⁴ Con el tiempo Bietak ha variado su posición respecto de este punto, ya que anteriormente proponía una homogeneidad racial para los habitantes del sitio. BIETAK, 1997, págs. 98-99.



Mapa 1
Ubicación de Tell el Dab'a y Tell el Maskhuta.
(En base a: HOLLADAY, 1997, 183).

un fuerte componente asiático –amorreos cuyo lugar de origen era posiblemente Siria– pero también beduinos y chipriotas, con una fuerte influencia de la cultura del Bronce Medio II A.

En tercer y último lugar, indica que el término “hicsos” deviene de las palabras egipcias para “reyes pastores”, en realidad, una falsa etimología. La palabra “hicsos” es la versión griega del término egipcio *ḥkꜣ ḥꜣswt* “jefe de los países extranjeros”, cuyo uso en Egipto lo podemos rastrear desde el Reino Antiguo⁵. Vale aclarar que el término *ḥkꜣ ḥꜣswt* no hace referencia a un pueblo sino a sus jefes, con lo cual pierde toda connotación racial.

Además de estas consideraciones de Flavio Josefo, disponemos de una serie de textos contemporáneos a los acontecimientos originarios del reino tebano, entre los que podemos mencionar: la “Tablilla I de Carnarvon”, la “Segunda Estela de Kamose” y la “Inscripción de Amosis, hijo de Abana”⁶.

Antes de continuar, permítasenos una breve digresión para explicar el contexto dentro del cual consideramos que los textos egipcios deben ser analizados.

En primer lugar, el modo de concebir el mundo por parte de la sociedad egipcia era diferente del nuestro; pertenece al

⁵ REDFORD (1997, pág. 19) lista una serie de ejemplos del uso en Egipto del término “jefe de los países extranjeros” desde el Reino Antiguo hasta época griega.

⁶ Las inscripciones aparecen traducidas al inglés en REDFORD, 1997, págs. 13-16. Para la “Tablilla I de Carnarvon”, véase HELCK, 1975, pág. 82 y sigs.; para la “Segunda Estela de Kamose”, HABACHI, 1972 y para la “Inscripción de Amosis, hijo de Abana”, SETHE, 1906-09, págs. 1-6 y VANDERSLEYEN, 1968/71.

pensamiento denominado “mítico” o, preferentemente, “integrado”⁷. Esto significa que todos aquellos aspectos de una sociedad que nosotros separamos con facilidad —economía, política, religión— en ese tipo de pensamiento están profundamente interconectados. Más aún: en la cosmovisión egipcia, el lugar central está ocupado por el sistema de creencias.

De este modo, los textos egipcios no son textos históricos en el sentido que nosotros le damos a la “historia” y a los “hechos históricos”. Son textos que hacen referencia a mitos, a arquetipos, a creencias, a todo aquello relacionado con un “tiempo primordial” donde todo acontecimiento tuvo lugar, es decir, a *su* modo de concebir los orígenes, su historia. Eso no quita que en los textos se mencionen acontecimientos que nosotros clasificamos y utilizamos como “hechos” que sucedieron en un “tiempo histórico”, pero la *intencionalidad* de la mención de tales hechos en esos textos no se relaciona con su registro *per se*.

Hechas estas aclaraciones, pasemos a analizar esos textos mencionados. La “Tablilla I de Carnarvon”, que busca destacar la primacía, claridad de juicio y poder de decisión de Kamose (rey de la dinastía XVII tebana) frente a un consejo de nobles que trata de disuadirlo (de la situación puede inferirse que se trata de una referencia al arquetipo real); menciona la existencia de tres reinos: el egipcio propiamente dicho, reducido al Alto Egipto con centro en Tebas; el asiático, extendido sobre el Delta oriental del Nilo y que en ese momento llegaba hasta Cusa en el sur y probablemente sobre la costa de Pales-

⁷ CERVELLÓ AUTUORI, 1996, pág. 18 y sigs.

tina (Sharuhen) hacia el noreste, y el de los kushitas (nubios), con capital en Kerma. Otro documento que hace mención a esta partición tripartita del territorio es la “Estela de Tjaw de Edfu”⁸, quien señala que la frontera norte del reino tebano estaba establecida en Avaris y la sureña en Kush.

La “Segunda Estela de Kamose”, otro de los textos considerados, menciona que los tebanos interceptaron una carta dirigida por Apofis, el rey hicso, al rey de Kush, con el fin de aliarse para tomar por la fuerza el Alto Egipto. En ella también se relata el asedio y la destrucción de Avaris, que sabemos no fue llevada a cabo por Kamose –quien luchó en la frontera egipcio-hicsa en Cusa y quizás penetró en el Delta a lo largo de la rama oriental del Nilo (la mención a la victoria arrasadora de Kamose sobre el hicso también puede interpretarse como referencia al arquetipo real)– sino por Amosis, el primer rey de la dinastía XVIII⁹. De todos modos, es un documento que manifiesta la magnitud de Avaris como uno de los nodos de intercambio más importantes del Cercano Oriente Antiguo. Las menciones en la “Segunda Estela de Kamose” a “(...) los cientos de barcos de cedro nuevo llenos de oro, lapislázuli, plata, turquesa e innumerables hachas de bronce, además del aceite de moringa, incienso, grasa, miel, sauce, madera para cajas, varas y todas sus maderas de calidad todos los buenos productos del Retenu (...)”¹⁰, dan idea de los fluidos contactos establecidos por la ciudad con las más variadas regiones, entrelazadas por redes de intercambio ya

⁸ GARDINER, 1916, pág. 100; REDFORD, 1997, pág. 12.

⁹ O’CONNOR, 1997, pág. 45.

¹⁰ REDFORD, 1997, pág. 14. La traducción es nuestra.

establecidas y que mantuvieron los tebanos cuando recuperaron el Delta oriental de manos de los hicsos.

Otro de los documentos a considerar es la denominada “Inscripción de Amosis, hijo de Abana”, quien en su tumba dejó registro de aquellos acontecimientos en los que participó: la toma de Avaris y la expulsión de los hicsos más allá de Sharuhen, bajo Amosis I y Tutmosis I. Otro documento perteneciente al período del comienzo de la lucha contra Avaris, y que hace mención de ella, es la “Estela de Emheb de Edfu”¹¹.

Si bien no ya contemporáneos a los acontecimientos, algunos textos del Reino Nuevo¹² mencionan a los hicsos. La “Inscripción de Hatshepsut” ocupa un lugar preeminente: “(...) Yo he restaurado lo que fue destruido, levanté lo que primeramente fue hecho pedazos, desde que los asiáticos estaban en el medio del Delta (en) Avaris, cuando los nómadas entre ellos estaban destruyendo lo que había sido hecho. Ellos gobernaban sin Re (...)”¹³. El Papiro Sallier I, conocido como “La Historia de Apofis y Seqenenra” menciona la institución de Seth como dios tutelar de los hicsos: “(...) Enseguida el rey Apofis hizo a Seth su señor, y no sirvió a ningún otro dios en toda la tierra excepto a Seth; y construyó un templo de trabajo de calidad y duradero junto a la ‘Casa del [rey A] pofis (v.p.s.)’ y él aparecía [allí] todos los días para hacer el sacri[ficio] dia-

¹¹ REDFORD, 1997, pág. 12.

¹² REDFORD, 1997, págs. 16-19.

¹³ SETHE, 1906-1909, pág. 383 y sigs. REDFORD, 1997, pág. 17. La traducción es nuestra. De hecho, el texto no escapa a las particularidades de la cosmovisión egipcia: los hicsos como portadores del caos y Hatshepsut intentando erigirse y legitimarse como auténtico faraón, defendiendo el orden.

rio a Seth (...). La “Estela del Año 400”, erigida durante el reinado de Ramsés II, con motivo de la fundación de Pi-Ramsés –ciudad erigida por este rey en las cercanías de Tell el Dab^{ca}, hoy Qantir– es otro de los documentos a considerar. Si bien no existe unanimidad acerca del significado de su contenido, usualmente se entiende que conmemora los 400 años de la instauración del culto de Seth en el Delta oriental¹⁴.

Es importante señalar que la documentación escrita del lado hicsu es escasa –las inscripciones halladas hasta hoy son breves o se encontraron en estado muy fragmentario– con lo cual los hallazgos arqueológicos en Tell el Dab^{ca} cobran inusitada importancia.

– II –

Tell el Dab^{ca} /Avaris: estratigrafía del sitio

¿Cuáles son los aportes que brinda la excavación del sitio? Para poder arribar a algunas conclusiones se impone, en primer lugar, realizar una descripción general del mismo, siguiendo la estratigrafía establecida por la misión arqueológica que está trabajando allí¹⁵.

Veamos entonces las particularidades que presenta el sitio: Tell el Dab^{ca} /Avaris revela una estratigrafía compleja. Se

¹⁴ Pap. Sallier I, REDFORD, 1997, págs. 17-18, Estela del Año 400, VANDERSLEYEN, 1995, pág. 166.

¹⁵ Misión del Instituto Arqueológico Austríaco en Cairo y del Instituto de Egiptología de la Universidad de Viena, dirigida por M. BIETAK.

lo ha dividido en áreas y cada una de ellas posee una estratigrafía diferente debido a su localización discontinua (ver Cuadro 1 y Mapa 2).

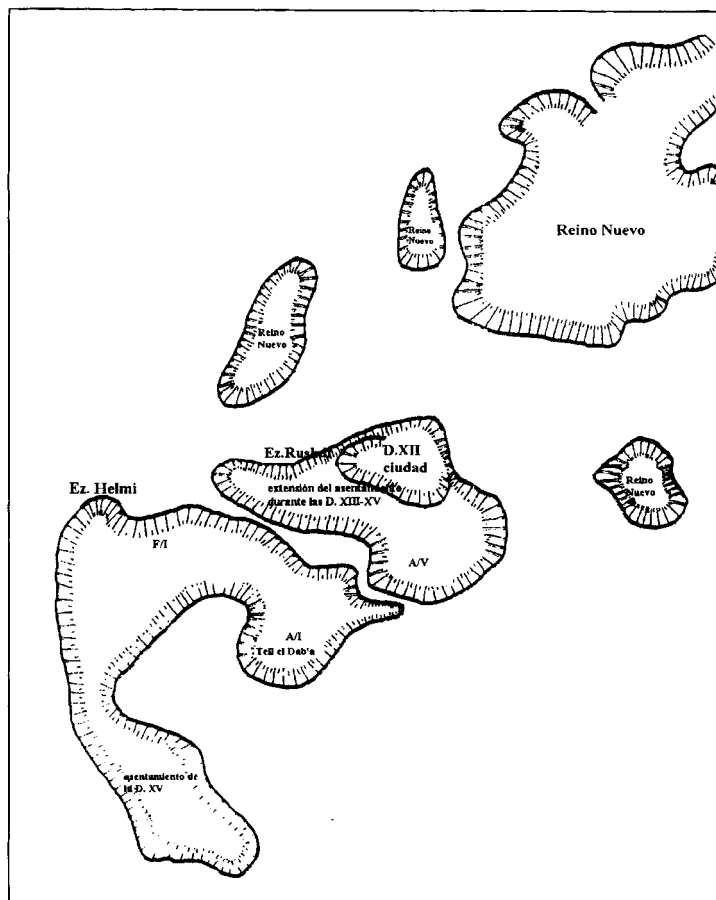
La estratigrafía general está dada para las áreas A/I-IV. Al no poder relacionar los estratos entre sí directamente, se lo hace mediante la seriación cerámica y los sutiles cambios en el uso de materiales y tipos arquitectónicos. Tampoco existen importantes niveles de destrucción que permitan la separación neta entre estratos.

a. Estratos e/ 1-3 Área F/I y 'Ezbet Rushdi

Durante la dinastía XII, y quizás como continuidad de una política iniciada en el Primer Período Intermedio, los faraones establecieron dominios (*hwt*, “dominio”)¹⁶ en el Delta oriental del Nilo con la finalidad de asegurarse el acceso a las minas de turquesa del Sinaí, defender el acceso a la ruta terrestre hacia Siria-Palestina (el “Camino de Horus”) y controlar la vía marítima hacia esa misma región. Estos dominios, localizados estratégicamente, eran habitados y administrados por egipcios.

En el caso específico de Tell el Dab^a, en el área F/I y 'Ezbet Rushdi fue fundado un asentamiento por Amenemhat

¹⁶ Normalmente se lo define como una instalación de la corona, una especie de fortaleza “tanto para proteger los productos almacenados como para asegurar el control del territorio circundante o crear los depósitos en esos puntos estratégicos”. MORENO GARCÍA, 1999, pág. 281. La traducción es nuestra.



Mapa 2
 Tell el Dab'a. Área de ocupación.
 (Según: Bietak, 1996, Fig. 2 y 1997, Fig. 4-2).



B M	a. C.	Cronología Egiptia	Centro ciudad- Reino Medio	Nuevo Centro Población RM	Ciudad oriental	Ciudad nororiental	Ciudad de la Ez. Rushdi	
			Ez. Rushdi	F / I	A / I-IV	A / V	H / I-IV	
BT I	1440	XVIII	(ADAM 1959)				HIATO	IV/1-3 C/1-3
	1470							
	1500							
BM IIC	1530							
	1560	Amosis	despojado		D/2	D/2	V	
B M II B	1590	HICSOS XV	OCUPACIÓN PERIODO HICSO	a/2	D/3	D/3	VI	
	1620	REINO DE AVARIS NEHESY		b/1	E/1	E/1	VII	
	1650			b/2	E/2	E/2		
	1680			b/3	F			
BM II A-B	1710		OCUPACIÓN DINASTÍA XIII	Epidemia	→			
B M II A	1740			hiato	G/1-3			
	1770	XIII		d/1	G/4			
	1800	So AIV		d/2 d/2a	H			
B M II A	1830	AIII	TEMPLO RENOVADO	d/2b	HIATO	↑ ESTRATIGRAFÍA GENERAL	DESOCUPADO	
	1860	SIII						
	1890	SII	CIUDAD DIN. XII					
	-?-	SI		e/1				
	1920		TEMPLO					
	1950	AI		e/2-3				
	1980	XII						
B M I	2000	XI	↑ ? ? OCUPACIÓN DIN. XI	EXPANSIÓN DEL ASENTAMIENTO →				
	2050	X	FUNDACIÓN HERACLEOPO- LITANA					

Cuadro 1
Estratigrafía del sitio. (Según: BIETAK, 1994)

I (ver Mapas 1 y 2 ; Cuadro 1, estratos e/1 y e/2-3). El dominio se llamaba –y es válido traer este punto a colación, dada la importancia que las denominaciones tenían para los egipcios– “Dominio de Amenemhat, justificado, de la *puerta de los dos caminos*”¹⁷. El término “puerta”¹⁸ indica su estatus, es decir, su función como punto de ingreso –y egreso– de personas y mercaderías; instalado en un sitio estratégico donde la rama Pelusíaca del Nilo –la más oriental– se dividía en dos ramas secundarias que desembocaban en el Mar Mediterráneo.

La funcionalidad de esta ubicación se relacionaba con su equidistancia del Mar Mediterráneo y de Menfis, lo que le permitía actuar a la vez como vía de comunicación con el Sinaí y Siria-Palestina y como línea de defensa frente al posible ingreso de nómadas del desierto, de acuerdo con las necesidades de la élite real. No se descarta que haya existido un dominio fundado con anterioridad por el rey heracleopolitano Keti durante el Primer Período Intermedio¹⁹.

Los habitantes egipcios vivían en un primer momento en casas de planta ortogonal en el área F/I, mientras construían el templo en la zona de °Ezbet Rushdi (Fig. 1). Las casas de 25 m² eran típicamente egipcias, con un vestíbulo, una sala, una cocina y una habitación. De los vestigios hallados se desprende que sus habitantes poseían ganado menor, constituido por cabras, ovejas y cerdos. Este asentamiento fue abandonado

¹⁷ El subrayado es nuestro.

¹⁸ En el Reino Nuevo se le da el significado de “aduana”. POSENER, 1947, pág. 119.

¹⁹ BIETAK, 1997, pág. 97.

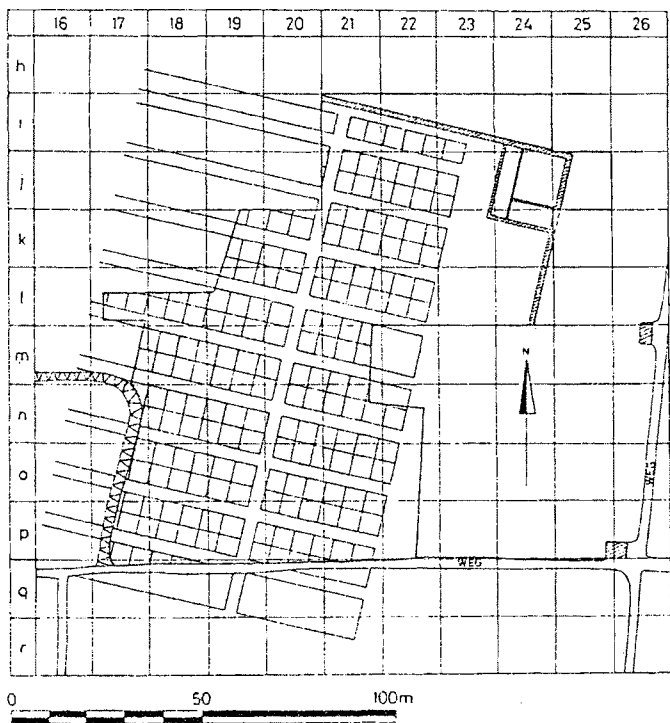


Figura 1
Plano del asentamiento egipcio de inicios de la Dinastía XII.
(En base a: BIETAK, 1997, 98).

cuando se terminó de construir el templo y sus anexos en ^cEzbet Rushdi y los habitantes se mudaron hacia ese sitio.

b. Estrato $H=d/2$ Área FI

En el estrato $H=d/2$; Área F/I la ciudad egipcia, luego de un hiato, fue cubierta por un asentamiento de asiáticos altamente egipcianizados de la cultura levantina del Bronce Medio II A, que introdujo elementos arquitectónicos asiáticos en Egipto. Estos son, principalmente, el tipo de casas con una sala en el centro (Fig. 2), que fueron halladas también en Biblos y en Mari y las construcciones con una sala amplia que tuvieron mayor preponderancia durante el Bronce Temprano asiático²⁰. Bietak se inclina por la elección de Biblos como la ciudad de origen de estos grupos de asiáticos²¹. En cuanto a la cerámica, sólo el 20% del total era de tipo levantino, el resto era egipcio. Esta cerámica, denominada “Cerámica Pintada del Levante” no era producida en Tell el Dab^a, sino probablemente importada desde Siria. De la cerámica levantina conocida como Tell el Yahudiyah sólo se encontró un fragmento en este estrato.

También, se hallaron fragmentos de una estatua perteneciente a un dignatario asiático, única en su tipo en Egipto (Fig. 3). La misma se encontraba en la capilla adosada al lado Este de una tumba que poseía una superestructura cuadrangular.

²⁰ Compárese las plantas de los edificios destinados a habitación en las Figs. 1 y 2.

²¹ BIETAK, 1984, pág. 474; BIETAK, 1996, pág. 14; HOLLADAY, 1997, pág. 209.

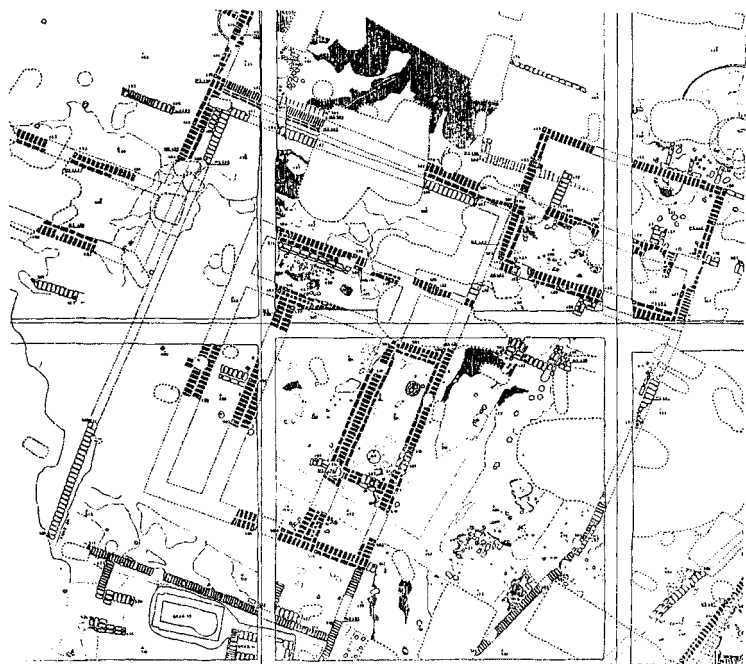


Figura 2
Plano del asentamiento asiático de fines de la Dinastía XII.
(En base a: БИТАК, 1997, 99).

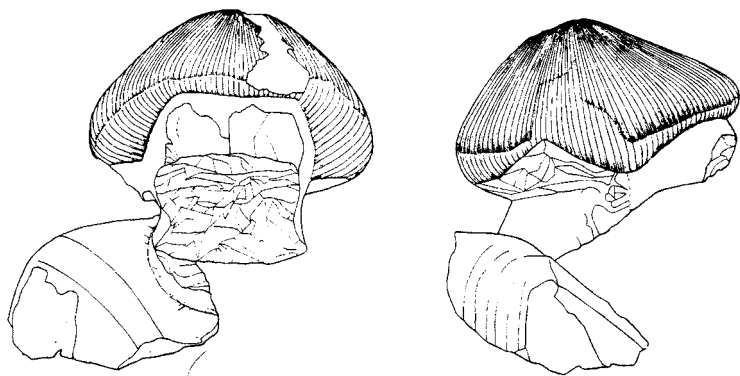


Figura 3

*Restos de la estatua del dignatario asiático. Estrato b/2 Área F/1.
(De: BIETAK, 1997, 101).*

La estatua es del doble del tamaño natural, su peinado tiene forma de hongo y sostiene una especie de *boomerang* sobre su hombro izquierdo. El color del cabello es rojo y la piel amarilla, el color tradicional que utilizaban los egipcios para representar a los asiáticos. Una composición similar a ésta se halló en la ciudad de Ebla²². El hallazgo de esta estatua ha dado pie a las más variadas interpretaciones acerca del rol desempeñado por su dueño, pero más allá de ello, demuestra el grado de jerarquización social imperante en el sitio en ese momento²³.

c. Estrato G/4=d/1; Área F/I

Contemporáneo a la dinastía XIII se halló un “palacio” que abarca el estrato G/4=d/1 del área F/I (Fig. 4). En realidad, se trata de una mansión que se fue ampliando hacia el Norte primero y al Este más tarde. El área M fue la primera en edificarse, era una sala con cuatro columnas y daba a otras dos habitaciones (A y S). Le continúa el área H, un patio con columnas con una piscina en el centro, donde aún pueden verse algunos vestigios del sistema de circulación del agua. El área T posee una gran recepción doble dispuesta en forma simétrica, con pasillos a ambos lados. El de la derecha es el principal y el de la izquierda el de los servidores. El área E consta de un pórtico con columnata que da a los jardines. Allí se ubicó la entrada en un primer momento, aunque luego fue trasladada hacia el Este, en el área V, donde se halló una recepción con

²² MATTHIAE, 1997, pág. 400.

²³ O'CONNOR, 1997, pág. 64, n. 17; BIETAK, 1996, pág. 18.

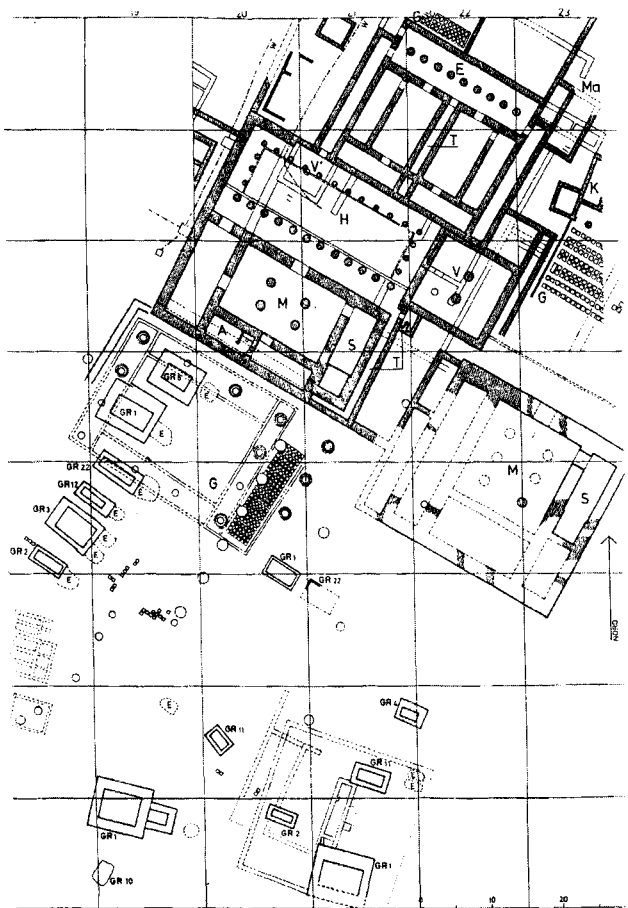


Figura 4
 “Palacio” contemporáneo de la dinastía XIII.
 (De: BIETAK, 1997, 102).

cuatro columnas. En M' vemos un nuevo edificio adyacente con una sala con seis columnas y dos habitaciones. Las áreas denominadas G corresponden a jardines. En el jardín ubicado al Sur del edificio, hay dos estratos de ocupación. En el primero, los árboles estaban dispuestos en un arreglo rectangular, con lo cual es posible pensar que se haya diseñado una piscina en el centro; en el segundo, hallamos seis tumbas de arquitectura egipcia, cada una con un árbol delante, pero la disposición de los enterramientos es asiática (la cercanía a las casas es un dato importante) con asnos en la parte delantera, dispuestos en pares.

Los paralelos más cercanos a estos enterramientos de animales fueron hallados en Tell el Ajjul (Sharuhén), en la costa sur de Palestina, la que mantuvo estrechos contactos con el reino hitita. Varias de las tumbas del palacio poseían armas del tipo sirio-palestino; el dueño de una de ellas estaba relacionado con los países extranjeros y llevaba un nombre egipcio, Sobekemhat. Es muy probable que se tratara de un asiático egipcianizado en alto grado, mientras que en otra tumba se halló un sello del "mayordomo jefe del tesoro, Aya"²⁴, que puede ser indicio de los contactos establecidos entre la casa real egipcia y el asentamiento en Tell el Dab'a.

En el ala Norte del palacio se halló un cilindro-sello de estilo sirio, pero hecho en Egipto con influencias artísticas egipcias. La decoración del cilindro-sello consiste en una imagen del dios sirio del clima Hadad/Baal, protector

²⁴ BIETAK, 1997, pág. 103.

de los navegantes (Fig. 5). Se lo representaba como una serpiente sobre un pedestal y debajo de sus pies solían aparecer barcos. La evidencia muestra el ingreso en Egipto de este dios cananeo que más tarde será asimilado a Seth.

En los jardines del palacio también se halló cerámica cretense del tipo Kamares, la primera en su tipo hallada en Egipto en contextos estratigráficos precisos; también se halló un pendiente de oro minoico. Esto demuestra la existencia de contactos con Creta y el Mediterráneo oriental en general. De la cerámica del tipo Tell el Yahudiyah sólo se encontró un fragmento en este estrato.

En un momento dado la actividad cesó en el palacio, y todo fue abandonado. Bietak sugiere como hipótesis que sus habitantes cayeron en desgracia, pero no se ha llegado aún a una conclusión satisfactoria a este respecto²⁵.

d. Estrato G/1-3=c; Áreas A/II y F/I

Sobre las ruinas del palacio, una población asiática construyó un nuevo asentamiento (estrato G/1-3=c; áreas A/II, F/I), en el que la disposición de las casas era del tipo conocido como "caracol", rodeadas por estructuras cuadrangulares.

En este momento pudo haberse dado un nuevo influjo asiático, porque el porcentaje de cerámica levantina (del tipo Tell el-Yahudiyah, Bronce Medio II A) rondaba el 40 % del total y parte de la producción era realizada en Egipto. Lo que no se sabe es si estos habitantes provenían del Norte o del Sur

²⁵ BIETAK, 1997, pág. 104.

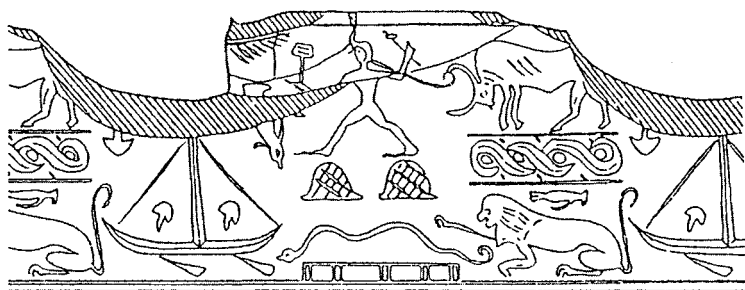


Figura 5

Impresión del cilindro-sello en que se visualiza al dios sirio del clima, hallado en la parte norte del "palacio" de inicios de la Dinastía XIII, estrato d/1. (De: BIETAK, 1996, 28).

del Levante. Los estudios de antropología física, llevados a cabo por Winkler y Wilfling, sugieren –con reservas– que la población masculina era mayormente asiática, mientras que la femenina era local²⁶. Además del intercambio, a través del cual se incrementó la relación con Chipre, otra actividad importante de los habitantes del asentamiento fue la manufactura de implementos de cobre. Se hallaron moldes, la mayoría de los cuales eran de herramientas para trabajar metales y madera. También se introdujeron nuevos animales, como la oveja lanera y probablemente el caballo. Las casas son de tipo egipcio, cada una de ellas rodeada por un patio y una medianera.

Sobre el final del período parece haber existido una crisis repentina, ya que hay enterramientos de emergencia, donde familias enteras fueron sepultadas juntas y se verificó el abandono del área A/II. Quizás una epidemia produjo esta situación. Winkler y Wilfling demostraron que la condición física de los habitantes era mala y la expectativa media de vida era baja, de 18.6 años²⁷.

e. Estratos F a E/1-3=b/1-3 y a/2; Áreas A/II y F/I

En los estratos siguientes (F a E/1) se verifica que en el área abandonada se edificó un recinto sagrado (área A/II), mientras que el área F/I (estr. b/1-3 y a/2) continuó habitada (Fig. 6).

²⁶ BIETAK, 1996, pág. 36; WINKLER - WILFLING, 1991, págs. 122-197. El mayor problema para los estudios osteológicos, reside en la escasez de material preservado en buenas condiciones.

²⁷ WINKLER-WILFLING, 1991, págs. 122-197. En cuanto al tipo de peste, los mismos autores señalan que la epidemia pudo ser peste bubónica.

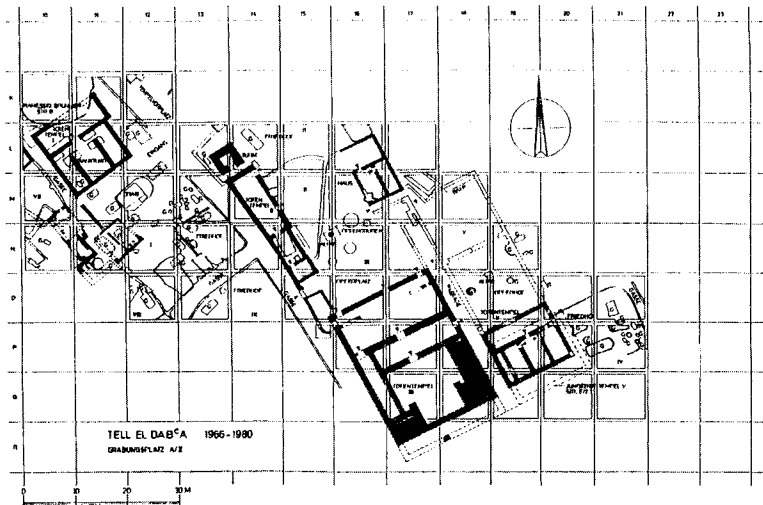


Figura 6
Plano del recinto sagrado. Templos II, III y V.
(De acuerdo a: BIETAK, 1997: 108).

El recinto sagrado era un templo de la tradición del Bronce Medio II (Templo III), uno de los más grandes en su tipo, de aproximadamente 30 m de largo. Estaba pintado de azul y quizás dedicado a un dios cósmico. Delante de él fue hallado un altar con un manojó de frutos de roble. Se hallaron hoyos conteniendo cerámica y huesos de animales carbonizados, pero no de cerdos. Es probable que los habitantes ya tuvieran algún prejuicio para ofrendar carne de este animal, prejuicio que luego se verifica en Palestina. En otros dos hoyos –frente al templo– se hallaron pares de asnos, pero esta vez no estaban asociados a enterratorios. Podrían estar relacionados con el cierre de algún trato comercial, ya que el asno era el animal de carga y transporte por excelencia.

En el estrato E/3 se verificó, en la sección oeste del templo, la erección de otro templo más pequeño (Templo II). La planta del mismo consiste en un amplia sala con dos entradas hacia el este. Estos dos templos son de características asiáticas, sin embargo, junto a ellos se erigió otro de planta egipcia (Templo V). Este conjunto cultural estaba rodeado por cementerios. Las tumbas, a su vez, estaban provistas de templos funerarios de tipo egipcio.

Cerca del Templo III, se hallaron dos jambas de puerta hechas en piedra, pero en contextos estratigráficos confusos. Ambas están escritas con el nombre del rey Nehesy (c. 1710 a.C.). Bietak arriesga la hipótesis de que el padre de Nehesy fuera un funcionario egipcio de alto rango, quien habría fundado un reino independiente en el Noreste del Delta²⁸, y que Nehesy fuera un rey de la dinastía XIV; mientras que Redford

²⁸ BIETAK, 1997, págs. 108-109.

sostiene que fue un rey perteneciente a la dinastía XV²⁹, la propiamente hicsa.

Bietak sugiere que el comienzo del período hicsa debe buscarse a partir del estrato E/2, cuando se da la gran expansión del asentamiento y los tipos cerámicos muestran un cambio significativo³⁰. A partir de ese momento, la cerámica denominada Tell el Yahudiyah fue producida localmente y exportada a Chipre y a Palestina. También, puede verificarse un proceso de estandarización (a la vez que una disminución notable en la variabilidad) del tipo cerámico, quizás debido al aumento de población que produjo, a su vez, un aumento en la demanda e implicó un cambio en la producción de los talleres³¹.

A partir de este momento el asentamiento fue llamado Avaris (*ḥwt w^crt* = dominio del distrito), capital de la dinastía de Nehesy. La dinastía descansaba sobre los habitantes asiáticos de la región. Tell el Dab^ca no era el único sitio del Delta oriental con habitantes cananeos durante la dinastía XIII, hay ocupación de este tipo en Tell el-Farasha y Tell el Maskhuta. Luego de la fundación del reino y la de una capital, la dinastía de Nehesy estableció un dios de la ciudad: Baal fue asimilado a Seth, el dios representante de “lo extranjero” por antonomasia dentro de la cosmovisión egipcia. Nehesy se hacía llamar “amado de Seth, Señor de

²⁹ REDFORD, 1997, pág. 26. Para una discusión acerca de los primeros reyes hicsos y el contexto arqueológico, véase O’CONNOR, 1997, págs. 53-56.

³⁰ BIETAK et alii, 2001, pág. 172.

³¹ BIETAK et alii, 2001, pág. 179.

Avaris". Los funcionarios eran asiáticos. En uno de los cementerios que rodean el templo principal del recinto sagrado, se halló la tumba de un funcionario con el título de "mayordomo del tesoro", llamado *Amu* ("el asiático"). Su nombre y título estaban escritos sobre un escarabajo en jeroglíficos, pero la tradición del enterramiento es asiática, ya que el cuerpo estaba en posición contracta y equipado con armas y cerámica del tipo Tell el-Yahudiya³², delante de la tumba se hallaron entre cinco y seis asnos enterrados (Fig. 7). Es la tumba más importante hallada en este estrato. Durante este período muchas de las tumbas pertenecían posiblemente a guerreros, quienes estaban equipados con una daga y un hacha de batalla. Algunos poseían un cinturón de cobre parecido a uno hallado en la tumba J3 de Jericó³³.

Es posible que el surgimiento de un Estado en la zona haya provocado este incremento de enterramientos de guerreros, ya que la propia conformación del mismo llevaría al monopolio de la coerción por parte de la nueva élite real.

f. Estratos D/3 y D/2

En los estratos siguientes, propiamente hicsos (desde el D/3 en adelante), la población aumentó considerablemente, y sobre los cementerios alrededor del recinto sagrado se construyeron casas. Todo el sitio estaba habitado y, al no haber lugar disponible para jardines y cementerios, se comenzaron

³² BIETAK, 1996, pág. 41.

³³ BIETAK, 1996, pág. 45.

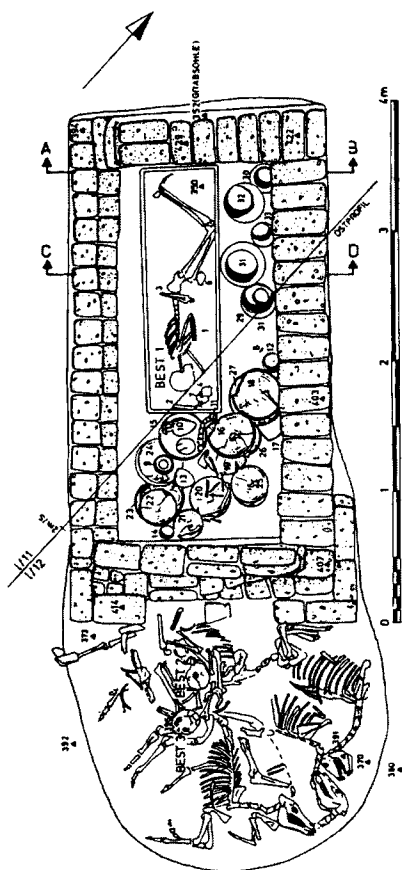


Figura 7

Tumba de un funcionario con el título de “mayordomo del tesoro”, llamado 'Amu (“el asiático”). Enterramiento con asnos.

(De acuerdo a: BIETAK, 1997, 103).

a utilizar criptas con una o dos cámaras que se diseñaban durante la construcción de las casas, debajo de ellas. Los niños no eran enterrados en tumbas sino en ánforas importadas del Levante. En algunos enterramientos hay sirvientes sepultados con sus señores, al igual que en Kush (Nubia). En el Delta esta costumbre fue rápidamente abandonada, pero prosiguió en Nubia. No se sabe si hubo influencias de un reino sobre otro a este respecto.

g. Áreas H/I-IV (°Ezbet Helmi)

En las áreas bajo la nomenclatura H (°Ezbet Helmi) se erigió, poco después del 1600 a.C., una enorme ciudadela hicsa, cuyas dimensiones cubren 50.000 metros cuadrados. Este fuerte sistema defensivo estaba relacionado con la arquitectura palatina de los hicsos, y fue erigido en un sitio hasta entonces deshabitado. Por sobre ella se levantó un palacio de la dinastía XVIII egipcia (Mapa 2). En los jardines de la ciudadela se hallaron gran cantidad de vestigios: fragmentos de columnas, de estatuas, objetos con inscripciones de los reyes hicsos, todos ellos provenientes de la ciudadela de Apofis, uno de los últimos reyes de la dinastía. Uno de los fragmentos hallados tiene grabada la siguiente frase: “(///) *Dos Señoras, el que ata los arcos, Horus de Oro, el que construye su frontera, Jefe de los Países Extranjeros* (hk3 h3s(w)t = Hicso) *Seqer-Her (///)*” (Fig. 8). A comienzos de la dinastía XVIII la ciudadela fue ocupada por las tropas egipcias luego de la caída de Avaris, quienes la utilizaron como una fortaleza que abasteció a las tropas de Amosis en sus campañas sobre los territorios



Figura 8
Jamba de puerta del Hicso Seqer-Her. (De BIETAK, 1996, 66).

del sur de Palestina incorporados a la esfera de influencia de los hicsos (Sharuhén). De este período parecen ser los frescos minoicos hallados en Tell el Dab^ca. Anteriormente habían sido datados en época hicsa, pero los últimos análisis realizados dan una datación cercana a los inicios de la dinastía XVIII. Fueron ejecutados, dada la alta calidad de los mismos, por artistas minoicos. Describen el tema de los toros y los acróbatas, de carácter ritual y palatino, representados sobre un laberinto (Fig. 9). Este tipo de escenas, luego tomadas por los micénicos, sólo se conocen para el Minoico en el palacio de Cnossos en Creta. Mucho han dado que hablar tales frescos, especialmente acerca de su aparición en Egipto. Algunas hipótesis apuntan al tema de la madre de Amosis, quien portaba un título que podría ser relativo a las islas del Mediterráneo oriental, o al hecho que probablemente haya existido un matrimonio real con una princesa minoica. Sea cual fuera el motivo, la presencia de los frescos minoicos en un edificio egipcio es un indicio muy importante acerca del carácter de los contactos establecidos entre Egipto y Creta y del rol desempeñado por sus actores.

- III -

Presentada la estratigrafía del sitio, sus particularidades y variaciones, cabe preguntarse qué conclusiones podemos extraer de semejante cantidad de datos, sumados a la información suministrada por los documentos contemporáneos a los hechos.

En relación con los datos que se desprenden del sitio arqueológico, se puede afirmar que existió un proceso de

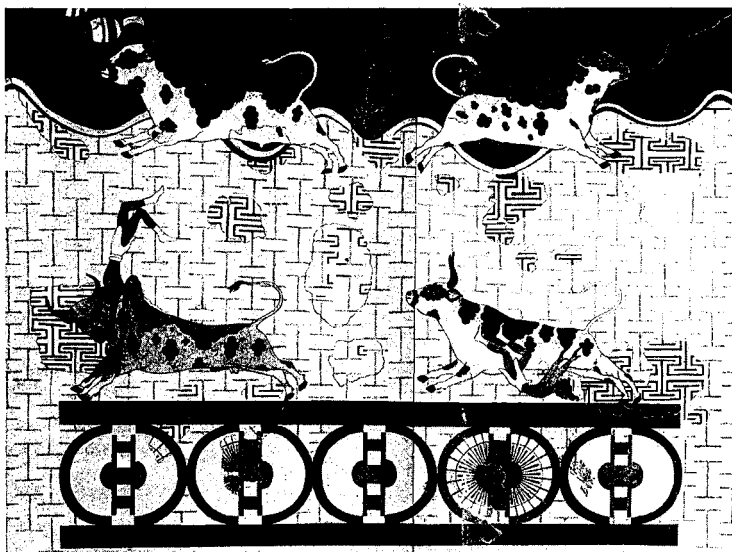


Figura 9
Reconstrucción del friso de los acróbatas sobre el toro.
Dibujo por Lyla Pinch-Brock. (De: БИТАК, 1996: Лám. IV).

aculturación, con ciertas particularidades. Se observa que en el ámbito de la arquitectura doméstica, la tradición egipcia es más fuerte: salvo el período del primer asentamiento asiático, las casas (estr. G/1-2=c áreas A/II y F/I) y los palacios (estr. G/4=d/1 área F/I) siguen los diseños arquitectónicos egipcios. También lo presentan las capillas mortuorias (estr. G/4=d/1 área F1). La escritura utilizada por los hicsos es el egipcio jeroglífico, al igual que la utilizada por los gobernantes de Biblos durante el Reino Medio³⁴.

En cambio, en el ámbito de lo religioso (templo, estr. F a E/1 área A/II) y específicamente en el de las costumbres funerarias (tumbas del “palacio”, estrato G/4=d/1 área F/I; estratos F a E/1 área A/II), la tradición es fuertemente asiática: los templos; la disposición espacial de los enterratorios –cercaños a las casas o debajo de ellas–; el uso de vasijas de cerámica importadas del Levante para la sepultura de los niños; el ajuar funerario; el entierro de animales (asnos y ovicápridos). Otros aspectos de importancia relativos a las creencias que se contemplan en los documentos contemporáneos son, por un lado, la introducción de un dios cananeo (Baal, cilindro-sello, Fig. 5) que fue asimilado al egipcio Seth; y por otro, la aceptación de este dios como dios tutelar del reino hicsio (“Seth, señor de Avaris”). ¿Qué explicación podemos darle a todas estas particularidades?

Más allá de los innumerables contactos con el exterior que el sitio demuestra, la mayor parte de esas caracterizaciones enunciadas son propias de las diásporas de comercio³⁵:

³⁴ FLAMMINI, 1998, págs. 41-61.

³⁵ CURTIN, 1996 [1984], pág. 11.

gente que se traslada desde una ciudad madre hacia otros territorios con fines comerciales; que lleva consigo sus costumbres, pero que rápidamente asimila las locales; que mantienen su lengua y religión, aunque conceden cierta amplitud en otros aspectos. En su mayoría hombres, se integran a la sociedad receptora casándose con mujeres locales. Casi todos estos aspectos pueden vislumbrarse en Tell el Dab^{ca}.

¿Pero podemos hablar de “colonias” que impliquen la movilización de personas fuera de su ámbito local con el fin de comerciar, antes de las fenicias? ¿Podemos hablar de la existencia de “mercados”?

Lamentablemente, carecemos de textos escritos locales que permitan una reconstrucción más acabada de las formas de interacción socio-económica en Tell el Dab^{ca}, pero queremos traer aquí a colación el caso paradigmático del *qarum* (lit: “puerto”) de Kanish (la actual Kultepe en Turquía), como ejemplo ilustrativo de este tipo de interacción³⁶. Hasta el momento de la aparición de las tablillas, la discusión acerca de los intercambios en el Cercano Oriente Antiguo giraba en tor-

³⁶ Cerca del 2000 a.C. un grupo de mercaderes de la ciudad asiria de Assur estableció una “colonia” fuera de las murallas de la ciudad anatólica de Kanish, constituyendo un *qarum*. Los comerciantes residentes en la ciudad madre, obtenían estaño (desde la meseta de Irán) y tejidos (en mayor medida producidos en talleres establecidos en Assur que regenteaban las esposas de los propios comerciantes, aunque también importaban tejidos de alta calidad desde Babilonia) que vendían en Kanish a cambio de plata, abundante en esa región, y oro. Algunos autores se refieren entonces a la existencia de “dinero” que a su vez reinvertían en las mismas mercancías del circuito. Las ganancias netas obtenidas rondaban el 100 % y en algunos casos llegaban a superar ese ya de por sí alto porcentaje. CURTIN, 1996 [1984], págs. 67-70; LIVERANI, 1995 [1991], págs. 288-294.

no del grado de inserción del Estado en las políticas comerciales. La ya clásica clasificación sustantivista de los modos de circulación de los bienes encastrados cada uno de ellos en distinto tipo de organización social (reciprocidad = requiere de relaciones simétricas en la organización social; redistribución = centricidad en la distribución; intercambio de mercado = requiere “mercado libre y formación de precios”)³⁷, eliminaba la posibilidad de la existencia en la antigüedad de a) mercados donde los precios de los bienes fluctuaran y b) la independencia del Estado e intención lucrativa por parte de los comerciantes. Se lo calificaba como “intercambio sin mercado”, caracterizado por una fuerte intervención del Estado allí donde se encontrara. Como tan claramente lo expusiera Godelier al comentar a Polanyi: *“El comercio no circulaba por un mercado, sino por un ‘port of trade’, siendo este comercio en general administrado por el Estado, que organizaba expediciones comerciales a larga distancia para procurarse materias primas indispensables o que confiaba esas expediciones a castas de mercaderes, que se beneficiaban de ellas no tanto en forma de una ganancia directa en dinero sobre el ‘precio’ de las mercancías como en forma de un rango social, o de una ‘renta’ por su función que le era otorgada por el rey. Desde luego, las tasas de intercambio, los ‘precios’, eran fijados por acuerdo entre los Estados y no tenían nada que ver con los precios ‘formados’ en un ‘mercado libre’ a través de las fluctuaciones de la oferta y la demanda”*³⁸.

³⁷ GODELIER, 1976 [1957], pág. 22; BERDAN, 1994 [1989], pág. 83.

³⁸ GODELIER, 1976 [1957], pág. 22.

El análisis de los datos de las tablillas de Kanish permitió conocer detalles fundamentales de los intercambios, y puso en tela de juicio la clasificación polanyiana, especialmente en lo que hace a la correlación de cada modo de integración de la economía con su contraparte social, y a la inexistencia de “mercados” en la antigüedad.

Visto de este modo, todos los elementos enunciados más arriba para el caso de Tell el Dab^{ca} pueden ser tomados como indicio del establecimiento de una colonia mercantil en el Delta oriental de Egipto a partir del asentamiento de la oleada de asiáticos que se verifica para el estrato G 1-3=c (áreas A/II y F/I), y que transformó a Tell el Dab^{ca} en una ciudad equiparable con el tiempo a Biblos, la que probablemente fuera su ciudad madre y la que, además, cumplía un rol comercial de primera magnitud conectando comercialmente el corazón de África con la lejana Asia, Chipre, Creta y el Egeo. Según Holladay³⁹, podría tratarse de la primera “colonia comercial” proto-cananea, establecida mucho tiempo antes que los fenicios hicieran su aparición en el escenario del Cercano Oriente Antiguo. De hecho, los tebanos, luego de la reunificación de Egipto y de la incorporación del Delta oriental, tomaron como base de la expansión territorial egipcia sobre Siria-Palestina aquellos territorios que los hicsos habían controlado, y las redes de intercambio que aquellos supieron mantener.

Sin embargo, consideramos necesario aclarar que la existencia de mercados, de interés lucrativo por parte de los mercaderes y de colonias no implica en absoluto la inexistencia de variados modos de circulación de bienes, de los cuales son

³⁹ HOLLADAY, 1997, pág. 209.

ejemplos ilustrativos el circuito de regalos regio y el acopio y posterior distribución de bienes todos ellos con intervención del Estado.

El desafío se encuentra entonces en la posibilidad de determinar cómo convivían todas esas modalidades en un determinado tiempo y espacio.

BIBLIOGRAFÍA

- BERDAN, F., "Trade and Markets in Precapitalists States", en PLATTNER, S. (ed.), *Economic Anthropology*, Stanford, Stanford University Press, 1994 [1989], págs. 78-107.
- BIETAK, M., *Problems of Middle Bronze Age Chronology: New Evidence from Egypt*, en *American Journal of Archaeology* 88, 1984, págs. 471-485.
- *Avaris, the Capital of the Hyksos*, Londres, British Museum, 1996.
- "The Center of Hyksos Rule: Avaris (Tell el Dab'a)", en E. OREN (ed.), *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Filadelfia, University of Pennsylvania Museum, 1997, págs. 87-139.
- BIETAK, M.; FORSTNER; MÜLLER, I.; MLINAR, C., "The beginning of the Hyksos Period at Tell el Dab'a: a subtle change in material culture", en: P. FISCHER (ed.), *Contributions to the Archaeology and History of the Bronze and Iron Ages in the Eastern Mediterranean*, Studies in Honour of Paul Åström, Viena, Österreichisches Archäologisches Institut, Sonderschriften Band 39, 2001.

- BOURRIAU, J., "Beyond Avaris: the Second Intermediate Period in Egypt outside the Eastern Delta", en E. OREN (ed.), *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Filadelfia, University of Pennsylvania Museum, 1997, págs. 159-182.
- CAMPAGNO, M., *Surgimiento del Estado en Egipto: cambios y continuidades en lo ideológico*, Colección Estudios, Nueva Serie 6, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1998.
- CERVELLÓ AUTUORI, J., *Egipto y África. Origen de la Civilización y la Monarquía Faraónicas en su Contexto Africano*, Aula Orientalis-Supplementa 13, Sabadell, AUSA, 1996.
- CURTIN, P., *Cross-cultural Trade in World History*, Cambridge, University of Cambridge, 1996 [1984].
- FLAMMINI, R., "The *ḥ3tyw*-^c from Byblos in the Early Second Millennium B.C.", *Göttinger Miszellen* 164, 1998, págs. 41-61.
- GARDINER, A. H., "The Defeat of the Hyksos by Kamose: the Carnarvon Tablet N° 1", *Journal of Egyptian Archaeology* 3, 1916, págs. 95-110.
- GODELIER, M., "Presentación", en POLANYI, K., *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos*, Barcelona, Labor, 1976 [1957].
- HABACHI, L., *The Second Stela of Kamose and His Struggle against the Hyksos Ruler and His Capital*, Glückstadt, J. J. Augustin, 1972.
- HELCK, W., *Historisch-Biographische Texte der 2. Zwischenzeit und Neue Texte der 18. Dynastie*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1975.

- HOLLADAY, J., *Cities of the Delta, Part III. Tell el Maskhuta, Preliminary Report on the Wadi Tumilat Project 1978-79*, American Research Center in Egypt, Reports 6, Malibu, Undena, 1982.
- “The Eastern Nile Delta during the Hyksos and Pre-Hyksos Periods: Toward a Systemic/Socioeconomic Understanding”, en: E. OREN (ed.), *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Filadelfia, University of Pennsylvania Museum, 1997, págs. 183-252.
- LIVERANI, M., *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad, economía*, Madrid, Crítica, 1995 [1991].
- MATTHIAE, P., “Ebla and Syria in the Middle Bronze Age”. En: E. OREN (ed.), *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Filadelfia, University of Pennsylvania Museum, 1997, págs. 379-414.
- MORENO GARCÍA, J. C., *Hwt et le milieu rural égyptien du IIIe millénaire. Economie, administration et organisation territoriale*, París, Champions, 1999.
- O’CONNOR, D., “The Hyksos Period in Egypt”, en: E. OREN (ed.), *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Filadelfia, University of Pennsylvania Museum, 1997, págs. 45-68.
- OREN, E., “The ‘Kingdom of Sharuhen’ and the Hyksos Kingdom”, en: E. OREN (ed.), *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Filadelfia, University of Pennsylvania Museum, 1997, págs. 253-283.
- POSENER, G., “Les douanes de la Méditerranée dans l’Egypte Saïte”, en *Revue de Philologie, de Littérature et d’Histoire Anciennes*; 21 (2), 1947, págs. 117-131.

- REDFORD, D., "Textual Sources for the Hyksos Period", en: E. OREN (ed.), *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Filadelfia, University of Pennsylvania Museum, 1997, págs. 1-44.
- ROWTON, M., "Factores económicos y políticos en el nomadismo antiguo", en: J. SILVA CASTILLO (comp.), *Nómadas y Pueblos Sedentarios*, México, El Colegio de México, 1982, págs. 21-33.
- SETHE, K., *Urkunden der 18. Dynastie*, vol. 4: Heft 1-6, Berlín, Akademie Verlag, 1906-1909.
- VANDERSLEYEN, C., *Les guerres d'Amosis, Fondateur de la 18e dynastie*, Bruselas, Fondation Égyptologique Reine Élisabeth, 1968/71.
- *L'Égypte et la Vallée du Nil. Tome 2: De la Fin de l'Ancien Empire à la Fin du Nouvel Empire*, París, Nouvelle Clio, 1995.
- WINKLER, E.; WILFING, H., *Tell el Dab'a VI: Anthropologische Untersuchungen an den Skelettresten der Kampagnen 1966-1969, 1975-1980, 1985 (Grabungsfeld A)*, Viena, Untersuchungen der Zweigstelle Kairo des Österreichischen Archäologischen Institutes 9, 1991.

CAPÍTULO V

LA VIDA EN EL MÁS ALLÁ: DE MASTABAS, PIRÁMIDES E HIPOGEOS

JAVIER M. PAYSÁS*

No hay duda de que los antiguos egipcios le daban mucha importancia al concepto de trascendencia: basta mirar la cantidad de templos y tumbas que nos legaron; y eso sin tener en cuenta el número de construcciones que fueron destruidas, tanto en el pasado lejano como en el reciente. Pero dediquémonos ahora al aspecto funerario: ante todo, hay que dejar en claro que los egipcios no construyeron tal cantidad de monumentos funerarios -tumbas y templos- sólo porque sentían una especie de “morbo tanatológico” como algunos autores, no egiptólogos ciertamente, aún sostienen. Los egipcios realizaron tal cantidad de construcciones funerarias porque consideraban que la vida de ultratumba era aún mejor que ésta, es decir, que la verdadera existencia recién comenzaba al abandonar la terrena. Veamos ahora la evolución de la tumba a través de la historia egipcia.

* Profesor en Historia, UBA. Profesor, Universidad Católica Argentina, Instituto Abierto y a Distancia Hernandarias.

Período Predinástico (antes del 3200 a.C.): durante esta etapa aún no estaban unidos el Valle y el Delta bajo un solo soberano y existían diversas culturas asentadas en las márgenes del Nilo y en el Delta, las que poseían una cultura material bastante similar en términos generales (Fig. 1, Mapa). Describamos ahora las características de los enterramientos de este período. Las tumbas en el Bajo Egipto eran cavadas en la arena y eran de tipo muy sencillo, generalmente, de forma circular u ovoide. El cuerpo era colocado en posición fetal directamente en contacto con la arena. Esto permitió que los líquidos del cuerpo se evaporaran y que el cadáver se fuera disecando lentamente. Al final, quedaba una cáscara seca que conservaba los rasgos del difunto e incluso hasta el cabello teñido con el color original de la "henna", que aún hoy se utiliza con ese fin. La cabeza apuntaba hacia el norte o hacia el sur, según el yacimiento, y el rostro hacia el Oeste o hacia el Este; de esta característica algunos autores¹ han inferido la posibilidad de que unos manifestaran un culto solar (rostro hacia el Oriente) y los otros uno de carácter ctónico (rostro hacia el Occidente). No emitiremos juicio sobre esto pero las posturas de los cuerpos y los rostros, seguramente, no se orientaron al azar. Junto al cuerpo se ha hallado mayor o menor cantidad de ajuar funerario: vasijas, instrumentos líticos, alguna figura femenina, peines, e incluso, en algunos casos, se encontraron restos de cestería o madera que actuaron como especie de ataúdes. Los ajuares van creciendo en cantidad y riqueza a medida que nos acercamos a la época histórica: pareciera como si la producción de bienes de

¹ VERCOUTTER, 1981, pág. 193; PADRÓ, 1996, pág. 44; ELLIS, 1992, pág. 255.

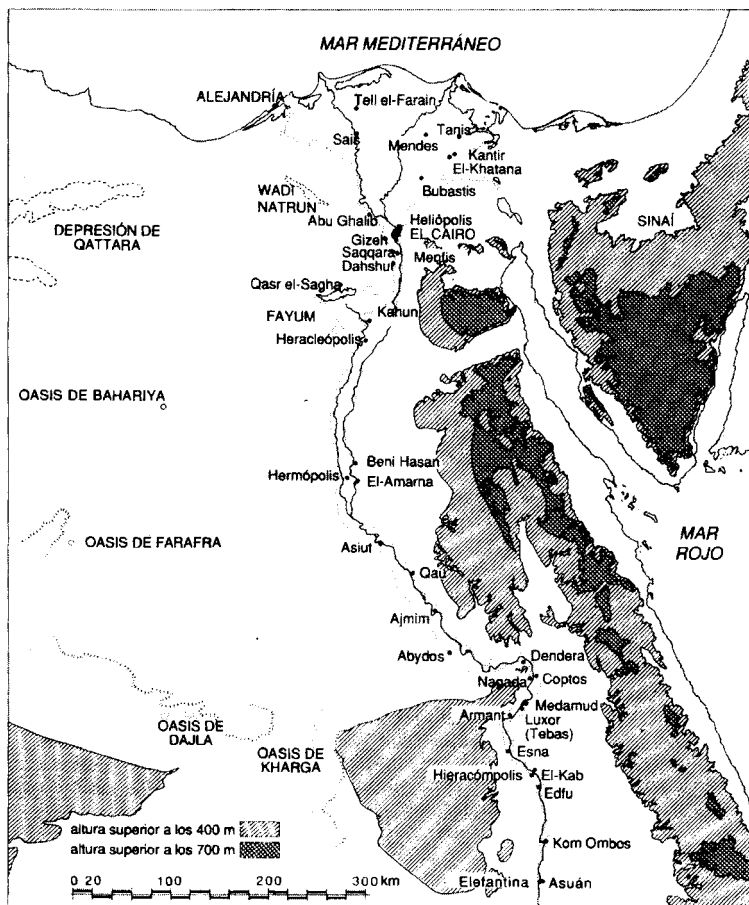


Figura 1
 Mapa del Antiguo Egipto con los principales sitios arqueológicos.
 (De: KEMP, 1996:17).

consumo y el comercio aumentasen y así se pudo destinar, cada vez, una mayor cantidad a los enterramientos. Esto posiblemente implique una mayor complejidad en los rituales funerarios los cuales, lamentablemente, desconocemos. Esta creciente acumulación de bienes que se manifiesta en una parte de los enterramientos, así como en la aparición de una arquitectura funeraria cada vez más importante, sobre todo, a partir del período de Nagada II (c. 3.400 a.C.), está señalando la formación de una élite que lentamente irá preparando la aparición de una sociedad de tipo estatal, superando las normas establecidas en una sociedad basada en las relaciones de parentesco². Hacia el 3600 a.C., con la llamada cultura de Maadi, en el Bajo Egipto, comienza a diferenciarse la zona de habitación de la de los enterramientos: antes se hallaban mezclados ambos sitios. ¿Explicaría esto un cambio en las creencias y en el ritual? Es posible. No obstante, las tumbas siguen siendo muy sencillas, lo cual, quizá indique la existencia de comunidades simples sin estratificación social pronunciada. En algunos casos se han hallado enterramientos de animales separados de los humanos (perros, ovejas, rumiantes en general e incluso algunos con ofrendas: ¿animales sagrados?).

También hacia el 3.600 a.C. aparece en el Alto Egipto la cultura ya mencionada de Nagada, que es mucho más compleja que la de Maadi y que se expandirá hacia el Norte desalojando o fundiéndose con ésta. Ya en la cultura nagadense las tumbas tienen planta rectangular, con las paredes recubiertas con ladrillos de adobe o cubiertas con esteras, o incluso con algún tipo de construcción de madera. El cuerpo se halla en

² CAMPAGNO, 1998, págs. 47-52.

posición fetal y la mayoría mira hacia el Oeste. Como ya se mencionó, se ha encontrado una gran cantidad de ajuar funerario en estas tumbas. Al contrario de la cultura maadiense, aquí aparecen como ofrendas vasijas de cerámica común, preciosos vasos de piedra, jarras pintadas, variedad de paletas, ornamentos, vasos de piedra, objetos de marfil y hueso así como cuchillos de sílex e instrumentos de cobre³. La expansión de la cultura nagadense hacia el Norte implica también una clara separación entre sitios de vivienda y de entierro y la diferenciación entre tumbas más pequeñas y otras de mayor tamaño, e incluso alguna con decoración —como la Tumba N° 100 de Hieracómpolis— que estaría indicando una estratificación social más marcada junto a un ritual funerario más elaborado, todo lo cual se acentuará en el período histórico⁴.

Antes del 3200 a.C. ya las tumbas presentan dos cámaras, una para el entierro y otra para el ajuar; poco después esta segunda cámara se convierte en varias cámaras con ajuar (vasijas, vasos, ornamentos, etc.) lo cual, está señalando los enormes almacenes que el difunto necesitará para su vida en el más allá.

Dinastía O y Dinastías I y II (c. 3200 - 2700 a.C.): se puede seguir la conformación del Estado basándose en el desarrollo de sus cementerios. El sentido simbólico de los entierros no sólo refleja las creencias predinásticas en torno a la muerte: esos entierros también son un símbolo de los medios de control económico y social, es decir, que las creencias re-

³ ALDRED, 1978, págs. 31-39.

⁴ CAMPAGNO, 1998, págs. 25-38 y 2001, págs. 14-22.

lacionadas con los muertos reflejan la organización social de los vivos⁵. Hacia el 3.200 a.C., el cementerio de Abidos (al Sur de Egipto) presencia la aparición de la realeza⁶. En este sitio, las tumbas son de gran tamaño (9m por 7,30m), rectangulares, construidas con ladrillos, donde aparece la cámara sepulcral ligada a nueve cámaras que presentarían un modelo de la arquitectura de palacio. En la cámara funeraria había una especie de tabernáculo o capilla de madera que contendría el cuerpo del rey. En las cámaras adyacentes se encontraron gran cantidad de recipientes de cerámica importados de Palestina, los cuales tienen etiquetas, que muestran ya un importante desarrollo en el plano administrativo. Esas mismas cámaras muestran también una creencia funeraria firme por la presencia de las ranuras que comunican las cámaras entre sí simbolizando puertas⁷. Junto a las tumbas de estos monarcas, se hallaron gran cantidad de enterramientos secundarios, tanto de hombres como de mujeres, que acompañarían al rey al más allá para servirlo. Esta “hecatombe” funeraria de personas continuó existiendo en África hasta el siglo XIX (por ejemplo con los reyes y reinas *zulúes* y los *ashantis*, que hace unos pocos siglos migraron hacia el Oeste del continente africano pero antes vivían en el Sudán, antigua Nubia, donde estas costumbres continuaron mucho después del declive egipcio)⁸. Esta

⁵ BARD, 1992, Conclusión.

⁶ SCHULZ et alii, 1997, págs. 23-32; CERVELLÓ AUTUORI, 1996, pág. 108; CAMPAGNO, 1998, págs. 102-105.

⁷ SEIDLMEYER, 1997, pág. 27.

⁸ CERVELLÓ AUTUORI, 1996, págs. 158-159 y 2001, pág. 37; BUDGE, 1911, I, pág. 225.

tradición de acompañar al rey en su viaje eterno, se manifestó posteriormente en las mastabas de los nobles que se hallaban cerca de las pirámides regias: pero en este último caso, los nobles eran enterrados cuando les llegaba el momento y no antes. La costumbre de la “hecatombe” humana fue abandonada a fines de la Dinastía I (c. 2900 a.C.) y reemplazada por las imágenes de las personas en las tumbas (Dinastía III, c. 2700 a.C.) y más tarde (Dinastía VI, c. 2350 a.C.) por unas pequeñas figuritas de cerámica llamadas “ushebtis” o “shabtis” que quiere decir “respondientes”, los cuales acudían “mágicamente” al llamado de su señor en el más allá⁹.

Desde las excavaciones de Amélineau, Petrie, Naville y Peet, realizadas entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, se creyó que estas tumbas de Abidos eran las de los reyes de las Dinastías I y II. Pero a partir de la década de 1930, los hallazgos de Emery en Saqqara (norte de Egipto) sacaron a luz enormes tumbas donde aparecieron los nombres de los reyes de estas dos dinastías: a partir de ese momento se ha planteado la discusión entre los especialistas sobre cuáles fueron las tumbas y cuáles los cenotafios (tumbas simbólicas): Abidos o Saqqara (en realidad no importa discutir aquí si aquellas son las tumbas verdaderas y las de Saqqara las tumbas simbólicas o sean éstas las verdaderas tumbas solares del Norte y aquellas las osirianas –y simbólicas– del Sur)¹⁰. Las tumbas de Saqqara son más grandes que las de Abidos (por ejemplo, 50m por 25m la del rey Udimu; Fig. 2A). En algunas de estas tumbas, denominadas

⁹ CERVELLÓ AUTUORI, 1996, pág. 159; BUDGE, 1911, I, págs. 214-216.

¹⁰ CERVELLÓ AUTUORI, 1996, págs. 216-236; EMERY, 1972, págs. 38-104.

“mastabas” por Auguste Mariette en el siglo XIX, ya se empieza a utilizar la piedra para la cámara funeraria, lo que está indicando el comienzo de lo que en el futuro se hará extensivo a todo el monumento. El nombre árabe “mastaba” que le fue dado a estas construcciones rectangulares, y más tarde trapezoidales, se debió al enorme parecido que tenían con los bancos que existían fuera de las casas de los árabes, donde éstos se sentaban a conversar con los vecinos. Estas enormes tumbas tenían una gran cantidad de almacenes, así como un muro exterior de entrantes y salientes (la denominada “fachada de palacio”) y otro muro, adosado a éste, y más bajo, con cabezas de vacunos con cuernos (las cabezas fueron modeladas en arcilla; los cuernos eran reales). Gracias a que estaban enterrados, los muros conservaron no sólo la forma sino también parte de los colores originales. La cámara funeraria se hallaba en el centro de la construcción, por debajo de la superestructura, y se accedía al principio por un pozo directo y, más tarde, por un pasadizo (Figs. 2A y 2B) que nacía a una cierta distancia de alguno de los costados, fuera de la construcción, y que luego era cegado con escombros y bloques de piedra; lamentablemente, tanto en Abidos como en Saqqara, no se han hallado los cuerpos de los monarcas pues dichos monumentos fueron saqueados e incendiados a fines de la Dinastía II (sólo se ha hallado en Abidos un brazo vendado y con joyas que tienen el nombre del rey Dyer). Sobre la cámara funeraria había un montículo, que recordaba a la Colina Primordial desde la cual el dios demiurgo había creado al mundo. Más tarde, este túmulo se convirtió en una superestructura escalonada, por la cual el rey ascendía al cielo: esta idea se

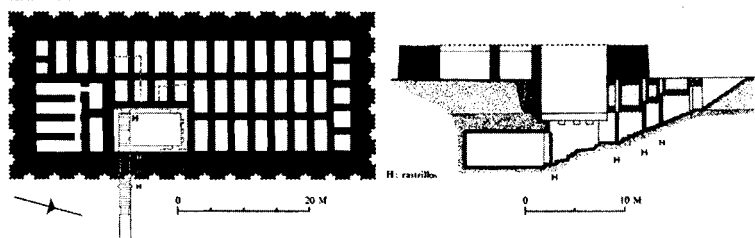


Figura 2A
 Saqqara. Tumba con salientes del Horus Udimu. Planta y corte transversal del descenso y la cámara funeraria.
 (De: LECLANT, 1978: 303).

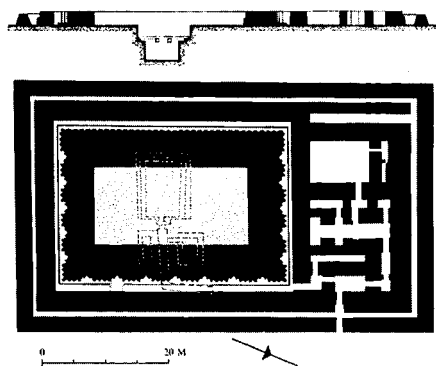


Figura 2B
 Saqqara. Tumba con salientes del Horus Ka y su templo funerario del norte: planta y corte longitudinal.
 (De: LECLANT, 1978: 303).

materializó de manera monumental en la pirámide escalonada del rey Dyoser¹¹. En algunas de estas tumbas de las primeras dinastías, aparecen pequeñas construcciones adosadas a la cara norte del edificio: en algún caso se halló la base de una estatua del rey, por lo cual, este sería el sitio en el cual se le harían las ofrendas; esta pequeña cámara se convertirá, más adelante, en los grandes templos funerarios adosados a las pirámides.

Reino Antiguo (Dinastías III a VI, c. 2700 - 2200 a.C.): anteriormente se consideraba que con Narmer-Menes (o Aha) se habían unificado las dos regiones geográficas de Egipto: el Delta y el Valle; el Norte y el Sur. Ahora sabemos, precisamente, por los registros que dejaron los reyes de las dos primeras dinastías que no todo estaba solucionado; conflictos religiosos así como la destrucción e incendio de las tumbas reales durante la misma época nos muestran que aún no había una paz definitiva. Estas dos primeras dinastías comprendieron el tiempo necesario para que el Norte y el Sur se unieran firmemente bajo el mando de un rey; el ejemplo más claro de este logro es, precisamente, el complejo funerario del rey Dyoser. Este complejo funerario, obra de Imhotep, medía 540m de largo por 278m de ancho y es la primera construcción de un complejo funerario de un monarca, hecho enteramente en piedra. En la Fig. 3, vemos distintos ángulos de este complejo. En la parte superior y a la izquierda, se ve una vista axonométrica donde se aprecian los seis niveles originales; en realidad, Imhotep desarrolló una idea que ya había aparecido

¹¹ GIEDION, 1981, pág. 328.

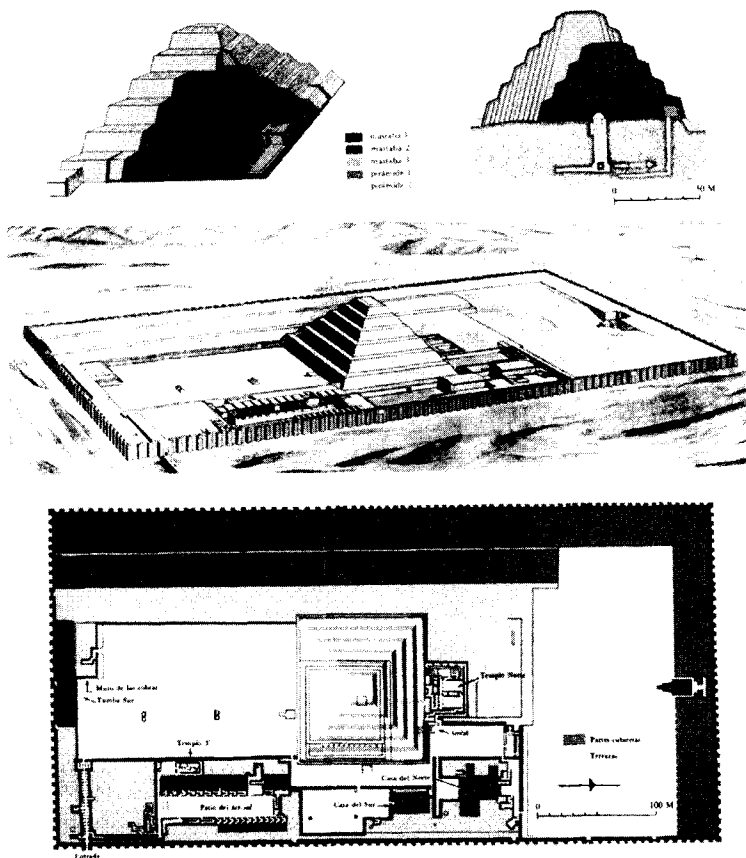


Figura 3

Superior: visión axonométrica y corte transversal este-oeste de la pirámide escalonada de Dyoser. Medio: reconstrucción del complejo funerario. Inferior: planta general del complejo. (De: LECLANT, 1978: 305).

en algunas tumbas anteriores: la superposición de niveles sobre la tumba original. Pero él llevó esta idea a su máxima expresión y, además, todo realizado en piedra. En realidad, la construcción de Dyoser es una falsa pirámide, pues la cámara funeraria se halla debajo del monumento (no dentro del mismo) y es una superposición de mastabas, como se aprecia en la imagen superior derecha de la Fig. 3. En el centro de esta figura, se visualiza una reconstrucción de cómo pudo haber sido originalmente. En la imagen inferior, se puede ver un detalle de los distintos sectores de este complejo: el recinto estaba totalmente amurallado con una pared de entrantes y salientes de casi 10m de alto, como los de las primeras tumbas de los reyes de Saqqara (este recinto funerario pétreo tiene un antecedente en el palacio funerario "Shunet el-Zebib", hecho con ladrillos de adobe en Abidos y que perteneció al rey Jasejemui de la Dinastía II)¹². Luego se accedía a un gran espacio abierto, que presenta dos construcciones en forma de "b" larga mayúscula, un patio del heb-sed (ya hablaremos de esto), una serie de edificios figurados conocidos como la "Casa de Sur" y la "Casa del Norte" (representaciones simbólicas de los edificios administrativos que dirigían las dos regiones geográficas en el palacio del rey), un *serdab* (cámara cerrada adosada a la cara Norte de la pirámide, en árabe lit. "sótano") donde se hallaba la estatua del "ka" del rey y donde se le hacían los rituales diarios de ofrendas; un "Templo Norte" y un "Templo T" cuya función se desconoce; y una Tumba Sur que representaría el dominio mágico del rey en el más allá. Uno de los tantos hechos intrigantes que despertó la curiosi-

¹² KEMP, 1996, págs. 73-75.

dad de Jean-Philippe Lauer, el arquitecto y arqueólogo, que dirigió la excavación y restauración de este sitio durante los últimos sesenta años, fue que la mayoría de las cámaras y las puertas estaban esbozadas, es decir, no eran reales: la pregunta que se formuló Lauer fue ¿para qué semejante edificio de piedra si todo parecía falso, no para ser utilizado por los humanos? La respuesta entonces debería buscarse en lo simbólico: toda la construcción de Dyoser fue hecha para que su “ka” continuara gobernando Egipto mágicamente y repitiera todos los rituales necesarios para su supervivencia. Aquí aparece uno de los aspectos más importantes de por qué los egipcios construían de tal manera sus tumbas: para la supervivencia del “ka”. Para los antiguos egipcios, la persona tenía tres componentes espirituales que lo acompañaban durante toda su vida terrena: el “aj”, el “ka” y el “ba”. Cuando la persona moría, el “aj” o especie de esencia divina abandonaba al difunto y volví con los dioses en las Estrellas Imperecederas; el “ka”, representado con dos brazos alzados, era considerado como “doble” o “fuerza vital” de la persona y a su muerte habitaba en la estatua del difunto que se colocaba en el “serdab” y a la cual se le hacían las ofrendas de bebida y comida diarias: por esto, la tumba era llamada “casa del ka”. Era este espíritu el que salía a través de la “estela falsa puerta” –una puerta representada simbólicamente pero que en realidad no tenía ninguna apertura– para alimentarse con las ofrendas. Al “alimentarse” el “ka” también se “nutría” mágicamente el cuerpo físico del difunto que se hallaba embalsamado en la cámara funeraria. Precisamente, la momificación tiene una de sus justificaciones en que el “ka” debía reconocer “su cuerpo físico” mo-

mificado, para que ambos pudiesen vivir eternamente. Al tercer espíritu, el “ba”, se lo representaba con cuerpo de ave y con la cabeza del difunto: se traduce erróneamente este término como “alma”, pero es sólo una aproximación grosera al verdadero concepto egipcio, por otra parte difícil de definir. Este espíritu viajaba en la barca de Re y tenía la función de recordar el nombre del difunto al dios solar, logrando así su memoria eterna al igual que en el caso del “ka”, el cuerpo físico debía ser conservado para que éste lo reconociera. Durante la Dinastía V incluso se colocaron en las tumbas las llamadas “cabezas de reserva”, que representaban al muerto y que, se supone, debían ayudar a que estos espíritus lo reconocieran y le aseguraran así la vida eterna¹³.

Hablemos ahora de una festividad sacra que sólo habíamos mencionado anteriormente: el “heb-sed”. Se trataba de un ritual que debían realizar los monarcas cada 30 años (aunque a veces se realizó antes de ese momento), en el cual debían demostrar que aún tenían fuerzas para seguir gobernando a través de una carrera que se hacía en el templo de una divinidad. A menudo se fundaba un nuevo templo para dedicarlo a esta festividad. En otras ocasiones se construía un “Patio de los Festivales” dentro del recinto de un santuario ya existente. El dios en cuyo templo se celebraba el festival, era por este motivo proclamado la deidad de quien el rey esperaba más¹⁴. Al mismo tiempo, y por efecto del mismo ritual,

¹³ RUNDLE CLARK, 1978, págs. 231-234; SPENCER, 1984, págs. 58-60; ANDREWS, 1990, págs. 5-6.

¹⁴ FRANKFORT, 1983, pág. 104; CAMPAGNO, 2001, págs. 20-22.

renovaba las fuerzas vitales para seguir gobernando, era un renacer con nuevas fuerzas. Se cree que el gran patio al Sur de la pirámide de Dyoser era utilizado por su “ka” para realizar dicha carrera. Al igual que el patio del heb-sed y la Casa del Sur y la del Norte y las demás dependencias, todas ellas garantizaban “mágicamente” que el “ka” del faraón continuara alimentándose y cumpliera con los rituales, contribuyendo a mantener “Maat”, el orden cósmico en Egipto, junto con el “ka” del faraón reinante.

El complejo funerario de Dyoser es el primero de los grandes complejos funerarios del Reino Antiguo hecho en piedra (el primero conocido es el ya mencionado del rey Jasejemui, de la Dinastía II, pero hecho en adobe¹⁵), los cuales llegarán a su máximo esplendor con las grandes pirámides de Guiza: las de los reyes Keops, Kefrén y Micerino. Los sucesores de Dyoser, de la Dinastía III, no pudieron terminar sus complejos piramidales pero lo que quedó de ellos demuestra un avance cada vez mayor en las técnicas y en el uso de materiales, lo cual, está anunciando las futuras pirámides de la Dinastía IV. El único ejemplo a medio terminar es el de la pirámide romboidal de Meidum que correspondería al rey Huni, último de esta dinastía y que quizás haya sido terminada por Snefru, su sucesor y primer faraón de la Dinastía IV.

Se supone que este faraón construyó con seguridad dos pirámides en Dahshur (las llamadas “inclinada” y “roja”) y la romboidal de Meidum, aunque algunos creen, como ya señalamos, que esta última fue empezada por el rey Huni y terminada por Snefru; de cualquier modo, esta pirámide se derrum-

¹⁵ KEMP, 1996, págs. 69-75.

bó. A continuación, construyó al sur de Dahshur una pirámide de que tiene dos ángulos de inclinación y que presenta grietas y fallas en su estructura y es conocida como la “pirámide inclinada”: por este motivo, se inició la construcción de otra pirámide en Dahshur Norte y por el color de su piedra recibió el nombre de “pirámide roja”. Esta construcción tiene 220m de lado y 105m de alto y ya preanuncia la de su hijo Keops. El paso de la pirámide escalonada a la pirámide perfecta se dio aquí con Snefru.

Pero, ¿por qué pirámides? Veamos brevemente algunos elementos del simbolismo piramidal. Para Lauer, la pirámide no se debe considerar en forma aislada sino dentro del conjunto funerario que la rodea y complementa: existe un culto funerario que asegura la eternidad del cuerpo del rey pero que también se utiliza para los rituales diarios¹⁶. Estos templos estaban dedicados al rey muerto, el cual, es objeto de culto. En los relieves de los templos funerarios de varios de estos monarcas (por ejemplo en Abusir y Saqqara) el rey aparece en pie de igualdad con dioses y diosas, los cuales le dan el signo de la vida o el abrazo e incluso, en el templo del rey Sahure, ya aparece una diosa amamantando al faraón, imagen que será repetida largamente en el futuro. No debemos olvidar que también en este mundo el monarca se hallaba rodeado de divinidades pues él mismo, ya en vida, era un dios. Al morir se convertía en Osiris, rey del mundo subterráneo, del más allá.

La pirámide es un símbolo solar, pues representa los rayos materializados del sol; pero al mismo tiempo es la unión

¹⁶ LAUER, 1948, pág. 93.

de las tres esferas cósmicas: el mundo subterráneo, el plano terrestre y el mundo celeste. Al tener la cámara funeraria subterránea el difunto vive en el mundo de Osiris. Pero, además, la pirámide es una escalera al cielo, un medio de ascensión al plano celeste, para llegar hasta Re y también hasta las Estrellas Imperecederas y convertirse en una de ellas. Tampoco debemos olvidar el simbolismo de la Colina Primordial, desde la cual, el dios demiurgo Atum creó el mundo y todo lo que vive en él. El centro de culto solar más importante era la ciudad sagrada de Heliópolis, donde se adoraba un pequeño piramidión que representaba a la Colina Primordial. Como vemos, el simbolismo de la pirámide es múltiple.

Cuando comenzamos a hablar de las tumbas de los reyes de las primeras dos dinastías, mencionamos que a ese tipo de monumento funerario se le dio el nombre de “mastabas” (banco). Fue utilizado tanto por los monarcas como por las reinas y los nobles más importantes del reino, aunque con diferencias de tamaño y con altares adosados a su cara Norte, lo cual marcaba la diferencia entre el rey y sus súbditos. A partir de Dyoser, la pirámide quedó como el monumento funerario regio por excelencia, en tanto que las “mastabas” continuaron siendo las tumbas de los nobles y de sus familias. Poseían una superestructura con varias cámaras: cuanta más riqueza e importancia tenía su dueño, mayor tamaño y cantidad de cámaras; en la Fig. 4A se puede ver la planta de la “mastaba” del noble Mereruka, de la Dinastía VI (c. 2350 - 2180 a.C.), la más grande de la necrópolis de Saqqara. Estas construcciones medían un promedio de 20m de ancho por más de 50m de largo. En la Fig. 4B podemos apreciar la planta y el corte

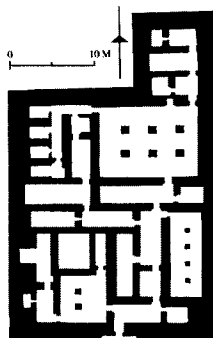


Figura 4A
Saqqara. Planta de la mastaba de Mereruka. Dinastía VI.
(De: LECLANT, 1978: 313).

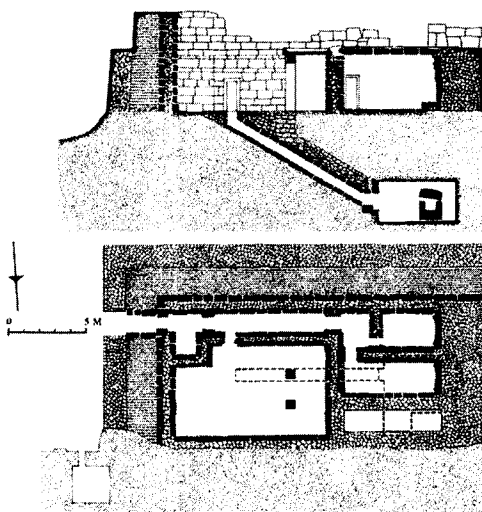


Figura 4B
Saqqara. Mastaba de Mehu: planta y corte longitudinal del
descenso y la cámara funeraria.
(De: LECLANT, 1978:313).

transversal de la “mastaba” del noble Mehu, también de la Dinastía VI, donde se puede ver el pasaje descendente que conduce a la cámara funeraria. También tenían un *serdab* donde se hallaba la estatua del “ka” del difunto, una “estela falsa puerta”, una mesa de ofrendas en el exterior del *serdab* —que se comunicaba con éste a través de una ranura o de dos orificios a la altura de los ojos de la estatua del “ka”— donde se realizaban las ofrendas diarias; una variable cantidad de almacenes y cámaras, dependiendo de la importancia y riqueza del propietario y, finalmente, la cámara funeraria subterránea a la cual se accedía por un pozo vertical o inclinado que partía de una de las salas superiores de la “mastaba”. Algunas de estas tumbas eran copias idénticas de las viviendas de sus dueños y así se las llamaba (“imagen de la casa”), pues eso eran, viviendas para la eternidad y contenían los cuerpos del grupo familiar en cámaras funerarias distintas. Alrededor de las pirámides, se crearon verdaderas necrópolis, ciudades de los muertos, pues, los nobles deseaban vivir eternamente cerca de su rey y así servirlo y compartir una feliz eternidad junto a él. A partir de la Dinastía IV, los nobles construyeron sus “mastabas” cerca de la pirámide de su rey, con el expreso permiso del soberano.

A partir de Snefru (Dinastía IV), aparece el clásico complejo funerario que perdurará durante el Reino Antiguo: un Templo Bajo junto al Nilo, donde supuestamente se realizaban los rituales de conservación del cuerpo del monarca, y una calzada cubierta, plena de inscripciones y relieves que mostraban al difunto faraón triunfando sobre sus enemigos, abrazado por los dioses o amamantado por una diosa celeste.

Esta calzada concluía en el Templo Alto o funerario, donde se hallaban las estatuas del faraón y donde se realizaban el culto y las ofrendas diarias (Fig. 5A).

Luego de Snefru, su hijo Keops llevó la construcción de las pirámides a su grado más alto; la Gran Pirámide de Guiza, con sus 233m de lado y sus 147m de alto y la casi exacta orientación de sus caras hacia los cuatro puntos cardinales, señalan sin duda la perfección de este tipo de monumentos. Dentro ya de la pirámide existen, por lo menos, otros tres elementos que muestran el altísimo nivel al cual habían llegado los egipcios en el aspecto constructivo, ante todo, la Gran Galería que conduce a la sala del sarcófago y que mide casi 48m de largo por 9,50 m de alto. Las hiladas de piedra, a medida que van subiendo, se acercan cada vez más hacia el centro, solucionando de ese modo el problema de la presión de los bloques que están por encima de la galería. Esto prueba la genialidad de esta civilización que logró solucionar un problema constructivo importante cuando aún no conocía la bóveda. El segundo elemento que sorprende y que fue descubierto casi por casualidad, fueron las cinco cámaras de descarga que se hallan encima de la cámara del rey; estos espacios vacíos han evitado que el gigantesco peso que se halla por encima de ellos, rompiera los enormes bloques de granito que sirven de techo a la cámara del rey. La cámara más alta presenta, incluso, el techo a dos aguas, lo cual mejora aún más la descarga de los miles de toneladas que están por encima. El tercer elemento interno que destacaremos aquí, nos muestra la precisión constructiva y nos brinda indicios del uso que hacían los egipcios de la astronomía. Los

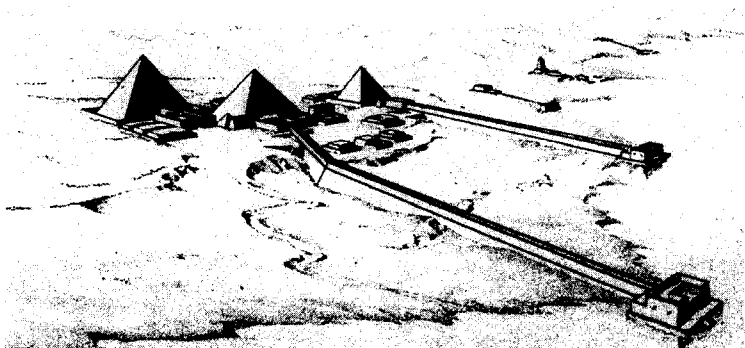


Figura 5A
Abusir. Reconstrucción general de los complejos funerarios.
Dinastía V. (De: LECLANT, 1978: 310)

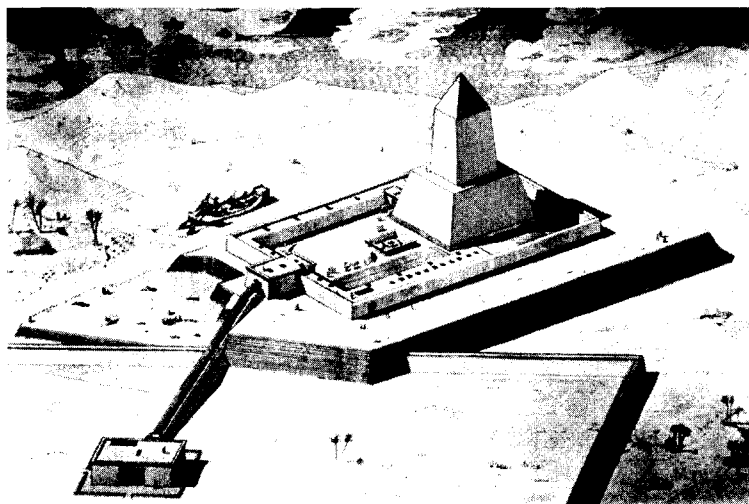


Figura 5B
Reconstrucción del templo solar de Niuserre. Dinastía V.
(De: LECLANT, 1978: 316).

llamados “conductos de ventilación”, que salen de la cámara del rey y “de la reina”, fueron perfectamente orientados hacia las estrellas más importantes para los egipcios: el cinturón de Orión y la estrella Sirio (*Sotis* en griego, *Sopdet* en egipcio) por un lado, y hacia la constelación de la Osa Mayor por el otro. Esto indicaría que los constructores de la Gran Pirámide utilizaron las estrellas para orientar el monumento.

Lo que se ve claramente es que desde la pirámide escalonada de Dyoser, pasando por los intentos de sus sucesores, y llegando a Snefru —que incluso en su pirámide roja realizó una Galería— la evolución en la técnica constructiva piramidal no deja lugar a dudas: el camino que llevó a la Gran Pirámide es claro, aunque nos falten todavía, y esto hay que reconocerlo, algunas piezas del rompecabezas. En las distintas pirámides e intentos de pirámide se manifiestan aciertos y fracasos, hay fracturas de bloques externos e internos, desprendimientos de placas de recubrimiento e incluso derrumbes del monumento, como en la pirámide romboidal de Snefru en Meidum. En la Fig. 6 se puede apreciar el desarrollo de las distintas pirámides a partir de sus cortes transversales, donde se ve con claridad, la evolución en tamaño y forma de las pirámides desde el monumento de Dyoser en adelante.

La frase “Egipto construyó las pirámides y las pirámides construyeron a Egipto” es realmente cierta. La construcción en sí misma y la cantidad de personas necesarias para hacerlas plantearon grandes problemas a los que dirigían las obras: miles de trabajadores egipcios que había que abastecer con pan, pescado, carne, cerveza, aceite para quemaduras y lugares donde descansar. Todo ello implicó un verdadero prodigio

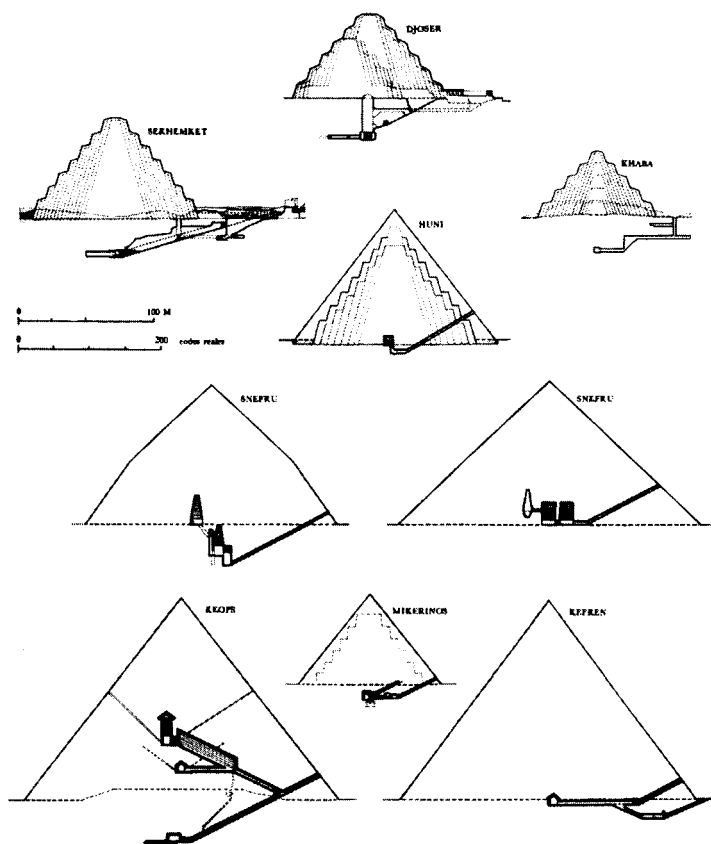


Figura 6

Esquemas comparativos de las pirámides escalonadas de Dyoser y Sejemjet en Saqqara, de Kaba en Zawiyet el Aryan, de Huni en Meidum, todas de la Dinastía III; y de las dos pirámides de Snefru en Dahshur y las de Keops, Kefrén y Micerino en Guiza, de la Dinastía IV. (De: LECLANT, 1978: 309).

en cuanto administración de mano de obra y recursos, tan admirable como la construcción en sí misma. Es más, desde hace unos diez años, Zahi Hawass y Mark Lehner, dos especialistas en el tema de las pirámides, han venido excavando la meseta de Guiza y han hallado las panaderías, los lugares de descanso y, esto es más que significativo, las tumbas de estos trabajadores a los cuales se les dio el privilegio de ser enterrados muy cerca de la Gran Pirámide. Incluso, el estudio de los huesos de estos hombres demostró que habían realizado en vida esfuerzos enormes, con las consiguientes desviaciones de columna; también se detectó el correcto tratamiento de las amputaciones, a tal punto, que las personas vivieron varios años después del accidente.

El culto llevado a cabo en estos complejos funerarios era sostenido por los dominios que los reyes establecían a tal efecto. Los mismos aportaban ganado y granos para las ofrendas diarias, producto de sus propias tierras administradas por el clero local. Todo ello contribuía a la idea del sostenimiento de Maat; desde el más allá, el rey seguía viviendo junto a sus súbditos, reinando como Osiris.

Durante la Dinastía V, las pirámides decayeron en cuanto a técnica constructiva. Exteriormente, las pirámides de esta dinastía sólo son un montón de ruinas, aunque sus cámaras interiores se han mantenido debido a que fueron construidas con piedra. En esta época la solarización de los soberanos egipcios llega a su punto máximo y adoptan el título de “Hijo de Re”. Aparecen los templos solares como el de Niuserre (Fig. 5B) el cual tiene como elemento principal un obelisco pequeño o ben-ben, que simboliza la Colina Primordial. Es-

tos templos solares pasaron a ser el centro de culto más importante, las donaciones piadosas se remitían a estos templos y lo que quedaba se enviaba a los templos funerarios de los complejos piramidales. Los reyes de este período consideraban más importante el culto solar, como forma de asegurar Maat y su propia eternidad. Esto no debe extrañarnos, pues, esta dinastía era originaria de Heliópolis y el clero solar tuvo sobre ella una gran influencia¹⁷.

A fines de la Dinastía V o comienzos de la VI, la técnica constructiva sigue declinando pero aparece algo verdaderamente extraordinario en las cámaras interiores de las pirámides reales, comenzando por la del rey Unas: las paredes se inscriben con miles de textos mágico-religiosos conocidos como los Textos de las Pirámides. Estos textos son el corpus religioso más antiguo que se conoce. Son un conjunto de encantamientos y fórmulas que aseguran el descanso eterno del faraón y su transformación en una deidad; en estos textos aparecen invocaciones a Osiris (religión ctónica), a Re (concepción solar) y a las Estrellas Imperecederas (religión estelar) y ninguna se contradice: el rey puede vivir al mismo tiempo y eternamente en el mundo subterráneo de Osiris, en los Campos de Re o convertirse en una Estrella Imperecedera. Incluso el faraón puede ascender a los cielos bajo diversas formas: halcón de oro, nube de langostas, columna de fuego y, por supuesto, por la escalera que es la pirámide¹⁸. Estos textos son además importantes porque tienen referencias a cuestiones rituales y a creencias anteriores al período histórico, por

¹⁷ CERVELLÓ AUTUORI, 1996, pág. 238.

¹⁸ PAYSÁS, 1978, págs. 47-51.

ejemplo, a ciertas costumbres funerarias predinásticas o incluso al llamado “Himno Canibal” en el cual se relata que cuando un monarca ya no podía seguir gobernando porque le fallaban sus fuerzas, debía ser ritualmente asesinado y parte de su cuerpo devorado por su sucesor para heredar su fuerza vital; esto sólo queda en el mito, aunque no es improbable que en alguna época anterior a la unificación, esto haya sido real. Este tema vuelve a vincular a la civilización egipcia, en sus orígenes, con el sustrato africano¹⁹.

Primer Período Intermedio (c. 2200 - 2000 a.C.): hacia fines de la Dinastía VI, el poder del rey decae en beneficio de los poderosos nomarcas (gobernadores de los nomos o provincias). Al largo reinado de Pepi II, se suman las constantes donaciones de tierras a templos y nomarcas, así como la exención impositiva y el matrimonio de los reyes con hijas de estos poderosos señores territoriales. A esto se agregaría una crisis climática, todo lo cual llevó a la primera época de crisis que conoció el Antiguo Egipto: el Primer Período Intermedio. Fue, sobre todo, un momento de dificultades internas y el poder del rey, ya debilitado, fue usurpado por estos gobernadores poderosos que usufructuaron prerrogativas reales, como por ejemplo, el construir tumbas sin solicitar permiso al faraón. Incluso algunos de ellos utilizaron la “cartela real” para inscribir su nombre en la tumba: ejemplos de esto se encuentran en las tumbas de Beni Hasan (Egipto Medio), o en Elefantina (la frontera con Nubia) en la tumba de Sirenpowet II, nomarca de ese distrito. Estas tumbas, cavadas en la lade-

¹⁹ CERVELLÓ AUTUORI, 1996, págs. 152-158 y 2001, págs. 36-37.

ra de las montañas, con la entrada mirando al Este, como los templos funerarios adosados a las pirámides, reciben el nombre de “hipogeos” (en griego “bajo tierra”). Conservemos en la mente este tipo de tumbas porque volveremos a verlas en el Reino Nuevo en relación con la realeza.

Reino Medio (c. 2000 - 1750 a.C.): luego del período de crisis, una dinastía de nomarcas de Tebas accede al trono (Dinastía XI) luchando contra los nomarcas de Heracleópolis, que también aspiraban a la monarquía y que habían dominado la zona menfita. Los tres primeros nomarcas tebanos de nombre Antef fueron enterrados en “hipogeos” (el nombre técnico es “tumba-saff”, en árabe “fila”) en Dra Abu el-Naga, cerca de donde siglos más tarde se enterrarían los reyes del Reino Nuevo: el Valle de los Reyes²⁰. Esta lucha entre Tebas y Heracleópolis finalmente se define a favor de la primera y asciende al trono Mentuhotep II como faraón de todo Egipto. Como algo realmente novedoso, el rey Mentuhotep II decide construir su tumba en Deir el-Bahari, frente a Tebas, y construye para ello un templo funerario pegado al acantilado y la tumba dentro del mismo. Los restos que han quedado de esta construcción funeraria son tan difíciles de interpretar que hasta se han intentado tres reconstrucciones diferentes²¹. En la Fig. 7A ofrecemos una de estas posibles reconstrucciones: una doble rampa conducía a un patio cubierto con un ben-ben (piramidión) en la parte superior, tras el cual se podía acceder a un patio columnado y de ahí, supuestamente, a la tumba del

²⁰ PARRA, 1997, pág. 347.

²¹ KEMP, 1996, pág. 132; PARRA, 1997, págs. 350-353.

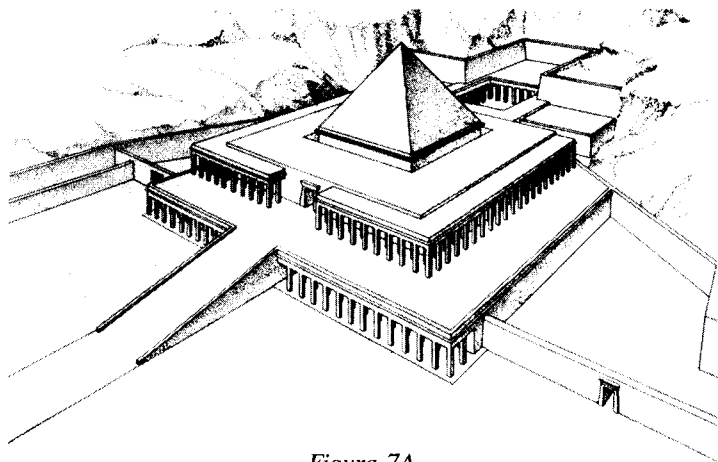


Figura 7A

Deir el-Bahari. Una de las posibles reconstrucciones del templo funerario de Mentuhotep. Dinastía XI.

(De: LECLANT, 1978: 314).

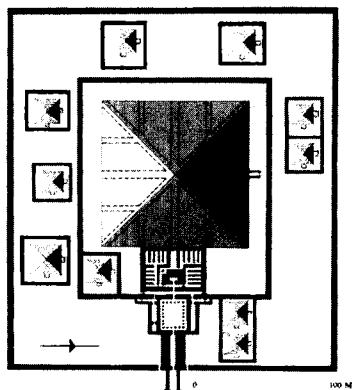


Figura 7B

Lisht. Planta del complejo funerario de Sesostris I y de las reinas o miembros de la familia real. Dinastía XII.

(De: LECLANT, 1978: 314).

rey. Esta novedad arquitectónica será imitada en el Reino Nuevo –con más suerte para los arqueólogos– por la reina Hatshepsut, quien, siendo mujer, adoptó los títulos y cargos de faraón siendo reconocida como tal.

Con Amenemhat I, fundador de la Dinastía XII, la capital se traslada de Tebas a una zona cercana a El Lisht, a la altura del Fayum y se vuelve a la construcción de pirámides pero uniéndolas, en este caso, a la innovación tebana de la calzada descubierta que había construido Mentuhotep II en su complejo funerario²². Esta pirámide tuvo, originalmente, 57m de alto y su base cuadrada unos 84m de lado. La estructura interna de esta pirámide fue confeccionada en su mayor parte con bloques extraídos de otros complejos funerarios, principalmente de Guiza –de las calzadas de Keops y de Kefrén– pero también hay bloques de Unas y de Pepi. Los siguientes monarcas construyeron sus recintos funerarios en la misma región pero debido a los materiales utilizados y a la forma de construcción, la mayoría de estas pirámides son hoy inaccesibles²³. En la Fig. 7B, se puede apreciar la planta del complejo funerario del faraón Sesostris I (Dinastía XII), cuya pirámide está rodeada por otras pequeñas, pertenecientes a las princesas o miembros de la familia real. Cada vez más se utilizó el ladrillo de adobe en las construcciones piramidales de los faraones de esta dinastía, por lo cual hoy en día se asemejan más a un simple montículo de barro que a la tumba de un faraón, como la de Amenemhat III en Hawara, a la entrada del Fayum.

²² PARRA, 1997, pág. 357.

²³ PARRA, 1997, págs. 363-364.

Reino Nuevo (c. 1580 - 1050 a.C.): luego del período de dominación extranjera de los “hicsos” (1640-1540 a.C.), Egipto se reunifica y el nuevo centro de poder pasa a Tebas, una antigua capital de provincia que fue el agente responsable más importante en la lucha y expulsión de los hicsos. Como en su momento Saqqara para Menfis, el sitio de enterramiento de los reyes del Reino Nuevo fue un valle que se encontraba cruzando el Nilo, en las colinas occidentales, que se conoce como “Valle de los Reyes”. El primero en construir su lugar de eternidad en ese sitio fue el faraón Amenofis I y luego lo siguieron los reyes de la misma Dinastía XVIII, la XIX y la XX. Este tipo de tumbas es el que ya vimos al hablar del Primer Período Intermedio, el “hipogeo”, que penetra profundamente en la montaña. Otra característica es que el templo funerario se halla separado de la tumba. Del mismo lado del Nilo donde se excavaron los “hipogeos” y donde termina la tierra cultivable, se construyeron los templos funerarios reales en tanto la tumba se halla en el valle cerrado: todo indicaría que estas medidas fueron tomadas para evitar el saqueo de las tumbas de los reyes. Anotemos, además, que encima de la zona del Valle existe una formación natural con forma de pirámide, por lo que no creemos que haya sido casual la elección de ese lugar. Toda esa zona fue tomada como sitio de enterramiento: detrás del Valle de los Reyes se halla el “Valle de las Reinas”, donde se enterraron a las reinas y a los príncipes. Entre estas tumbas, se destaca la de la reina Nefertari –esposa de Ramsés II– y la del príncipe Amonjehopeshef, hijo de Ramsés III, fallecido en su niñez. Alrededor de estas tumbas reales, se halla el Valle de los Nobles; incluso a algunos de ellos se les permitió,

como un favor muy especial, enterrarse en el Valle de los Reyes. En la Fig. 8 se pueden apreciar las plantas de varios hipogeos reales, algunos de los cuales penetran más de 200m en el interior de la montaña y se hallan profusamente decorados, en casi todo su recorrido, con escenas donde aparecen distintas divinidades recibiendo al rey difunto y llevándolo a la felicidad eterna²⁴. La última cámara es el sitio donde se hallaba el gran sarcófago con el cuerpo del rey. En general, las paredes están inscriptas con diversos textos religiosos que protegían al faraón y le garantizaban un tránsito seguro por los sitios peligrosos para llegar a la felicidad eterna; normalmente el techo se tachonaba de estrellas, simbolizando a las Estrellas Imperecederas. También suele estar representada la diosa Nut, quien traga todas las noches al dios sol Re y lo pare cada mañana, simbolizando el renacer eterno del dios-sol. Lamentablemente, estas tumbas fueron saqueadas en la antigüedad, pero los cuerpos de los reyes, en su mayoría, fueron conservados gracias a que monarcas posteriores los ocultaron en un escondrijo de Deir el-Bahari, lugar donde el egiptólogo Gastón Maspero los halló en 1884 y los trasladó a El Cairo. Cuando ya parecía que no había más novedades en el Valle de los Reyes, en 1922 se halló la tumba del ahora célebre Tutanjamón. Todas estas tumbas fueron construidas y decoradas por los trabajadores del “Lugar de Verdad”, Deir el-Medina. Esta gente dedicaba toda su vida a construir y decorar las tumbas de aquellos que debían garantizar que Maat reinase en Egipto. Por último, debemos mencionar el último e inesperado descubrimiento del arqueólogo Kent Weeks: la Tumba del Valle de los Reyes N° 5 (KV5). En ella reposaron los hijos de Ramsés II.

²⁴ ROMER, 1981, lámina frente a pág. 37.

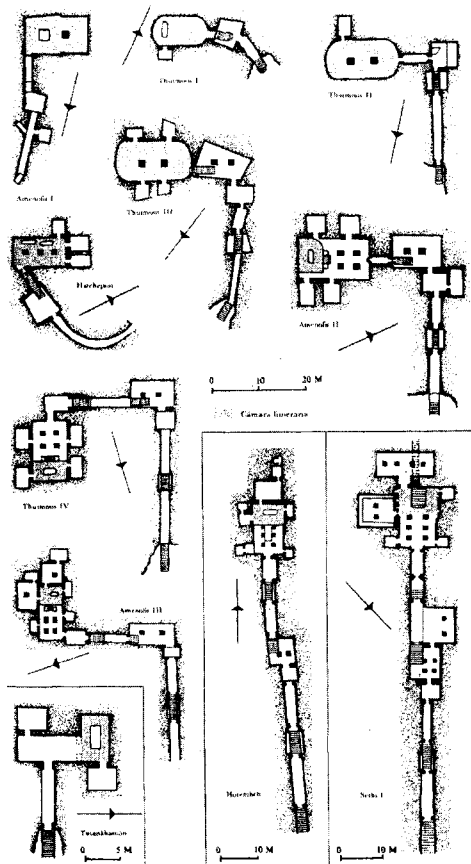


Figura 8
Tebas Oeste. Valle de los Reyes. Evolución de las plantas
de las tumbas reales desde Amenofis I hasta Seti I, desde
el trazado acodado al trazado rectilíneo. Dinastías XVIII-XIX.
(De: LECLANT, 1978: 316).

Época Baja (después de 1050 a.C.): durante las Dinastías XXI y XXII, los reyes, viendo que aún las tumbas del Valle eran saqueadas, decidieron enterrarse dentro del recinto del Gran Templo de Amón en Tanis, en el Delta, donde las halló y excavó el célebre arqueólogo Pierre Montet a partir de 1939. Posteriormente, los faraones nubios, comenzando por Piye construyeron, por última vez, pirámides como sepulturas reales junto al Nilo, pero esta vez al sur de Egipto, en Nubia. Los cementerios de El-Kurru, Nuri, Napata y Meroe muestran las últimas construcciones piramidales. Por debajo de una superestructura de forma piramidal, muy alta y aguda, se encuentra la cámara funeraria, a la cual se accede desde el templo funerario a través de una larga escalinata²⁵. Este fue el último reflejo de aquellas grandes construcciones de piedra que comenzaron con la pirámide escalonada del rey Dyoser. Luego de este breve recorrido por la arquitectura funeraria del Antiguo Egipto no podemos ya dudar que los egipcios creyeron y vivieron en pos de la “Vida” con mayúsculas: la Eternidad.

BIBLIOGRAFÍA

ALDRED, C., *Egypt to the End of the Old Kingdom*, Londres, Thames & Hudson, 1978.

²⁵ ESTIGARRIBIA et alii, 1997, págs. 301-302.

- ANDREWS, C., *Egyptian Mummies*, Londres, British Museum, 1990.
- ARNOLD, D., *When the Pyramids Were Built*, Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 1999.
- BAINES, J. Y MÁLEK, J., *Atlas of Ancient Egypt*, Oxford, Equinox Books, 1980.
- BAQUÉ MANZANO, L., *Las Ciudades de las Pirámides en el Antiguo Egipto*, Cuadernos de Egiptología Mizar N° 1, Barcelona, Mizar, s.f.
- BARD, K., "Toward an Interpretation of the Role of Ideology in the Evolution of Complex Society in Egypt", en *Journal of Anthropological Archaeology* 11, 1992, págs. 1-24.
- BUDGE, E.A.W., *Osiris and the Egyptian Resurrection*, Londres, Dover, 2 vol., 1911.
- CAMPAGNO, M., "Aspectos de un proceso de cambio: Estado emergente y religión en el Valle del Nilo", en *Cahiers Caribéens d'Egyptologie* 2, février/mars, 2001, págs. 5-26.
- *Surgimiento del Estado en Egipto: cambios y continuidades en lo ideológico*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1998.
- CERVELLÓ AUTUORI, J., "Monarchie pharaonique et royautés divines africaines", en *Cahiers Caribéens d'Egyptologie* 2, février/mars, 2001, págs. 27-52.
- *Egipto y África. Origen de la Civilización y la Monarquía Faraónicas en su Contexto Africano*, Sabadell, AUSA, 1996.
- EDWARDS, I.E.S., *The Pyramids of Egypt*, Londres, Pelican Books, 1980.

- ELLIS, C., "A Statistical Analysis of the Protodynastic Burials in the Valley Cemetery of Kafr Tarkhan" en VAN DEN BRINK, E.C.M.(ed), *The Nile Delta in Transition: 4th 3rd. Millenium B.C.*, Tel Aviv, E.van den Brink (publisher), 1992, págs. 241-258.
- EMERY, W.B., *Archaic Egypt*, Londres, Pelican Books, 1972.
- ESTIGARRIBIA, J., FRANCO, R. Y PAYSÁS, J.M., *El Mundo del Cercano Oriente*, Vol. I, Buenos Aires, Docencia, 1997.
- FRANKFORT, H., *Reyes y Dioses*, Madrid, Alianza Universidad, 1983.
- GIEDION, S., *El Presente Eterno. Los Comienzos de la Arquitectura*, Madrid, Alianza Forma, 1981.
- HORNUNG, E., *El Uno y los Múltiples. Concepciones Egipcias de la Divinidad*, Madrid, Trotta, 1999.
- JACQ, C., *La Tradition Primordiale de l'Egypte Ancienne selon les Textes des Pyramids*, París, Bernard Grasset, 1998.
- *Le Voyage dans l'Autre Monde selon l'Egypte Ancienne*, Mónaco, Ed. Du Roger, 1986.
- KEMP, B.J., *El Antiguo Egipto. Anatomía de una Civilización*, Barcelona, Crítica, 1996.
- LAUER, J-P., *Le Problème des Pyramides d'Egypte*, París, Payot, 1948.
- *Saqqara. The Royal Cemetery of Memphis. Excavations and Discoveries since 1850*, Londres, Thames & Hudson, 1976.
- LECA, A-P., *The Cult of the Immortal. Mummies and the Ancient Egyptian Way of Death*, Londres, Souvenir Press, 1976.

- LECLANT, J. et alii, *Los Faraones. Los Tiempos de las Pirámides*, Madrid, Aguilar, Col. El Universo de las Formas, 1978.
- *Los Faraones. El Imperio de los Conquistadores*, Madrid, Aguilar, Col. El Universo de las Formas, 1978.
- *Los Faraones. El Egipto del Crepúsculo*, Madrid, Aguilar, Col. El Universo de las Formas, 1978.
- MANNICHE, L., *El Arte Egipcio*, Madrid, Alianza Forma, 1997.
- MENDELSSOHN, K., *The Riddle of the Pyramids*, Londres, Thames & Hudson, 1975.
- MORENZ, S., *La Religion Égyptienne*, Paris, Payot, 1977.
- PADRÓ, J., *Historia del Egipto Faraónico*, Madrid, Alianza Universidad, 1996.
- PARRA, J.M., *Historia de las Pirámides de Egipto*, Madrid, Complutense, 1997.
- PAYSÁS, J.M., “Los Medios de Ascensión Celeste en los Textos de las Pirámides”, en *Aegyptus Antiquus* 3, fasc. 1, 1978, págs. 36-67.
- ROMER, J., *Los Últimos Secretos del Valle de los Reyes. Una Singular Aventura Arqueológica*, Barcelona, Planeta, 1986.
- RUNDLE CLARK, R. T. H., *Myth and Symbol in Ancient Egypt*, Londres, Thames & Hudson, 1978.
- SAUNERON, S., *The Priests of Ancient Egypt*, Londres, Cornell University Press, 2000.
- SEIDLMAYER, S., “Desde la Creación del Estado hasta la II Dinastía”, en SCHULZ, R. Y SEIDEL, M.(eds.), *Egipto. El Mundo de los Faraones*, Oldenburgo, Köneman, 1997, págs. 24-40.

- SCHWARZ, F., *Geographiè Sacrée de l'Egypte Ancienne*, París, Nouvelles Editions Oswald, 1979.
- SPENCER, A.J., *Death in Ancient Egypt*, Londres, Pelican Books, 1984.
- VERCOUTTER, J., "Los Orígenes de Egipto" en CASSIN, E. et alii, *Los Imperios del Antiguo Oriente I. Del Paleolítico a la Mitad del Segundo Milenio*, Madrid, Siglo XXI, 1981, págs.181-202.

COLECCIÓN APROXIMACIONES

1. APROXIMACIÓN A CHESTERTON,
Eduardo B. M. Allegri.
2. APROXIMACIÓN AL LUNFARDO,
José Gobello.
3. APROXIMACIÓN A LAS MISIONES GUARANÍTICAS,
Ernesto J. A. Maeder.
4. APROXIMACIÓN A LOS DEMONIOS Y LAS BRUJAS,
José León Pagano (h).
5. APROXIMACIÓN AL PRINCIPITO,
Bernardino Montejano.
6. APROXIMACIÓN A LA PERSONA ANTES DE NACER,
Alberto Rodríguez Varela.
7. APROXIMACIÓN AL TANGO,
Alberto Romeo.
8. APROXIMACIÓN A LEWIS,
Jorge Norberto Ferro.
9. APROXIMACIÓN A NEWMAN,
Fernando María Cavaller.
10. APROXIMACIÓN A LA POSMODERNIDAD,
Aníbal D'Angelo Rodríguez.
11. APROXIMACIÓN AL DOLOR,
Federico Mihura Seeber.

12. APROXIMACIÓN A TOLKIEN,
Ricardo Irigaray.
13. APROXIMACIÓN A LA DIVINA COMEDIA,
Jorge A. Mazzinghi.
14. APROXIMACIÓN A LA VIDA COTIDIANA EN LA EDAD MEDIA,
Nilda Guglielmi.
15. APROXIMACIÓN A LA MÚSICA ACADÉMICA ARGENTINA,
Juan María Veniard.
16. APROXIMACIÓN A LA CIUDAD Y EL TERRITORIO,
Patricio Randle.
17. APROXIMACIÓN A GRAMSCI,
Eduardo Martín Quintana.
18. APROXIMACIÓN A LA JUSTICIA Y A LA EQUIDAD,
Abelardo F. Rossi.
19. APROXIMACIÓN A RUBÉN DARÍO,
Teodosio Muñoz Molina.
20. APROXIMACIÓN AL CAMINO DE SANTIAGO,
Manuel Díez Selva.
21. APROXIMACIÓN AL ANTIGUO EGIPTO,
Roxana Flammini, compiladora.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

22. APROXIMACIÓN A PAUL GROUSSAC,
Martín Alberto Noel.
23. APROXIMACIÓN AL CUENTO ARGENTINO,
Fernando Sorrentino.
24. APROXIMACIÓN A LA ECOLOGÍA,
Fernando de Estrada.

Se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2004 en

LATINGRÁFICA

Rocamora 4161 (C1184ABC) - Buenos Aires
República Argentina

Se encuadernó en
Talleres de encuadernación

S. DISTEFANO S.R.L.

Bacacay 2844 (C1406GDZ) - Buenos Aires
República Argentina

Edición de 1.000 ejemplares